
FINALISTA DEL NATIONAL BOOK AWARD
SABRINA
Y CORINA
en español
KALI FAJARDO-ANSTINE
"Estas historias arden como un incendio forestal". —Sandra Cisneros

SABRINA Y CORINA

Kali Fajardo-Anstine

Traducción de Maia Figueroa Evans



VINTAGE ESPAÑOL

Para mi madre y mi padre,
creadores de artistas

Con tus amores de infancia en la alfombra azul,
tus modales de española y tu madre adicta,
tu lengua de vaquera y tus secretos en el baúl,
¿cuál de ellos esperas que se te resista?
Triste dama de las tierras bajas.

Bob Dylan

Bebés de azúcar

La tierra del sur de Colorado solía estar dura y cuarteada, pero esa primavera había nevado y llovido bastante más de lo habitual y algunos de los chicos de mi clase de octavo decidieron que era el terreno perfecto para jugar a la guerra. Les pidieron prestados a sus padres los picos y las palas del jardín, los colocaron sobre el manubrio de la bicicleta y fueron hasta el límite oeste de Saguarita, nuestra ciudad; un lugar donde el paisaje de tallos sedosos de la hierba que se mece con la brisa recuerda a una mujer durmiendo con la cara hundida en la almohada: una rubia de pelo dorado de día y una belleza de melena azabache de noche.

El primer chico en dar con un hueso fue Robbie Martínez y lo hizo con el borde romo de una pala herrumbrosa. De esa tierra que poco antes había estado empapada, sacó un pedazo quebradizo de blancura descolorida y lo lanzó en la dirección en que soplaba el viento como si no fuera más que un papel viejo.

—Miren —dijo arrodillado como para rezar—. Vengan todos a ver esto.

Los demás chicos se congregaron a su alrededor. En la tierra había fragmentos de unos cuencos con una cenefa negra en zigzag. Al lado de las vasijas rotas, unos dientes humanos esparcidos como granos secos de maíz amarillo. En lo alto, el sol perdía fuerza detrás del pico más alto de la sierra de la Sangre de Cristo; el cielo estaba pálido y lúgubre, como si por encima de nosotros pasara el vientre hinchado de un lagarto.

—No lo toquen —dijo Robbie—. No toquen nada. Hay que decírselo a alguien.

Y eso mismo hicieron. Se lo contaron a toda la ciudad. Al parecer, todo el mundo había sido testigo.

Días después del descubrimiento, nos anunciaron el proyecto de final de curso. Nos convocaron a una asamblea en el gimnasio. Los profesores juntaron a los chicos de la asignatura de Tecnología y a las chicas de Economía Doméstica: diez hileras de alumnos debajo de las cuerdas que colgaban del techo y de las canastas plegadas de baloncesto, sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Olía a pelota de tenis empapada de calcetines viejos y las paredes de hormigón estaban acolchadas con vinilo de color morado, se supone que para minimizar las lesiones de las partidas de balón prisionero. En mi opinión, parecía un manicomio.

La señora Sharply, una mujer de ojos saltones con cuello de jirafa y torso de rinoceronte, se plantó delante de nosotros, de pie sobre una caja de madera.

—Durante las dos semanas que les quedan de educación secundaria —explicó—, cuidarán de otra vida. —Entonces metió la mano dentro de la bolsa de papel de la compra que tenía detrás y sacó un paquete de azúcar puro de caña de la marca C&H—. Bebés de azúcar. Vamos a criar bebés de azúcar, cada uno el suyo.

Habíamos oído los chismes que los mayores hacían circular sobre los famosos proyectos escolares. Historias sobre disecciones de lechones, la infame lección sobre «crecimiento y cambios», el lanzamiento de cohetes con frascos de dióxido de carbono y hasta un pulmón de vaca ennegrecido por el efecto del humo del tabaco, pero nadie nos había avisado de algo como eso.

—Los bebés de azúcar conllevan mucha responsabilidad —dijo la señora Sharply.

Se bajó de la caja y dio unas vueltas con el paquete en brazos. Nos explicó que la nota dependería de factores como la alimentación, el vínculo con el bebé, la elaboración de presupuestos y más cosas. Después repartió las instrucciones para los pañales.

—¿Tenemos que hacerlo solas? —Era Solana Segura; se sentaba detrás de mí y su lloriqueo perpetuo hacía que todas sus frases acabasen en un pequeño aullido—. ¿En plan madres solteras y tal?

En alguna de las filas, un chico graznó:

—Pero ¡el ADN demuestra que no soy el padre!

Soltamos unas carcajadas gorjeantes hasta que la señora Sharply

levantó dos dedos para indicar que debíamos callarnos.

—Por supuesto que no. Formarán parejas estables. Vamos a sortear los nombres.

Una profesora auxiliar que llevaba unos zapatos planos baratos correteó hacia la señora Sharply como la ayudante de un mago. Llevaba dos latas de café Folgers decoradas con purpurina rosa y azul. La señora Sharply dejó el azúcar, cogió las latas que le ofrecía la auxiliar y les dio una buena sacudida. El primer nombre que sacó de la lata rosa fue el de Mimi Yazzie, que se levantó, avanzó al frente y se tapó la cara con los brazos cuando la señora Sharply anunció a su pareja: Mike Ramos. Ese ciclo de humillación duró varias rondas más antes de que me emparejasen con Roberto Martínez, el chico de los huesos.

Después de clase, Robbie y yo nos sentamos en los columpios de fuera. Él era un muchacho flacucho de nariz chata y salpicada de pecas; a menudo tenía los labios agrietados. Jugaba al fútbol y siempre llevaba un anorak azul hecho polvo y unas Adidas falsificadas con cuatro bandas en lugar de tres. Se había plantado el bebé de azúcar en el regazo y lo acunaba con mucho cuidado entre sus bracitos de palo. Tenía los ojos tan oscuros, grandes y anchos que parecían un par de huevos marrones de paloma y hablaba con voz aguda y temblorosa.

—Dicen que tenemos que ponerle nombre. ¿Quieres escogerlo tú, Sierra?

—No, pónselo tú —dije al columpiarme hacia arriba—. Y hoy te lo llevas tú a casa. —Me columpié hacia abajo—. Mañana lo cuido yo, pero solo si no hay más remedio.

—De acuerdo —respondió él—. ¿Qué te parece Miranda? Es como se llama mi abuela.

—Como quieras —suspiré, y me incliné hacia atrás en el columpio —. Ponle el nombre de tu abuela. Llámala como toda tu familia. A mí me da igual.

Me balanceé hasta que la cadena oxidada quedó bien tensa. Entonces salté y aterricé en la grava húmeda con ambos pies. Y me marché a casa.

—Qué curioso —comentó mi padre a la mañana siguiente mientras

desayunábamos.

En el pequeño televisor en blanco y negro que teníamos encima del microondas, las noticias mostraban imágenes aéreas de la excavación del yacimiento. Parecía una enorme caja expositora llena de compartimentos donde había restos de nuestros ancestros en lugar de dedales y figuritas de porcelana.

—¿Podemos ir a verlo? —pregunté, y me metí en la boca la última cucharada de copos de maíz.

—Me imagino que no querrán que vayamos —contestó él sin apartar la vista del televisor.

Tenía líneas profundas alrededor de los párpados, el pelo de pura plata y las manos manchadas de trabajar durante años como techador bajo el sol de Colorado. La gente empezaba a confundirse y a pensar que era mi abuelo.

—¿Por qué no? Deberían dejarnos. —Fui al fregadero y dejé el bol sucio dentro—. Es de donde venimos. Es nuestra gente.

Mi padre se rascó la barbilla. Llevaba un anillo con una turquesa en el dedo en el que, en su día, había llevado una alianza de oro.

—No dejes ningún plato en el fregadero, Sierra —me advirtió—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Volví y enjaboné el bol.

—Lo digo en serio: quiero ir.

—Aquí siempre han pasado cosas así. No tiene nada de especial.

Le contesté, sin dejar de frotar el bol con una esponja de color verde y amarillo, que para mí sí era una novedad, y el agua lechosa hizo gárgaras muy alto entre los labios de goma negra del desagüe. Mientras enjuagaba el bol una vez más, miré por la ventana de delante del fregadero. Era una mañana clara y, a lo lejos, las montañas se veían de un azul cristalino, como una ola gigantesca. Como si surcase esas aguas, una pequeña camioneta blanca con protectores en el capó entró en nuestra calle e hizo murmurar la gravilla de delante de nuestra casa. Una melena larga y negra nublaba el parabrisas de la camioneta, y unas uñas muy rojas y muy largas rodeaban el volante. Por encima del salpicadero colgaba un rosario de plata.

—Papá —lo llamé por encima del hombro, y me sequé las manos en los jeans.

Mi padre se levantó y se plantó detrás de mí, alto y oliendo a cuero y a tierra.

—Parece que ha vuelto otra vez.

Gruñó un poco y reunió saliva en la boca antes de escupir un chorro de bilis amarillenta en el fregadero.

—Ve afuera, Sierra. Dile hola a tu madre.

Mi madre se había marchado tres años antes. Fue una mañana después de preparar el desayuno, y yo la observé mientras ella cogía las llaves y el abrigo y salía al césped invernal con los pies descalzos. Dejaba huellas tan delicadas como las de los pájaros en la nieve. Más tarde, cuando le pregunté a mi padre por qué se había ido, él solo supo decir: «A veces, una persona es tan infeliz que olvida que forma parte de algo más grande; algo como una familia, un pueblo, incluso una tribu».

De vez en cuando, mi madre regresaba a buscar algún collar o un bolso que se le había olvidado y se quedaba uno o dos días, pero con el tiempo mi padre sacó sus cosas del dormitorio y las metió en unas cajas que guardó en el hueco de debajo de casa. Las visitas eran tan espaciadas que aprendí a vivir sin ella. Al principio no fue fácil. A veces oía alguna historia rara en la escuela o en misa y lo primero que pensaba era: «Tengo que contárselo a mamá». Sin embargo, con el tiempo se me fue la necesidad de estar con ella, de contarle las cosas, de formar parte de su vida. Igual que se iba ella.

La primera noche que mi madre estuvo en casa, no encontraba el delantal, así que se puso una de las camisetas viejas de mi padre para preparar la cena. Con el televisor de la cocina a todo volumen emitiendo *Entertainment Tonight*, hizo chuletas de cerdo fritas en su propia grasa, bañadas en chile verde. Cuando yo levantaba la vista de los deberes de matemáticas desde la mesita del salón, la veía revolviendo en los armarios y los cajones de la cocina. Quería saber qué buscaba y pensé en ofrecerle ayuda, pero caí en que no me importaba si mi madre ya no encontraba nada en nuestra casa.

Cuando por fin nos llamó a mi padre y a mí a la mesa, saqué de la mochila el paquete de azúcar: Miranda Martínez Córdova.

—Es la hora de cenar —le susurré, y admiré la cara que le había

dibujado con un rotulador.

Tenía los ojos grandes y anchos, con rayitas cortas que eran las pestañas. La boca era una sonrisa dichosamente plana.

—Tu comida favorita —dijo mi madre al pasarle el plato a mi padre.

Él le dio una vuelta por encima de la cabeza como si tal cosa y se sentó en su sitio. Los dos aparentaban que no había pasado nada, como si mi madre siempre hubiera estado allí, guisando en la cocina. Me dio la sensación de que mi padre era un mentiroso, alguien capaz de fingir que todo iba bien cuando, en realidad, solo podía estar triste.

—¿Quieres algo de beber, Sierra? —me preguntó mi madre.

—No —contesté, y le tapé la boca a Miranda—. No quiero nada.

—Ni hablar —dijo mi madre—. Te estás haciendo mujer. Las mujeres necesitan vitaminas y nutrientes. Te pongo un vaso de leche.

Mi madre abrió un armario, el pequeño que hay junto a los fogones, donde antes guardábamos los vasos, pero mi padre la corrigió señalando con el cuchillo.

—A la izquierda del fregadero.

Mi madre ladeó la cabeza y fijó la boca formando una sonrisa prieta. Después de servir la leche, me puso el vaso delante y le echó un vistazo a Miranda. Robbie la había vestido con uno de los bodis de color rosa de su hermana pequeña.

—¿La muñeca quiere comer algo?

—No es una muñeca. Y es demasiado pequeña para tomar nada sólido.

Mi madre se rio, tomó asiento y cerró los ojos mientras mi padre bendecía la mesa. Miranda y yo los mantuvimos abiertos. Mi madre había cambiado la camiseta vieja de cocinar por un vestido azul con flores blancas bordadas muy deshilachadas. Tenía los labios más finos y el pelo igual de negro, pero más corto de lo que recordaba y, aunque antes solo llevaba plata, se había puesto un collar de oro y la fina cadena trenzada relucía sobre su piel de bronce.

Después de decir amén, mis padres se santiguaron y mi madre abrió sus ojos de color castaño rojizo. La sombra de ojos parecía un sedimento acumulado.

—Oye, pensaba que no quedaba sal —dijo, y se volvió hacia mí—. Iba a mandarte a casa de la señora Kelly para que le pidieras un poco.

—Se murió.

Me encorvé y apoyé la barbilla en la cabeza de Miranda.

—¿Cómo?

—Que ya no vive.

—La anciana señora Kelly falleció el invierno pasado, Josie —explicó mi padre con tiento.

Mi madre movió los labios para decir: «Ah», y miró el plato. Se disculpó al instante y la cena transcurrió en silencio. En el techo, el ventilador describía vueltas rápidas, cortaba el aire, nos mandaba oleadas de aire fresco a los tres. Mi madre y mi padre se miraban: sonreían, masticaban, sonreían, bebían un poco y sonreían un poco más. Al cabo de un rato, yo me harté de su alegría y me acabé la leche de un trago. Entonces di un golpe tan fuerte como pude con el vaso vacío en la mesa.

—Bueno, Josie —dije—, ¿qué te trae por aquí desde Denver? ¿O es que sueles ir por ahí haciéndole chuletas de cerdo a la gente?

—Sierra —ladró mi padre—, no llames a tu madre por su nombre.

Negó con la cabeza, pero yo esquivé su mirada estricta. Mi madre dibujó una sonrisa dulce.

—Cuéntame lo de las tumbas indígenas que los chicos de tu clase encontraron al oeste de aquí.

De pronto se me revolvió el estómago y se oyó el ruido de mi fracaso digestivo.

—No sé nada del tema —contesté mientras acariciaba a Miranda.

—Claro que sí —intervino mi padre—. El tal Roberto Martínez, el que encontró los huesos, es tu pareja en lo del azúcar. El proyecto de la escuela.

—Y pensar que esos huesos llevaban toda la vida en Saguarita, bajo nuestros pies.

—Eso no es verdad —repuse—. No estaban bajo tus pies.

Ella se rio un poco.

—Estuve aquí mucho tiempo, Sierra. Creo que algo sé sobre Saguarita.

Aunque quería decirle que ella no sabía nada de nada, bajé la mirada al regazo y me quedé callada. Después de cenar, me senté en mi habitación y pegué la oreja a la puerta blanca y fresca. El sonido

me llegaba amortiguado, pero oí a mi padre en el salón, preguntándole a mi madre por el trayecto: el estado de la carretera, las ventiscas de nieve primaveral, si las cabras montesas renqueaban por el puerto. No le preguntó por qué había vuelto ni si nos añoraba, cuestiones que me dolían solo de pensarlas. Me aparté de la puerta y lancé a Miranda a un rincón.

—Ha llorado toda la noche, no he dormido nada —le dije a Robbie a la mañana siguiente cuando le encasqueté a Miranda.

Habíamos quedado media hora antes de clase en el sitio de siempre: junto a los columpios. Hacía frío y el aire olía a tortitas y a escarcha.

—¿Cómo va a llorar, si no es más que azúcar? —preguntó Robbie.

Salía el sol. La luz se vertía por el paisaje en franjas aterciopeladas de tonos rosas y dorados. Mi madre me había dicho un día que eso significaba que los ángeles estaban horneando galletas.

—¿No es eso lo que hacen los bebés? Lloran y cagan y lloran un poco más, ¿no?

—Oye —dijo Robbie con sus labios cuarteados torcidos hacia un lado—, ¿dónde está la ropa?

—La he perdido.

Robbie suspiró y se agachó a coger la mochila. Del bolsillo de red de delante sacó un pañal.

—Dámela. Nos van a quitar puntos si lleva el mismo pañal de anoche.

Colocó a Miranda sobre la gravilla y miró ceñudo la cara triste y soñolienta que le había dibujado esa mañana. Las pestañas eran como patas de tarántula y las comisuras de la boca apuntaban hacia abajo. Robbie manipulaba el pañal con torpeza, pegó las cintas adhesivas y las despegó para volver a pegarlas.

—Bueno, ¿cómo fue? —le pregunté de pie a su lado.

—¿Cómo fue qué, Sierra?

—Encontrar a los muertos esos. ¿Te dio miedo?

Robbie consiguió que los adhesivos quedaran pegados.

Le dio unas palmaditas en la cara hecha con rotulador negro y se levantó de un salto.

—Miedo no —dijo—. Pero fue raro, ¿sabes? Llevamos aquí toda la

vida y nadie sabía que había esas cosas antiguas en la tierra.

—Ya, supongo —respondí.

Pensé en los piñones del jardín que mi padre había usado para colgar una hamaca azulada. Según él, no cabía duda de que sus raíces habían acariciado los cadáveres de nuestros antepasados, tanto españoles como indígenas. De pequeña yo jugaba a la sombra de esos piñones y abría los frutos con dos piedras que sujetaba con fuerza entre las manos. Después de retirar las cáscaras duras, me lanzaba el interior esponjoso a la boca. Sin embargo, no me los tragaba. Tenía miedo de que me entrase en el cuerpo un poco de esa muerte que había en la tierra o donde fuese.

—Aquí todo es viejo —añadí—. Me refiero a todo.

Robbie asintió con la cabeza. Acunaba a Miranda de lado a lado como solo se lo había visto hacer a las niñas con sus muñecas.

—Me han dicho que tu madre ha vuelto. Mi abuela la vio comprando chuletas de cerdo en el Rainbow Market.

Le di una patada a la grava y me rayé las merceditas. Se levantó una nube de polvo entre los dos.

—Sí, ha vuelto, la cabrona.

Robbie hizo como que le tapaba los oídos a Miranda.

—Oye, no digas eso de tu madre —dijo—. Y si Miranda te llamase cabrona a ti, ¿qué?

—Pues menos mal que los bebés no hablan —repuse—. Sobre todo los que son de azúcar.

Robbie, sonriente, levantó a Miranda por encima de la cabeza. La sostuvo un momento en alto, hacia el cielo, y después la bajó.

—¿Te acuerdas de cuando tu madre fue la monitora de nuestro grupo el día de los prados?

—Sí —respondí en voz baja.

—Y todos nos perdimos buscando el granero antiguo que ella decía que estaba embrujado. Y luego nos dejó comernos tres paquetes de Oreo. Y tú tuviste que ir al baño entre los arbustos.

Robbie se rio, pero yo fruncí el ceño y él se puso serio enseguida.

—¿Por qué ha vuelto esta vez?

Sonó el timbre de la escuela. Las clases empezaban al cabo de diez minutos. Recogimos las mochilas y nos acercamos a la entrada. Yo le

cogí a Miranda de los brazos.

—Con esa mujer nunca se sabe. A lo mejor quiere ver el yacimiento. O quizá le guste irse de vacaciones a su antigua vida.

Al cabo de una semana, mi madre encajaba en casa tan bien como Miranda. Dicho de otro modo: no muy bien. Cuando estaba sola con mi padre, él trabajaba hasta tarde y no solía tener tiempo más que de calentar una pizza congelada o de preparar unos macarrones de sobre. A menudo, el desorden reinaba en nuestra casita de color morado, aunque cada uno tenía una lista de tareas que superábamos antes de que llegase el domingo. En cambio, con la vuelta de mi madre el hogar adquirió un nuevo orden, un ritmo distinto. Ella preparaba comida poco saludable pero muy reconfortante, y de la casa siempre manaba un olor intenso a grasa de beicon y chile en polvo. Otros días limpiaba. Hacía piruetas con la escoba y mecía las caderas al son de la radio: alguna emisora de música antigua o mierdas *country*. La mayoría de las tardes, al llegar del trabajo, mi padre se desataba las botas en el recibidor y se abrazaba a la cintura fina de mi madre. Juntos se bamboleaban al ritmo de la música. Era vomitivo.

Todos los días, después de clase, yo volvía a casa y descubría que mi madre me había hecho la cama y había colocado los peluches en un montón encima de las almohadas. Yo los tiraba al suelo de inmediato. Con un detergente que apestaba a primavera artificial y a nubes algodonosas, me lavaba la ropa y se tomaba la molestia de emparejarme los calcetines, un lujo que hacía años que no conocía. Y, una tarde en la que yo estaba tirada en el sofá con los pies enfundados en una de esas parejas de calcetines y apoyados en el reposabrazos, mi madre pasó por mi lado y me los bajó de un manotazo como si quisiera matar una mosca.

—¿Qué haces aquí dentro? Hace un día estupendo.

Tenía los brazos en jarra, firmes a ambos lados. Llevaba una túnica de colores vivos y unas mallas negras que le daban aspecto de ser una modelo glamurosa de los sesenta. Aún era joven, no pasaba mucho de los treinta.

—Fuera hace más calor que en el sobaco de un cerdo. Estiré el cuello para que no me tapase el televisor. Había un anuncio de

champú Herbal Essences y unas mujeres de pelo largo gemían en una cascada.

—Qué boca más sucia tienes —se quejó mi madre—. Y los cerdos no tienen sobaco, lista.

Se puso a levantar los cojines del sofá como si buscara algo.

—Oye, ¿dónde está el paquete de azúcar que llevas siempre contigo? Tu bebé del colegio.

—La tiene su padre. Hasta el fin de semana.

—Ah —respondió mi madre—. Bueno, levanta del sofá, que nos vamos a dar una vuelta.

No recordaba la última vez que había estado sola con mi madre en un carro.

—¿Cómo? ¿Adónde?

Ella sonrió con el pintalabios rojo un poco corrido en las comisuras.

—Ya lo verás.

Aparcamos en una cuesta empinada desde donde se veía el yacimiento. Abajo, los arqueólogos con casco blanco y bermudas de color caqui se agolpaban sobre la tierra removida como una plaga de hormigas. El yacimiento era tan largo y ancho como una piscina municipal y estaba dividido en cuadrados de tamaño humano. El cielo estaba despejado y azul, salvo por el orbe dorado del sol. En el horizonte chocaban la tierra y el aire. Mi madre se puso delante de mí, estiró los brazos en forma de cruz y los movió como si fueran alas inútiles. El viento le alborotaba el pelo, le arremolinaba los mechones alrededor de la cara y le escondía los ojos detrás de su cabellera negra. Por primera vez desde que había vuelto a casa, recordé lo guapa que me parecía antes. De pequeña, jugaba a disfrazarme con sus camisones de raso y los sujetadores de encaje; admiraba lo liviana que era y me preguntaba si algún día yo tendría ropa como aquella.

—¿Qué te parece? —me preguntó—. ¿No crees que es bonito?

Me encogí de hombros y me puse a su lado. El viento arrastraba su fragancia de jazmín.

—¿Alguna vez te has sentido como si la tierra te tragara entera, Sierra? ¿Como si toda esta belleza te arropara tan fuerte que es como si estuvieras en la boca de una serpiente de cascabel?

—Estas cosas las veo siempre —respondí—. Y no siento que nada

me trague viva.

Mi madre me miró de soslayo.

—Ya te pasará algún día. Puede que a ti te ocurra más tarde que a mí. Los hijos suelen provocarte eso. El matrimonio. La vida. Todas esas cosas.

Se puso detrás de mí, se agachó y me tapó los ojos con las manos frías.

—Pruébalo. Cierra los ojos y estira los brazos al viento. Verás cómo lo sientes.

Dejé que los brazos me subieran y se moviesen por sí mismos. Un caleidoscopio de imágenes dio vueltas en el interior de mis párpados cerrados: vi un día en el que yo tenía diez años, justo antes de que mi madre se marchase. Me había llevado al pueblo de Nuevo México en el que había nacido su abuela. Sin soltarme de la mano, mi madre nos condujo por una pequeña iglesia de adobe. Acariciaba los bancos con las puntas de las uñas rojas de camino al altar. Entramos en una habitación donde encendimos unas velas blancas, largas y muy finas. Con el humo, mi madre mandó al cielo plegarias para toda la gente a la que quería, pero yo solo pedí una cosa: «Por favor —le supliqué a la Virgen—, que mi madre no llore más». Estaba harta de encontrarla llorando en silencio, con los sollozos atravesados en la garganta delante de los fogones, en la bañera, arrodillada en el jardín seco, a un costado de la casa.

Cuando abrí los ojos, mi madre estaba a mi lado con una expresión extraña, impasible.

—¿Lo has notado? —me preguntó.

—No —respondí—. No he notado nada. —Se me erizó el vello del cuello y los brazos—. Solo el viento y el frío.

—De acuerdo, Sierra. En ese caso, vamos a casa y me pongo con la cena.

Cuando ella fue hacia la camioneta, yo me asomé a la cornisa y miré el yacimiento una vez más. Los arqueólogos estaban reunidos en grupos pequeños, el aire me metió dentro el olor intenso de la tierra removida. El silencio era aterrador. Pensé en lo tranquilo que podía sonar el mundo y en que, cuando estaba allí junto a mi madre, durante un momento, había tenido miedo de que me dejase abandonada para

siempre en la colina.

—La xeroftalmia —dijo la señora Sharply— es una de las muchas enfermedades infantiles que pueden tener vuestros bebés.

Era el lunes siguiente, la última semana de los bebés de azúcar. Habíamos hecho otra asamblea en el gimnasio. Dos muchachos que estaban delante de mí habían envuelto al bebé en una manta, mientras que otros compañeros les habían pegado ojos de juguete y bocas de lana roja. Robbie estaba a mi lado con Miranda, que llevaba un conjunto excepcional, muy a la moda: por la mañana la había envuelto en una funda de almohada acolchada a modo de vestido ancho hawaiano.

—Entre otras cosas —continuó la señora Sharply—, la xeroftalmia es una deficiencia de vitamina A que hace que las personas no puedan producir lágrimas.

Me incliné hacia Robbie.

—Ojalá tuvieras tú esa enfermedad, así dejarías de lloriquear por los dibujos que le hago a Miranda.

Hacía poco le había dibujado unos crucifijos y unas anclas en la espalda. Yo los llamaba tatuajes, pero Robbie decía que parecía la pared de un cuarto de baño.

—Es un bebé —susurró él con los ojos cerrados—. A los bebés no les hacen falta tatuajes.

—Azúcar —repuse—. Miranda es un paquete de azúcar.

—Párense a pensar un momento —nos instó la señora Sharply con ambos brazos levantados—. Piensen en todas las veces que lloran: a veces son momentos felices y otros son tristes. Llorar es natural. Tómense un momento para recordar la última vez que lloraron.

El gimnasio quedó en silencio; solo se oía el zumbido de los fluorescentes del techo. Los alumnos agachaban la cabeza como si los hubieran poseído sus recuerdos más oscuros y tristes, y yo esperé a que mis compañeros acabasen de rememorar a sus queridos difuntos abuelos o la vez que se rompieron algún hueso.

—Bueno, padres —prosiguió la señora Sharply—, ya ven que no ser capaz de llorar sería un problema horrible. Como deberes, cada uno de ustedes tiene que buscar información sobre una enfermedad infantil.

Mañana sortearemos algunas de ellas sacando papeletas de un sombrero. Algunos de los bebés enfermarán y en cambio, como en la vida real, otros no. Será cuestión de suerte.

Por la tarde, Robbie me alcanzó aprisa cuando yo regresaba a casa. Su mochila era más ancha que él y el efecto era cómico.

—Tienes que llevarte a Miranda —me dijo—. Esta tarde tengo fútbol.

Sacó a Miranda de la mochila gigante y me la pasó despacio. Pesaba más de lo habitual.

—¿Qué demonios le has dado de comer? —pregunté.

Robbie le acarició la tripa.

—Qué raro lo que ha preguntado la señora Sharply, ¿no? Lo de llorar.

—Está como un cencerro —contesté, y me coloqué a Miranda en la cadera.

El cielo era un azul infinito con nubes hechas de jirones de papel. De pronto me di cuenta de que había inclinado a Miranda para que lo viera.

—¿Cuándo fue, Robbie? ¿Cuándo lloraste la última vez?

—Eso es un poco personal, Sierra.

—Roberto Martínez, soy la madre de tu hija. Tengo derecho a saber estas cosas.

—Bueno. —Robbie respiró hondo—. Cuando encontré los huesos, por la noche me desperté y pensé que había visto el esqueleto de una mujer a los pies de la cama. No sabía quién era, pero más tarde mi abuela me dijo que era doña Sebastiana. La versión en mujer de la Parca. O sea, la muerte.

—¿Y lloraste por una pesadilla?

—No, Sierra. Fue más que eso.

Robbie se rascó la cabeza y le sonó el cuero cabelludo como si tuviera arena.

—¿Y tú? ¿Cuándo fue la última vez que lloraste? —me preguntó.

Miré calle abajo en dirección a mi casita morada. La camioneta de mi madre no estaba en la entrada y supuse que había ido al Rainbow Market a comprar más chuletas de cerdo; sin embargo, durante un

momento me dolió algo en el pecho, una preocupación de esas que te carcomen: que se había marchado, esa vez para siempre. Eché a correr hacia casa.

—Yo no lloro —grité por encima del hombro—. Eso solo lo hacen las niñas pequeñas y los bebés.

—Se me han ocurrido ideas para tatuajes nuevos —le dije a Miranda.

La había sentado en la mesa de la cocina, rígida y ladeada hacia la izquierda, justo donde caía un rayo de sol, y removía en el cajón de los trastos buscando rotuladores. Había abierto todas las ventanas y, por primera vez en muchos días, la casa no olía a cerdo. Apestaba a la intensidad de las montañas y del desierto, a lluvia y a salvia y a cedro, todo en uno. Cuando me di cuenta de que en el cajón no había más que gomas elásticas y pilas gastadas, dije:

—No te preocupes, saquito de caries: tengo rotuladores en mi habitación.

Me metí debajo de la cama, sobre la alfombra sin pisar, rodeada de pelusas y bolas de pelo. Buscaba una caja de zapatos que estaba llena de materiales de dibujo, pero en lugar de esa encontré una con el rótulo: propiedad privada. Era donde guardaba las entradas de cine, los diarios antiguos y las felicitaciones de cumpleaños de mi madre. Las tarjetas las hacía ella misma, y yo me la imaginaba en algún apartamento soleado del centro de Denver, con plantas y cactus en los alféizares de todas las ventanas mientras la luz filtrada de la ciudad la iluminaba en el sofá cuando lamía los sellos y escribía su antigua dirección.

Sentada en el suelo con las piernas separadas y las tarjetas esparcidas a mi alrededor como confeti, pasé el dedo por los bordes afilados y las cintas suaves. Encontré la de mi undécimo cumpleaños, la primera que me envió después de marcharse. Sostuve el papel púrpura y dorado sobre la palma y abrí la tarjeta como si fuera el corazón cálido y latiente de un animal. Mi madre había metido tres caléndulas dentro que estuvieron a punto de deshacerse en mis manos.

> Para mi bebé, Sierra. Hoy es tu cumpleaños, y cuando naciste supe que todo cambiaría, que todos los días serían tu día, que nada volvería a ser igual.

Me metí en la cama y me acurruqué con Miranda.

—Mira esto —le dije—. Esto es de mi madre.

Le miré la cara triste y, durante una fracción de segundo, imaginé que Miranda era una niña de verdad, un bebé que respiraba y lloraba. La hice rodar hasta mis labios y le di un beso seco en la frente.

—No sé si me porto muy bien contigo —susurré.

Entonces alcancé a ver a mi madre, de pie junto a la puerta. Estaba apoyada en la pared, lacia y frágil. No se había maquillado los ojos castaños rojizos y llevaba el pelo anudado en un moño alto, hecho de cualquier manera.

—Sí que te portas bien con ella.

—Pero Miranda no es de verdad —contesté.

Mi madre se acercó; se movía con elegancia, cómoda con su cuerpo. Se sentó al pie de la cama con la espalda muy recta y los brazos rígidos. Parecía nerviosa, igual que los gatos tensan la espalda antes del peligro.

—Es un poco raro que les pidan hacer esto. Solo tienes trece años, pero supongo que es comprensible que piensen que esto sirve como preparación. Aunque no es que cuidar de un paquete de azúcar durante dos semanas te prepare para una vida nueva.

Me acerqué a Miranda y le acaricié la barriga acolchada con el pulgar.

—No sé si hay alguien preparado para criar a un hijo. No me parece algo que se pueda practicar antes de que pase de verdad.

Me encogí de hombros y me coloqué a Miranda sobre el vientre.

—¿Adónde has ido?

Mi madre miró al frente con ojos vidriosos.

—A dar una vuelta en carro por el cañón. No te lo vas a creer, pero he visto dos halcones. Jugaban en las corrientes de aire.

Los halcones eran algo común en Saguarita. En sexto habíamos dado un tema entero sobre ellos. Bailaban antes de aparearse, podían lanzarse en picado a doscientos cuarenta kilómetros por hora y se emparejaban para toda la vida. Me sorprendió saber que mi madre les prestaba atención.

—¿Qué tipo de pájaros ves en la ciudad?

—Cuervos —respondió ella—. Solo hay montones de cuervos.

Hizo una pausa en la que siguió las pestañas de Miranda con sus largas uñas rojas.

—¿Hasta cuándo la tienes?

—Unos días más —dije, y le froté la espalda a Miranda, despacio—. Estoy deseando deshacerme de este trasto. Es un fastidio.

—Pues imagínate el día que sea un bebé de verdad. Será mucho más difícil.

—De eso se trata —contesté—: Miranda no es de verdad. Si lo fuese, yo sería mucho más agradable con ella, como hace Robbie. A él se le da mejor cuidarla.

Mi madre juntó las manos en el regazo. Se amasó los dedos un rato y un hilillo de tristeza se vertió entre nosotras como un calambre de electricidad estática.

—¿Puedes creer que cuando naciste yo solo tenía tres años más que tú? —Soltó una risa forzada y bajó la mirada a la alfombra—. Tuve que dejar los estudios.

—¿Lo echabas de menos? —le pregunté.

Mi madre suspiró y pensó la respuesta un buen rato.

—No sabía que podía echar de menos el instituto. Pensaba que estaba triste, nada más. Pero ahora voy a clase, voy a un centro de estudios superiores. Tú podrías matricularte en uno algún día.

Se quedó callada. Se quitó la goma del pelo y dejó que le cayera la melena sobre los hombros y el cuello. Tenía un aspecto glorioso: oscura y luminosa al mismo tiempo. Sus ojos marrones tenían un destello reluciente. Parecía más joven. Se la veía feliz.

—Seguro que algún día serás artista, Sierra. —Señaló los tatuajes de la espalda de Miranda—. Es lo que yo quería ser.

Sonrió y ambas nos reímos.

—Ven —me dijo—, déjame que te haga una trenza. Si te la aprieto bien, te durará varios días.

Al principio me aparté un poco, pero enseguida volví junto a mi madre. Me daba vergüenza seguir queriendo estar cerca de ella a pesar de lo que me había hecho. Al final, apoyé la cabeza en sus manos heladas e intenté olvidar lo mucho que me había lastimado. Sus dedos me manejaban el pelo como si cosiera una colcha, y estuve a punto de

dormirme en sus brazos mientras sostenía a Miranda en los míos. Recostada en mi madre, bañadas por la luz que entraba por la tarde en mi cuarto, la imaginé al cabo de muchos años, conduciendo día y noche con la camionetica blanca, deslizándose entre los picos de montaña y los valles, atravesando nieve y olas de calor, vendavales y rayos. La luz de sus focos, cálida y brillante, ilumina la ciudad, el lugar donde yo viviré cuando haya crecido y la melena negra de mi madre sea plateada y ella tenga la cara llena de arrugas. La veo llegar a lo lejos, saludándome llena de dicha, su última parada.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi padre estaba sentado solo a la mesa de la cocina, comiendo gachas de avena y leyendo el periódico. Parte de mí quería preguntarle dónde estaba mi madre, pero sabía que ya estaba cruzando el puerto en dirección al norte y a su apartamento soleado de Denver. Ni siquiera su silla estaba junto a la mesa. Mi padre me pasó un bol de cereales y después le dio un golpe al periódico con el dorso de la mano.

—Caramba —dijo—. Los indios de la montaña han organizado no sé qué petición formal. Van a cerrar el yacimiento arqueológico. —Me miró a los ojos por encima del periódico—. Siento no haberte llevado, Sierra. Ya habrá otro más adelante.

—No, si ya lo he visto —contesté—. Me llevó mamá.

Mi padre tragó saliva y sacudió el diario. Sonó como si lloviera.

—¿Quieres zumo de naranja para desayunar? He comprado de ese con pulpa que te gusta.

—No, papá —respondí—. No me encuentro muy bien. ¿Puedo quedarme en casa en vez de ir a clase?

Él enarcó sus cejas blancas. Reflejaron la luz horizontal que entraba en la cocina a través de las cortinas translúcidas de la ventana del fregadero.

—Si tan mal te encuentras, claro que sí.

Me pasé casi todo el día en la cama, con Miranda acurrucada en mis brazos. Escuchamos la radio que tenía en el alféizar de la ventana. La música *country* que le gustaba a mi madre llenaba la pequeña habitación y de vez en cuando me ponía de costado con Miranda pegada al pecho y me daban ganas de llorar. A las tres de la tarde alguien llamó a la puerta con urgencia.

Robbie estaba en uno de los escalones con una neblina de sudor que le bañaba las sienes y por debajo de la boca.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté—. ¿Por qué estás sin aliento? ¿Has estado saltando la cuerda?

Negó con la cabeza como un perro mueve la cola.

—Es horrible, Sierra. Horrible.

—Seguro que lo haces de maravilla. No seas tan duro contigo mismo.

—No es eso, es Miranda. —Se agachó y cogió mucho aire—. Ha muerto.

—Miranda no se puede morir, tonto.

Robbie me miró fijamente con una tristeza profunda.

—Hoy han sorteado las enfermedades. A la mayoría de los niños no les ha pasado nada malo. Algunos han cogido la varicela. Pero a Miranda le ha salido SMSL. Si no sabes lo que es porque no has hecho los deberes, significa síndrome de muerte súbita del lactante.

—Ya sé lo que es —respondí—. Entonces, ¿qué tenemos que hacer ahora? ¿Tirarla?

—Pero no podemos… —se quejó Robbie—. Es Miranda.

Lo miré un buen rato y conté cuántas veces parpadeaba sin que le cayeran lágrimas de los ojos. Entonces dije:

—Tengo una idea.

Robbie y yo dejamos las bicicletas cerca de la cornisa desde donde se veía el yacimiento. Había envuelto a Miranda en una funda negra de almohada y parecía una monja bebé. La saqué de la cesta de la bici y la puse de cara al cielo una última vez. Había una masa de nubes grises que se esparcía por todo el paisaje como un tablero de damas hecho de niebla.

—Mira —le susurré—, hasta el cielo está triste por ti.

Robbie se puso a mi lado en la cornisa que separaba la montaña del yacimiento. Alargó uno de sus bracitos de ala de pollo y le dio unas palmaditas suaves a Miranda en la cabeza. Estuvimos asomados al borde un buen rato, escuchando el quejido retumbante de las nubes y el chasquido lejano de los truenos. Escogí un punto en el centro de la excavación adonde era fácil apuntar, y entonces me eché hacia atrás y me preparé para catapultar a Miranda por encima de la cabeza con

ambos brazos, pero Robbie me paró.

—¿Vas a tirar a Miranda allí dentro?

—¿Qué más podemos hacer?

Con ese par de ojos grandes y tristes, miró el yacimiento. Después me miró a mí.

—Llegará más lejos si la pateo.

—¿Vas a patear a nuestra bebé a la tumba?

El viento arrastró mi voz y la alejó de mí, como si para empezar no hubiera sido mía.

—Sierra, que juego al fútbol.

Me cogió a Miranda de las manos, la colocó con delicadeza en el borde de la cornisa, y su cuerpo inerte se inclinó hacia la izquierda. Robbie retrocedió unos pasos y se impulsó hacia delante con los brazos, dando zancadas enormes. Cuando una de sus zapatillas hizo contacto con Miranda, se elevó del suelo como si no fuera más que un globo de helio. Dio vueltas en el aire mientras las entrañas de azúcar salían en espiral por un agujero que Robbie había hecho en el plástico con la puntera. El azúcar se esparció con el viento y salpicó la tierra de blanco. «Qué bonito», pensé, y Miranda aterrizó con un ruido sordo.

Sabrina y Corina

Mi abuela me llamó para darme la noticia. Aunque no acababa de sorprenderme, tuve que pedirle que me lo repitiera cuatro veces.

—La han estrangulado —me dijo por teléfono—. Eso es lo que ha pasado.

En aquella época, yo maquillaba en Macy's y, cuando acabé el último rostro del día, fui a su casa en carro, donde mis primos más pequeños jugaban a las escondidas en el jardín. Atravesé la cerca de alambre y los esquivé con el bolso en alto mientras se arremolinaban a mi alrededor intentando convencerme de que jugara con ellos. Al entrar, me encontré a mi padre tumbado a sus anchas en el sofá con una gorra de los Rockies tapándole los ojos. Uno de mis tíos estaba recostado a su lado con el mando a distancia en la mano. Otro descansaba inmóvil en un viejo sillón reclinable, con la mirada fija en la pantalla iluminada del móvil. De la habitación de atrás salían los aullidos de pena de la madre de Sabrina. Los hombres se estremecían, pero seguían viendo la tele sin volumen. Nadie dio señales de haberme visto llegar.

En la cocina, mi abuela removía con una cuchara de palo tres ollas de acero que parecían de restaurante. Tenía las uñas doradas y largas, y el pelo blanco recogido en un moño cardado. Yo ya había visto suficientes muertes de la familia Córdova para saber que en una de las ollas había chile verde, en otra alubias pintas y en la última menudo. Muertes, bodas, cumpleaños: el menú era siempre el mismo.

—Ven —me dijo mi abuela, y con la cuchara me señaló un montón de carne de cerdo cruda que había sobre la mesa—, haz algo.

Me hice un hueco entre las mujeres. Mi madre y yo, en silencio, cortamos la carne en pedazos pequeños para el chile. Una de mis tías preparó una jarra de limonada, otra cortaba cebolla y otra servía platos de comida para los hombres. Trabajábamos deprisa y sin hacer

ruido, arrimando el hombro de manera literal en la pequeña cocina. Unas cuantas primas se habían sentado con las piernas cruzadas sobre el linóleo del suelo y revisaban las fotos de familia que había en una caja de zapatos baratos. Se pasaban las de Sabrina como si de pronto se les hubiera olvidado cómo era. «Qué pelo tan largo, espeso y negro —decían—. Mira qué ojos más azules tiene en esta». Siempre habían admirado a Sabrina y le copiaban el maquillaje y la ropa; era la guapa de la familia, la prima más bonita, la muñequita preciosa. Pensé que era cuestión de tiempo que la imitasen de otras maneras. A una ya la habían expulsado por presentarse en clase de Matemáticas borracha de la noche anterior. Había estado con un chico, le sangraban las rodillas. Mi prima más pequeña contemplaba una fotografía de Sabrina en biquini, junto al riachuelo de Boulder.

—Qué buen tipo —dijo.

Se pellizcó la barriga y puso mala cara.

Yo acerqué la tabla de cortar a los fogones y eché el cerdo a una sartén. Mi abuela estaba a mi lado; olía a Vicks y a las muestras de Chanel Nº 5 que yo le había llevado del trabajo. Me miró con sus ojos pequeños y marrones, nublados con cataratas azulonas, y me pregunté cómo era posible que viera algo a través de ellas. Removió el cerdo hasta que los pedazos se doraron y después los sumergió en el chile uno a uno con la cuchara de palo.

—Tú eres la que más la conocía —dijo de pronto, sin dejar de mirar dentro de la olla, con un tono de voz que era una acusación sin dirigirla a nadie en particular—. Tú la conocías mejor que nadie, Corina.

Las demás mujeres dejaron de hacer lo que hacían. Me observaron con las orejas a punto de sobresalir entre los mechones de pelo negro como unas orejas de lobo, esperando mi respuesta. No les dije que hacía meses que no veía a Sabrina ni hablaba con ella ni que, para entonces, tampoco era la Sabrina que yo conocía. Dejé la tabla de cortar en el fregadero y me lavé las manos.

Cuando yo tenía once años y Sabrina doce, salimos descalzas por la ventana del ático de casa de mi abuela y nos plantamos en el tejado del porche. Aunque era casi noche cerrada, las tejas aún estaban

calientes del sol de la tarde. Nos bebimos las vistas del incipiente perfil de Denver que se apreciaban desde ese barrio del oeste. Los rascacielos se elevaban como paredes de granito: desnudos y blanquecinos en comparación con la noche. La parroquia de nuestra familia, la de Saint Joseph, se alzaba cerca de allí, en la esquina de la Sexta Avenida; las campanas sonaban mientras las luces del interior titilaban a través de las vidrieras policromadas.

Nos tumbamos con los brazos cruzados debajo de la cabeza y las melenas formando abanicos entre las dos. A kilómetros de nosotras, en el cielo, la luz roja de un avión surcaba la oscuridad. Sabrina sostuvo la mano izquierda delante de la cara; se la acercaba a los ojos y luego la apartaba. Tenía las uñas de color azul brillante y el brazalete de la amistad que yo le había hecho le bajaba por el brazo.

—¿Qué es lo primero que recuerdas de toda tu vida? —me preguntó.

—No sé, no me acuerdo.

Me dio un golpecito suave en el brazo.

—Inténtalo.

Cerré los ojos y nos vi a Sabrina y a mí cuando éramos muy pequeñas, cerca de un lago de montaña, debajo de una manta del color de las caléndulas con espejitos de plástico cosidos a la tela. La manta atrapaba la luz y la reflejaba, era como estar cubiertas con un pedazo pequeño de sol. Una abeja bajó flotando del cielo azul y se me posó en la mejilla.

—Supongo que es la vez que me picó una abeja —respondí—. Éramos pequeñas, estábamos en la montaña con nuestras madres.

Sabrina forzó la vista mirando la noche oscura. Se veían muy pocas estrellas y no había luna.

—Eres una copiona, Sabrina. La abeja me picó a mí.

—De eso nada —respondí—. Que yo lo sentí. Me escocía toda la cara y el cuello.

Ella se incorporó y negó con los ojos cerrados.

—Pregúntaselo a nuestras madres. Me picó a mí.

Alrededor de las once de la noche, los hombres se pusieron a roncar en el sofá y las primas pequeñas ya se habían quedado inconscientes en el suelo como borrachas descuidadas. Las mujeres planeábamos el

funeral en la cocina. Estábamos todas menos la madre de Sabrina, que se había tomado un tranquilizante y se había dormido en la cama de mi abuela. El rosario y el velatorio se celebrarían al cabo de dos días, en la Funeraria Ramírez. La misa sería a la mañana siguiente, seguida del trayecto al cementerio cercano y de un banquete en el sótano de la iglesia. Una de mis primas dijo que podía conseguirnos un DJ de karaoke con descuento; por suerte, otra prima le contestó que era idiota y una vulgar.

No nos pusimos de acuerdo en que el ataúd estuviera cerrado. Mi abuela se negaba. Nos habló de funerales en los que una sala llena de dolientes llorosos se enfrentaba a una fotografía vieja del finado.

—Nada de eso —dijo—. Es muy falso, es una falta de respeto. Si no se puede ver el cadáver, es como si la persona no hubiera pisado la tierra.

—Quizá sea mejor así —opinó mi madre—. Carlos, de la funeraria, ha dicho que tiene el cuello muy feo, muy hinchado y desagradable.

—Porque es un vago —repuso mi abuela—. Hoy en día, Carlos puede hacer de todo con esas cremas nuevas y los productos que tienen.

Una de mis tías soltó un quejido y nos recordó a todas que en otoño del año anterior la tía Celia había muerto tranquilamente mientras dormía, y Carlos le había dejado la cara como una orejita de cerdo en vinagre.

—No quiero ni pensar qué le haría a Sabrina —añadió.

—Si tanto les preocupa, no hace falta que lo haga Carlos. —Mi abuela me señaló—. Corina puede.

—¿Hacer qué, abuela? —pregunté estupefacta—. ¿Maquillarla?

—Sí, jita. Y peinarla. Tú te dedicas a eso.

Pensé en la fiesta de quinceañera del invierno anterior, cuando creía que se me iban a caer las manos después de peinar y pintar a once primas y a sus amigas. En parte, me habían animado a estudiar cosmética porque se me daba bien, pero creo que también porque a mi familia le encantan los servicios y los productos gratis: «Sé que te dan muestras gratuitas —me decían mis tías—. Consíguenos unos pintalabios o esa crema antiarrugas. Esas porquerías son muy caras».

—Pero yo no maquillo a muertos —dije.

—Tonterías. —Mi abuela dio una palmada fuerte en la mesa—. Ponle maquillaje a Sabrina y asegúrate de que quede guapa. Cuida sobre todo el cuello.

—No podría. No sé qué hay que hacer.

Mi abuela se miró el regazo y después se volvió hacia los fogones. Le tembló la garganta y se pasó la mano por la cara. Era lo más cerca que solía estar de llorar. Se volvió hacia mí y supe que tenía que acceder.

A Sabrina le encantaba la casa de mi abuela. Le gustaba sobre todo el baño. La luz era cálida y rosada, y en cada una de las cuatro paredes había un espejo de cuerpo entero. Mi abuela opinaba que todas las mujeres debían saber qué aspecto tenían desde todos los ángulos; era importante, según decía, saber cómo nos ve el resto del mundo.

Cuando estábamos en secundaria, Sabrina se escondió unas gafas de sol con forma de corazones de la tienda de todo a un dólar dentro del calcetín y las robó. La siguiente vez que fuimos a casa de mi abuela, las llevó todo el día y estuvo pavoneándose por la casa como una estrella de cine, moviendo las muñecas y ahuecándose el pelo. En un momento dado, me convenció para subirme con ella a la encimera rosa del baño. Me hizo colocarme delante de ella, con las piernas dobladas en el lavamanos. A nuestro alrededor, infinidad de reflejos nuestros en los cuatro espejos, como una niña araña enredada.

—Creo que podría ser modelo o actriz —me dijo Sabrina ese día haciendo pucheros en el espejo.

Su rostro era un óvalo delicado con pómulos prominentes y un labio inferior voluptuoso. Sin embargo, las gafas le tapaban el rasgo que más llamaba la atención: los ojos. El color azul pálido en sí ya era llamativo, pero era la forma, muy redondos y grandes, lo que los hacía especiales. Hasta los desconocidos le decían por la calle que parecía una muñeca viviente.

—Cuando seamos mayores, deberíamos mudarnos a California —le dije—. A ser estrellas de cine.

—Pues sí. —Sabrina aplaudió—. Yo podría ser como Salma Hayek o teñirme de rubio y ser una mujer explosiva.

—¿De rubio? ¿Quién quiere ser rubia?

—Mi padre era rubio. Por lo menos en las fotos que tiene mi madre.

Sabrina mencionaba esas fotografías a menudo, el único sitio en el

que cualquiera de las dos había visto a su padre, que se marchó antes de que ella naciera. Mi abuela me había dicho que era un don nadie, un blanco con un nombre finolis como Stuart o Randal.

—Me da igual que tu padre fuera rubio. Te queda mejor el pelo como el mío o el de tu madre. Si lo tuvieras fino y amarillo parecerías adoptada.

—¿No lo parezco ahora, con estos ojos azules?

—Para nada. Pareces una Córdova —le aseguré—. Entonces, si tú eres Salma Hayek, ¿quién soy yo? ¿Qué actriz?

Sabrina puso cara de mucha concentración. Y luego sonrió.

—Tú puedes ser mi ayudante personal.

—Ya te gustaría —contesté—. ¿Qué tal Dolores del Río?

—¿Quién diablos es esa?

—Una que sale en las películas viejas de la abuela. De esas en las que no hablan.

Sabrina se quitó las gafas con forma de corazones y me miró con un brillo en los ojos.

—Qué tontería. Nadie quiere a una chica que no habla. Más te valdría estar muerta.

La Funeraria Ramírez estaba en un cruce muy concurrido, en el norte de la ciudad; era un edificio deslucido con vidrios de espejo y caléndulas de plástico a ambos lados del camino de hormigón que conducía a la entrada. No había cambiado mucho con los años, ni por fuera ni por dentro. La alfombra seguía siendo de color verde aguamarina, las paredes de color crema y el sofá de la sala de espera, donde había quedado con Carlos, todavía era de color rosa chicle.

Me senté y les eché un vistazo a unos folletos sobre la pérdida y el duelo que había dispuestos en una mesita de cristal. En todos había fotos satinadas de personas hermosas, todas de pelo blanco, rasgos enjutos y ojos claros. Sabrina habría sido igual, de haber envejecido. Nuestras primas se metían con ella: «Con los ojos así —le decían—, pareces uno de esos perros. Un husky o un lobo». Pero mi abuela le advertía que no les hiciera caso. Que la gente busca tu parte más bonita e intenta afearla. «Y harán todo lo posible —le repetía— por adueñarse de esa parte».

—A los Córdova se les distingue a la legua —dijo Carlos avanzando hacia mí con una mano apoyada en la cadera. Era un hombre bajo con un bigote fino y camisa de vaquero con un estampado de cachemira. Aún tenía el pelo negro, pero no tan denso como la última vez que lo había visto, en el funeral de la tía Celia.

Dejé los folletos sobre la mesa y le di una bolsa de lona con las cosas de Sabrina: un vestido modesto de color rojo, un rosario de cuarzo, flores de seda para el pelo, una fotografía vieja.

—Lo que habías pedido. Pero no he traído zapatos. Dice mi abuela que no te hacen falta.

—Los muertos son como los blancos —dijo—: no pueden bailar.

Me reí un poco.

—¿Eso te lo has inventado tú?

—Claro que sí, cielo. Así soy yo.

Me llevó por un pasillo enmoquetado con cuadrados color yema de huevo. Cuando mi padrino murió de hepatitis a principios de los noventa, Sabrina y yo usamos los cuadrados para jugar a la rayuela. Al final del pasillo, Carlos abrió una puerta que daba a una sala de exposición de ataúdes. Muchos eran de madera oscura, pero había alguno de metal reluciente y unos pocos de un blanco radiante. En un rincón había versiones más pequeñas, para niños. Carlos se apoyó en el más pequeño.

—Antes de entrar, quiero repasar unas cosas.

Yo asentí con la cabeza.

—Número uno: si no quieres hacerlo, no estás obligada. Número dos: tienes dos horas. Es cuando empieza el velatorio. Y número tres: esto es un favor que le hago a tu abuela. No se lo cuentes a nadie.

—¿Eso es todo? ¿No hay nada más?

—Espera aquí. Voy a ponerle el vestido. Te aviso cuando haya preparado el cadáver.

Carlos sacó un juego de llaves del llavero retráctil que llevaba colgando de la cintura. Antes de abrir la puerta, me dijo:

—Siento mucho lo de Sabrina. Era una chica muy guapa. De verdad que lo era.

En el instituto éramos inseparables. Sabrina era mi mejor amiga, la

prima con la que mejor me llevaba. Mi padre se metía conmigo: me preguntaba si no me cansaba de tirar del carro, como si ella fuera una carga, cuando en realidad Sabrina era divertida. Era alegre y todo lo sentía con mucha intensidad: empezando por los desamores y acabando con las noches de borrachera hasta las cuatro de la mañana en las que planeábamos nuestras vidas insignificantes con toda la grandeza que solo ella era capaz de imaginar. Para Sabrina todo era posible: el dinero, el amor verdadero, salir de Colorado. Cuando ella tenía dieciséis años y dejó los estudios para trabajar en un bar del centro, yo me sentaba en una de las mesas del fondo a hacer los deberes y me maravillaba viendo cómo se deslizaba de mesa en mesa, grácil y fluida, con la melena larga arremolinada alrededor de su elegante cuello. Los hombres la seguían entre bocado y bocado de aros de cebolla o pescado frito con gabardina de cerveza, insaciables, como si mi prima fuera un síntoma más de su ansia.

Cuando me gradué del instituto, mi padre se ofreció a pagarme la escuela de cosmética. Decía que tenía que hacer algo más aparte de ir por ahí como otras mujeres de la familia Córdova. Se refería más que nada a Sabrina, cómo no, que para entonces ya se presentaba a las comidas familiares oliendo a suelo de bar. Sin embargo, no era solo ella. También estaba la sobrina lejana a la que el estado le quitó un hijo pequeño, las primas que murieron por andar haciendo el tonto con la heroína, la tía abuela Doty, que se quedó ciega después de una cita con uno que no le convenía, y la tía Liz, a la que encontraron muerta en el Chrysler con el motor en marcha y la puerta del garaje cerrada con llave. Mi abuela casi no hablaba de la tía Liz más que para decir que lo que la había matado a ella las había matado a todas.

Mientras yo estudiaba cortes y colores, permanentes y cremas alisadoras, Sabrina continuó trabajando en bares y acostándose con hombres que se parecían entre sí: altos, de cuello grueso y ojos verdes o azules. Tal como yo lo veía, esos hombres formaban un reparto de rostros masculinos indiferentes, una continuación de la expresión introvertida que había visto en las fotos viejas del padre de Sabrina. De vez en cuando venía a verme al instituto de belleza. Venía a mi puesto con la ropa arrugada y cara de haberse despertado a mediodía y, mientras las demás chicas se reían a escondidas y hacían pompas

con el chicle, Sabrina se apartaba la melena y yo le veía las marcas: chupetones por toda la garganta, del color de un huevo de oca podrido. «Los del trabajo me mandarán a casa», decía, y yo siempre la ayudaba a taparlo todo.

Cuando acabé el curso de belleza, alquilé un estudio en el Westside desde donde se veía una piscina municipal abandonada. Por las noches, me sentaba en mi balcón, en la primera planta del edificio, y me preguntaba qué había sido del trampolín, que habían sustituido por un cono naranja de tráfico como si eso fuera a impedirle a alguien lanzarse de cabeza al duro cemento. Era un lugar solitario, y Sabrina me visitaba muy de vez en cuando, las pocas veces que estaba soltera. Venía a casa y me seguía por el apartamento como una niña temerosa de dejar de existir si no había alguien que la viera.

—¿Alguna vez le has hecho un cambio de imagen a alguna mujer que esté horrible sin maquillaje?

Se había sentado sobre la tapa del inodoro con dos Coronitas entre los muslos: una para cada una. Habíamos puesto una emisora de música vieja, el tipo de canciones que ponían nuestras madres en verano cuando éramos pequeñas y nos llevaban de excursión en carro a las montañas.

—Sí, claro —respondí, y sonreí—. Pero cuando las arreglo, nadie lo diría.

—Supongo que solo lo saben ellas.

Sabrina se miró en el espejo y se difuminó el delineador de labios de color de frutos del bosque con el meñique izquierdo.

—Y tú, claro.

Fuimos a un bar en las afueras de la ciudad, cerca de una autovía elevada. En las ventanas empañadas había carteles de neón. Jugamos un par de partidas de billar y nos tomamos unos chupitos de tequila barato. De vez en cuando Sabrina danzaba hasta una máquina de discos de las de antes y le echaba un vistazo a la selección; la luz le parpadeaba en la cara, su reflejo era un busto que flotaba en el cristal. Me senté en la barra y vi que la rodeaba un grupo de hombres. Sujetaban la cerveza pegada al pecho, una bandada de buitres esperando la oportunidad de intervenir.

—Salimos a fumar —me dijo Sabrina.

Los dos tipos de tez pálida, hombros anchos y cuello grueso que tenía detrás me lanzaban miradas nerviosas, como si tuvieran miedo de que les estropease la diversión.

—Pero si tú no fumas —contesté.

—He empezado —repuso—. Ahora mismo.

Observé por el ventanal mientras Sabrina salía a la calle y se apoyaba lánguida en una camioneta parqueada: los dedos enredados en el pelo, la sonrisa dentona. Los hombres estaban a su lado, liando los cigarrillos. Ninguno de esos dos estaba a su altura, pero ella siempre les hablaba a los hombres como si fuera un regalo, una ofrenda en forma de una cara bonita y expresiva, una risita femenina. Daba igual de quién se tratase con tal de que le prestasen atención. Al cabo de un rato, no pude seguir mirando. Hice girar el taburete e intenté llamar al camarero. Al final, se acercó con un paño blanco colgando del hombro.

—¿Es tu hermana? —me preguntó mirando por la ventana.

—No, mi hermana no.

Miré a Sabrina; ella se apartó el pelo y los músculos del cuello le formaron un tobogán hasta las clavículas.

—Es mi prima.

—Ya sabía yo que eran familia. —Sirvió un tequila y me lo puso delante—. Se parecen.

—No tanto —respondí, y me bebí el chupito. Cuando Sabrina volvió tambaleándose, casi no se sostenía con los zapatos de cuña. Los hombres la llevaban por las muñecas, y ella se mecía entre ambos hasta que la soltaron y se apoyó en mí; se le había agriado el perfume, notas de fruta podrida, algo que habría estado mejor en la basura.

—Corina, Corina. ¿Te lo estás pasando bien?

Miré a los dos tipos que estaban a su lado, mucho menos borrachos que ella y radiantes de orgullo, como si ya la hubieran metido en un taxi y fueran de camino a casa de uno de los dos.

—Arriba, vámonos —dije.

Sabrina me miró entornando los ojos. Empezaba a tener arrugas diminutas alrededor de los ojos y de los labios.

—Yo me quedo aquí —contestó—. Ya llegaré a casa. La cogí bien de las muñecas y la remolqué hasta la puerta. Los dos hombres se rieron,

nos dejaron en paz y acecharon a otra chica, unos taburetes más allá. El camarero extendió el paño blanco sobre la barra y, mientras nos íbamos, creo que nos contempló con lástima.

—Vamos.

Le agarré la muñeca con más fuerza de la necesaria. Sabrina se tambaleaba detrás de mí y yo apreté aún más, con más rabia, preocupada por si le dejaba marcas con las uñas.

—¿Es que te da igual cómo te mire la gente? —le pregunté.

Fuera el aire era fresco y la luna estaba envuelta en una nube esponjosa. Arrastré a Sabrina hasta el carro, y ella me siguió a trompicones con la cara vuelta hacia el cielo como una niña ensoñada. Cuando por fin la solté, se apoyó en el capó y abrió mucho sus ojos azules.

—Nos miran a las dos igual, Corina. —Se rio y me señaló la cara—. Nos miran como si no fuéramos nada.

Le dije que subiera al carro, que estaba borracha. De camino a casa, me fijé en su rostro cansado, apoyado contra la ventana, y me transmitió algo inescrutable sobre Sabrina, una tristeza en lo más hondo que se palpaba entre nosotras como una enfermedad. ¿De dónde venía? ¿Acaso había estado siempre ahí, creciendo en su interior, llenándole los pulmones con un peso fluido?

—Sabrina —susurré, y le toqué el hombro.

Pero se había dormido y, por primera vez en mi vida, eché de menos a alguien que estaba justo a mi lado.

El cadáver de Sabrina descansaba sobre una mesa cromada rodeada de tubos de cristal y de productos opacos. Le habían apoyado la cabeza en un soporte de plástico. Tenía los ojos cerrados y la boca blanquecina y tensa en las comisuras. La sala olía a piel quemada, a desinfectante y a vinagre.

—Estas chicas guapas… —Carlos negó con la cabeza—. Se meten en líos horribles.

Contemplé a Sabrina: su pelo oscuro enmarcaba la columna pálida de la garganta, donde tenía las marcas ondeadas. Las magulladuras le abarcaban todo el cuello. Líneas azuladas de bordes agrios y amarillentos le rodeaban la hendidura de las cuerdas vocales. Los

capilares rotos le llegaban hasta las clavículas. Tenía la barbilla hinchada y rígida, ladeada hacia la derecha, suspendida de manera extraña sobre todo lo demás.

—¿Estarás bien? —me preguntó Carlos.

Yo solté aire y escondí las manos detrás de la espalda porque me temblaban un poco los dedos.

—Sí, tranquilo. ¿Dónde está el maquillaje?

Carlos me acercó una mesa con ruedas donde había varios frascos de cristal, pinceles colocados en hileras y un radiocasete pequeño.

—Este maquillaje es distinto. No se difumina tan bien como los productos tradicionales que usas tú, pero se aplica más o menos igual. Sabes lo de los ojos y los labios, ¿verdad?

—¿Qué les pasa?

Carlos le pasó la mano a Sabrina por encima de los ojos.

—Los suturamos para que queden en una posición atractiva. Usé la foto que me diste. Debería parecer ella misma.

Se sacó la foto del bolsillo y me la dio. Sabrina se la había hecho en el espejo del baño de mi casa. En ese momento tenía veintiún años, puede que veintidós.

Carlos le frotó una peca de la frente como si puliera un mueble. Encendió la radio: las Shirelles. Era una canción sobre un hombre que se había portado mal con todas nosotras, con todas las mujeres que habían existido. Me dijo que, cuando acabase, estaría al fondo del pasillo.

Rodeé el cadáver de Sabrina. Alargué el brazo y le toqué la mejilla, más cálida de lo que esperaba. Me puse manos a la obra y me centré en ocultar la hinchazón de las sienes y la barbilla. Tenía la mejilla derecha rígida, con una especie de verdugón cerca de los labios. Lo rellené con el pincel más fino y retrocedí. Me di cuenta de que muerta tenía las pestañas más largas. La hacían parecer casi tímida.

Con un cepillo de cerdas de jabalí le desenredé los mechones anudados. Le brillaba el pelo como una mancha de aceite de motor: verdes y dorados y azules entre la negrura.

A medida que soltaba los tirabuzones de las tenacillas, rebotaban con más vida que cualquier otra cosa que hubiera sobre la mesa.

Para el cuello cogí un corrector de color verde lima con notas

aceituna, una base normal para los problemas de pieles con rojeces. Unté una brocha sintética de abanico en el frasco y me la apliqué en la muñeca con una floritura. Era una buena base, uniforme y con buena cobertura. La garganta tenía un tacto plástico y estriado, por la carne endurecida que se había tensado y no había recuperado su forma natural. Cuando le pasé la brocha desde las clavículas hasta la piel suave de la barbilla, no cedió. Le cubrí el cutis con un tono natural sólido y en el hueco del esternón se le acumularon unas gotas secas de maquillaje. Usé un pañuelo de papel para limpiarlas.

Me propuse comprobar si tenía magulladuras en la parte trasera del cuello, pero me di cuenta de que nadie lo vería, ni siquiera mi abuela. Sabrina iba a mirar techos y tapas de ataúd forradas de raso de color rosa durante toda la eternidad, y cuando la bajaran a la tumba se le hundiría la garganta y se le desintegraría poco a poco hasta no ser más que oscuridad.

Cuando teníamos veintipocos años, cada vez veía menos a Sabrina. Ella trabajaba de noche. Yo trabajaba de día. Se mudó varias veces y perdí la cuenta de las direcciones, los nombres de sus amigas, los hombres con los que salía, los bares donde hacía de camarera. Casi nunca asistía a las comidas familiares y, si iba, tenía los ojos hinchados y la piel mortecina, y el cuello de las blusas escotadas le resbalaba por el hombro. Se bebía tazas de café sin leche como si fuera agua, se reía de sus propias bromas columpiando la melena sobre la mesa de mi abuela. Al cabo de un tiempo, dejamos de llamarnos y, durante una temporada, pensé que a ella le parecía bien.

Una tarde, en el trabajo, estaba ayudando a una mujer blanca a escoger un colorete. Ella era joven y rubia, y su piel tenía un brillo que solo se consigue con años de buena nutrición, cremas hidratantes caras y el legado de generaciones enteras vividas sin tragedias. Le apliqué un colorete dorado en sus pómulos sin definición y, cuando se observó en un espejo de mano, parecía contenta.

—Gastar dinero en maquillaje me hace sentir un poco tonta —me dijo, y me entregó la tarjeta de American Express.

—Es una buena inversión —contesté mientras le hacía la cuenta—. Los estudios demuestran que los hombres opinan que el rostro de una

mujer es su rasgo más atractivo, y el segundo, el cuerpo.

Oí una risa hosca a mi espalda.

—Menuda mentira.

Sabrina estaba en mi mostrador con una minifalda vaquera y un bolso deforme colgando del hombro; un sujetador de color rosa fluorescente asomaba por debajo de uno de los tirantes de la camiseta blanca. Se había colocado al lado de la mujer, que primero la miró boquiabierta y después se apartó con prisas, como si Sabrina fuese un animal recién escapado del zoo. Hice un repaso rápido de la planta buscando a las encargadas, pero me alegré de comprobar que ninguna estaba por allí. Le pregunté a Sabrina con tono sarcástico qué hacía allí tan pronto. Era mediodía.

—Te echo de menos —respondió ella con dulzura—. He pensado que mañana podríamos celebrar.

Cogí un puñado de brochas kabuki y las coloqué sobre la base.

—¿Celebrar qué?

—Mi cumpleaños.

Sabrina se pulverizó por la camisa un poco de Light Blue, de Dolce & Gabbana.

—Mañana cumplo veinticinco —dijo—. Podemos echar una partida de billar o hacer la cena. Como en los viejos tiempos.

Me dieron ganas de decirle que tenía cosas que hacer, pero la miré desde mi lado del mostrador y verla sin maquillaje me impactó. Tenía la piel grisácea como la carne vieja y sus ojos azules se veían apagados, con legañas en los rabillos. Llevaba el bolso sucio, con la cremallera rota, el contenido a la vista: pañuelos de papel arrugados, bolígrafos sin tapa, dos dólares sueltos. Decidí que Sabrina me necesitaba.

—Mañana salgo a las nueve —le dije—. Ven a casa. Ya se nos ocurrirá qué hacer.

Esa noche y durante todo el día siguiente estuve pensando en el bolso mugriento de mi prima, en lo poco que valía lo que llevaba dentro. Hice un viaje a la tienda de todo a un dólar para comprar cosas para decorar: serpentinas blancas y purpurina. Hice un pastel de tres leches y le envolví unos regalos: sombra de ojos, un probador de un perfume de Dior, pintalabios. Cuando todo parecía una tarta de

boda, todo brillante y de colores pastel, me senté en la cama a esperar a que llegara Sabrina.

Llevaba un rato dormida en la luz azulada de mi apartamento cuando me desperté a media noche con el ruido de alguien dando golpes en la puerta. Sabrina estaba plantada en el umbral, tiritando en jeans y una sudadera con capucha. Entró en casa, arrastró consigo el aire frío de la calle y se sentó en el sofá. Unos copos de nieve se le derretían en la melena negra.

—He venido caminando —me dijo—. Si te digo cuánto ha nevado no te lo creerías. Todo está cubierto de blanco.

Supe que había bebido por cómo hablaba. No arrastraba las palabras, pero eran más ligeras de lo habitual, casi angelicales de tan suaves.

—No paraba de pensar en ese cuento —continuó—. El del diablo en el baile. ¿Te acuerdas?

Mi abuela nos lo contaba a menudo. Una chica guapa desobedece a su familia y se escapa a medianoche para ir a un baile. Lleva allí solo un rato cuando un hombre apuesto se le acerca entre el gentío. La chica descubre que el hombre baila bien y no solo porque sea un anglo. Le hace dar piruetas durante horas, hasta que la chica se percata de los rostros que los rodean: ojos como platos, bocas abiertas. De pronto, le queman los brazos y después la parte baja de la espalda; al final, le arde desde los labios hasta la garganta: todos los sitios donde él la ha tocado. Cuando se da cuenta de que él tiene pezuñas como el diablo, chilla.

—Tal como lo cuenta la abuela, tiene gracia —dijo Sabrina—. Cuando la chica nota el olor agrio y resulta que es su propia carne ardiendo.

Le contesté que eso no tenía gracia. Le dije que era horrible.

—Siempre has tenido un sentido del humor de mierda, Corina.

Le di los regalos.

—Feliz cumpleaños, por cierto. Llegas un día tarde. ¿Dónde estabas?

Sabrina desenroscó una sonrisa y, con manos frenéticas, desenvolvió los regalos y los jirones de papel plateado aterrizaron alrededor de sus pies mojados. Fue sacando los artículos uno a uno: se probó las sombras de ojos en la muñeca, se pintó los labios y se pulverizó

perfume en el cuello. Era como ver a una niña pequeña el día de su cumpleaños, con los ojos enormes de la emoción al darse cuenta de que todos los regalos, todas las personas, están allí para ella.

—He salido —contestó.

Di un par de vueltas entre la ventana y el sofá, con el televisor sin sonido como única fuente de luz.

—Te he esperado toda la noche. Podrías haberme llamado.

—Se me ha olvidado.

—Tú me pediste a mí que quedáramos, no al revés.

Sabrina se levantó del sofá y recorrió un lado de la cocina. Abrió y cerró las puertas de los armarios y se puso de puntillas para buscar por las estanterías.

—No tengo alcohol —le advertí.

Ella se volvió y me miró en la penumbra; se le veían los ojos casi blancos.

—Busco un vaso para agua.

Cogí uno del escurridor y se lo di de mala gana. Ella lo hizo rodar entre las palmas con las uñas rotas y la laca carmesí descascarillada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó—. ¿No vamos a salir o qué?

Contesté que los bares iban a cerrar enseguida. Que había llegado demasiado tarde. Sabrina llenó el vaso de agua y se lo bebió casi de golpe. Se secó la boca con la manga y le cayó agua por la barbilla. Ese descuido me provocó repulsión. Quería arrancarle el vaso de las manos y ponerle un espejo delante de la cara para que se viera.

—¿Es que no ves lo que piensa la gente de ti? ¿Y lo que pienso yo?

Sabrina dibujó una sonrisita burlona.

—¿Qué piensa mi primita Corina de mí?

—Que todo te da igual —respondí—. No te importa nada, ni siquiera te importas tú misma. Mira cómo es tu vida.

Sabrina se volvió hacia mí, pero su mirada parecía vidriosa y ausente, como si allí no viera nada.

—¿Y cómo es mi vida? Vamos, tú lo sabrás mejor que nadie. Todo lo que has hecho en la tuya es seguirme.

—Tu vida es patética —contesté—. Eso es lo que es.

Recogió los regalos del sofá y cuando los tiró a la basura hicieron mucho ruido. Se puso la capucha y se ató el cordón en la barbilla.

—Tú estás aquí abajo con todas nosotras, Corina. Pero te da tanta vergüenza que no te das cuenta.

Me volví hacia la ventana, donde me vi reflejada en los rayos de luz.

—Yo no soy como tú.

—Tienes razón —se rio Sabrina—. Yo no soy una maquilladora del centro comercial que está más sola que la una.

—Eres una borracha —le solté con el rostro ardiendo de la rabia.

Sabrina abrió la puerta y me miró; a su espalda, la nieve caía blanca y dorada.

—Solo me has tenido a mí —dijo antes de salir a la noche—. Acuérdate de eso cuando no tengas a nadie.

La contemplé por la ventana mientras se alejaba y menguaba a lo lejos; las farolas arrojaban sombras a su alrededor con sus haces de luz ámbar. Al cabo de un rato, salí al escalón de casa y soplé vaho en su dirección como si fuera humo. Cuando se me ocurrió llamarla, Sabrina estaba ya en otra manzana, demasiado lejos para oírme, demasiado lejos para mirar atrás.

Me senté en la última fila de la sala de velatorios. Por los altavoces del techo sonaba música clásica. El ataúd de Sabrina estaba abierto; había flores a ambos lados y, detrás, una cortina de color marfil con la que daba la sensación de que estaba en un escenario. Nuestros tías y tíos andaban cogidos del brazo. Miraban dentro, volvían la cabeza a un lado, susurraban algo y se marchaban. Algunas de mis primas le alisaban el pelo. Mi madre le besó las manos. Mi abuela le hizo una foto, parte de su rutina habitual durante los funerales. Cuando me llegó el turno, me arrodillé ante el ataúd de Sabrina y le toqué la cara. Se la noté más fría que antes. Tenía una mancha de pintalabios en la frente, de un beso que le había dado alguien. Estaba quitándosela cuando mi abuela apareció a mi lado.

—Todos dicen que está muy guapa, Corina.

Me acarició la cabeza y me dio un beso en la mejilla.

Yo le di las gracias y miré por encima de su cabeza a mi familia, todos sentados en sillas plegables. Estaban dispuestos en hileras con los rosarios en la mano y los ojos bañados en lágrimas que les apagaban los colores. Miré a mis primas más pequeñas, que

balanceaban las piernas con leotardos blancos, trenzas y cintas rojas en el pelo. Miré a mi madre y a mi padre, aturdidos pero resignados, insensibles a todo lo que los rodeaba.

Al cabo de un rato, oí que mi abuela le decía a mi tía Josie:

—Es como ella lo habría querido.

Pensé en todas las mujeres que habíamos perdido en la familia, las cosas horribles de las que habían sido testigos, los actos que, sencillamente, habían soportado. Sabrina se había convertido en una cara más de una ristra de tragedias que abarcaba generaciones. Y pronto, cuando mi abuela estuviera de cierto humor, se sentaría a la mesa de la cocina con un vaso de poliestireno lleno de limonada en esas manos retorcidas que tenía y contaría la historia de Sabrina Córdova: los hombres la querían mucho, ella se quería muy poco, y al final eso la mató. Todas las historias acababan igual; la única diferencia era que morían chicas distintas, y yo ya no quería oírlas.

—No —le dije a mi abuela antes de volver a mi sitio—. Sabrina no quería nada de esto. Ella quería ser valiosa.

Cinco meses antes del velatorio, unas chicas del trabajo me invitaron a una fiesta en la avenida Colfax, en una de esas mansiones de piedra construidas por magnates de pelo cano y sus esposas de ojos de cordero degollado; una vivienda de cuatro plantas con un balcón redondo encima del porche que rodeaba la casa. Fuera había unas chicas jóvenes fumando en un corro; daban caladas largas y dejaban que les saliera el humo poco a poco de entre los labios, que llevaban muy pintados. Una de ellas contaba la historia de un chico con el que había salido, que había aparecido muerto en un contenedor, cosido a puñaladas. Las demás agacharon la cabeza hasta que otra hizo una broma. Pasé por su lado y entré.

En el salón había tanta gente que se notaba la humedad en el ambiente. En la escalera de caracol había unas cuantas caras desconocidas bebiendo cerveza y tequila directo de la botella. Estaban a oscuras, salvo por alguna lámpara de luz tenue y una hilera de luces de Navidad. En el pasillo, me apoyé en la pared y miré dentro de la cocina, donde la gente se movía al son de una vieja canción de los cincuenta. Las mujeres bailaban delante de sus hombres. Se recogían el pelo, se abanicaban el cuello, los aros de plata les chocaban con los

hombros. Entonces vi a alguien que paraba de bailar. Una chica que se abría paso entre la gente y se dirigía al pasillo. A medida que se me acercaba, vi que era Sabrina: flaca y empapada de sudor. No la veía desde su cumpleaños.

Me sonrió con sus ojos azules.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Corina?

En el porche, Sabrina me contó que se mudaba a California, que había conocido a un tipo que iba a abrir un bar, que ganaría un montón de dinero.

—Cuando esté instalada, tienes que venir a verme —me dijo.

Contesté que quizá iría. Un todoterreno negro se detuvo delante de la casa de la fiesta. El conductor no apagó las luces y desde dentro se oía el zumbido sordo de un bombo. Sabrina saludó al conductor, que se escondía tras unos vidrios tintados. Se echó la chaqueta de polipiel encima de los hombros y bajó los escalones del porche corriendo con las botas de tacón de aguja. Cuando estaba en mitad del jardín, dio media vuelta.

—¿Qué es lo primero que recuerdas de toda tu vida?

—Ya sabes que es cuando me picó una abeja, pero tú dices que eso no me pasó a mí.

—No importa —respondió Sabrina—. Puedes quedarte ese recuerdo, si quieres.

Se subió al todoterreno negro y dio un portazo. Cuando se marchaban, bajó la ventanilla. Sacó la cabeza hasta los hombros y gritó algo que no entendí. Era el final del invierno. La carretera centelleaba con el hielo negro. Lo único que yo veía era la melena larga de Sabrina, enredada alrededor de su cuello, pálido como la luna.

Hermanas

Levantando los ojos dijo:
«Veo hombres, me parecen árboles, pero andan».
Marcos 8:24

Durante las semanas previas a que le robaran la vista, Dolores Lucero, a quien llamaban Doty, fue testigo de su vida como si esta fuera ordinaria, sin reparar en la luz que se colaba entre el encaje de las cortinas cuando se despertaba por las mañanas. No le prestaba una atención especial a su hermana pequeña, Tina: tirada de costado en la cama, roncando alto en su habitación con uno de los pechos asomado por el escote del camisón de raso. No se paraba a contemplar la cocina que tan bien conocía, con las sartenes de hierro secando en el escurridor y las cáscaras de huevo en el cubo de la basura. Y fuera, al otro lado de las ventanas del salón, Doty no pensaba en los álamos negros y los olmos japoneses que había en su parte de la ciudad, el Northside, a lo largo del Bulevar Federal, un vecindario de casitas de una o dos plantas.

La mañana en la que aparecieron las octavillas por toda la ciudad como una nevada a principios de julio, Doty salió a por el periódico después de empezar a preparar el desayuno con Tina. Salió de su casa de dos plantas por la puerta mosquitera con los rizos negros tersos y el maquillaje impecable y resplandeciente. Cuando se agachó para recoger la edición del martes del *Rocky Mountain News*, alcanzó a ver un cuadrado blanquecino que estaba donde no debía. Caminó descalza por el césped, se detuvo delante del álamo y arrancó la hoja de papel de la corteza. Las octavillas estaban impresas en papel barato y quebradizo, y justo en el centro habían plantado una fotografía de la chica que habían cogido del anuario del instituto North High School de 1955. «Desaparecida: Lucía Barrera, chica de diecinueve años de

ascendencia filipina, trabaja en marroquinería en Montgomery Ward, calle Dieciséis con Tremont».

Doty sintió una tristeza enquistada que le dolió en el pecho. Levantó la mirada y le echó un vistazo a la calle tranquila, casi como si esperase ver de pronto a la chica desaparecida junto a uno de los buzones o al lado de un carro parqueado. Volvió adentro, cruzó el salón, pasó junto al sofá y por debajo del arco de estuco y entró en la cocina, donde Tina se había sentado a la mesa con un plato de papas fritas y un montón de tortillas de harina. Iba en camisón. Tenía el pelo recogido con horquillas, formando pliegues sobre el cuero cabelludo.

—He encontrado esto en el árbol —dijo Doty en español, y dejó la octavilla en la mesa antes de sentarse.

Tina la miró un instante. Se encogió de hombros.

—¿No la reconoces? Va a Benny's, lleva vestidos de esos de vaquera con volantes. También va a Saint Catherine's, es una de esas filipinas. Ya sabes, las chicas que llegan pronto a misa, se sientan en primera fila y siempre se inclinan más que nadie.

Tina miró a su hermana con ojos desdeñosos y distantes; los tenía hundidos, rodeados de pómulos escarpados y cejas oscuras. Podía ser frívola y sumamente distraída, pero era la mejor amiga de Doty y la única pariente que tenía en Denver. Tina tuvo el detalle de volver a mirar la fotografía y le dijo a su hermana que no había visto a esa chica en su vida.

—Cuando estoy en misa, no presto mucha atención a los cogotes de la gente —añadió en inglés—, pero ya veo que tú sí.

Doty barrió la octavilla de la mesa y la sostuvo a la luz del sol. Conocía a la joven. Se había fijado en ella meses antes y a menudo se sorprendía observándola en la iglesia. Un día, Lucía acababa de comulgar con la cabeza gacha y agarrándose las manos enfundadas en guantes blancos y, mientras se alejaba del cura, sorprendió a Doty: la miró, le sacó la lengua rosácea y le enseñó la hostia blanca que tenía en la boca. Entonces sonrió y desapareció entre los bancos. Doty sintió una especie de calor por la cintura del vestido. Lucía era muy guapa, tenía los ojos fuertes y precisos, y Doty quiso conocerla cuanto antes.

Doty dijo:

—Sé que la has visto en misa, Tina. ¿Qué puede haberle pasado?

—Igual está muerta. —Tina se bebió un vaso de zumo de naranja de golpe—. Puede que alguien la haya hecho pedacitos.

—No digas cosas tan feas. Eso es horrible.

—De acuerdo. Pues seguramente tenía novio —sugirió Tina con la voz tensa de irritación—. Me la juego a que se han escapado porque tenían prisa por casarse.

—No lo creo. No tenía pinta de eso.

Tina llevó el plato sucio al fregadero. Tiró las sobras reblandecidas de su desayuno al cubo de la basura mientras tarareaba una melodía *country*; los omoplatos le sobresalían de la espalda como los muñones de un par de alas.

—Vamos, Doty. Tú eres la única a la que no le interesa encontrar un hombre.

Doty no respondió. Cogió la hoja de papel y le pasó las uñas por los ojos a la desaparecida como si quisiera dormirla.

Tina y Doty llevaban dos años viviendo juntas, desde que se habían marchado del sur de Colorado con dieciséis y diecisiete años respectivamente. Su madre se había quedado en un pueblo que se llamaba Durango. Se había juntado con un ranchero anglo mayor que ella, apellidado Weiss. Al principio, parecía una opción cómoda para su madre, después de que su primer marido se matase a fuerza de beber. Sin embargo, Weiss empezó a prestarles a Tina y a Doty una atención que ninguna de las dos quería; aparecía junto a sus camas cuando dormían y les posaba una palma gruesa y callosa en la mejilla mientras ellas soñaban. A pesar de que le rogaron a su madre que lo abandonara, ella estaba demasiado rota por dentro. «¿Qué esperaban?», había dicho. A Weiss le gustaban las indígenas y las españolas jóvenes y guapas. Como regalo de despedida, su madre les dio a las hermanas veintisiete dólares y un consejo: «Cásense las dos, cuanto antes mejor. Son bastante guapas».

Las hermanas habían encontrado empleo en el centro, como recepcionistas en la consulta de un hematólogo. Doty hacía el turno de mañana, mientras que Tina trabajaba por las tardes. Doty disfrutaba del ritmo pausado, del montón de revistas nuevas y de las vistas del Civic Center Park desde las alturas. Detrás del mostrador, se maravillaba ante el cambio gradual de las hojas de los tiemblos, que

formaban hileras estrechas a lo largo del parque. Iban del verde del verano a un color otoñal que recordaba a mil monedas de oro lanzadas al aire por una mano invisible. En cambio, Tina toleraba el trabajo porque le tenía un cariño especial: cuatro meses antes, allí había conocido a su novio, Randy, un martes en que él había hecho una entrega en la consulta. Esa noche, mientras cenaban, a Doty le había impactado la seguridad con la que hablaba su hermana: «Algún día me pedirá que me case con él. Lo sé». Por su parte, Doty no planeaba someterse a la servitud del matrimonio. Los hombres no le interesaban. A veces se preguntaba si acabaría casándose.

El día en que habían aparecido las octavillas, por la tarde Doty levantó la vista desde el sofá de color lima en el que estaba sentada y vio a Tina entrar por la puerta mosquitera. Se le había calentado el maquillaje con el calor veraniego y su tez recordaba a una dona glaseada.

—Levanta —dijo Tina, y le dio un toque a su hermana en la pierna —. Nos vamos al cine.

—Pero es martes.

Doty ya se había puesto ropa de estar por casa: un pantalón pitillo y una blusa vieja con mucho vuelo.

—El Santa Fe no abre los martes.

—Es que no vamos a ese. Vamos al otro cine, tenemos una cita doble.

En el otro cine nunca ponían películas en español, y Doty sospechaba que, como de costumbre, Tina le habría conseguido una cita con un hombre blanco. Su hermana tenía predilección por los anglos: ganaban más dinero, podían ir a cualquier parte de la ciudad y vivir donde quisieran. Tina estaba convencida de que las dos hermanas podían acabar casándose con uno. A fin de cuentas, ambas tenían la piel clara. En cambio, Doty opinaba que los hombres blancos la trataban como si no llegase a ser una mujer completa, como una especie de objeto exótico para exponer en casa igual que un animal muerto. La última vez que Tina le había organizado una cita a ciegas, Doty había soportado toda una velada con un corredor de seguros que se llamaba Rustin Mitchel y apestaba a agua rancia de cubo de fregar.

Al despedirse, a pesar de que Doty había negado con la cabeza, intentó besarla, y ella se inclinó tanto hacia atrás que se convirtió en el baile del limbo.

Tina le dijo:

—He conocido a un tipo delante de la oficina que estaba arreglándole unos árboles al doctor Marcus. Se llama Joey Matthews. Tiene un buen trabajo como arborista o como se llame eso. Es muy apuesto. Alto y, ay, Doty, tiene los ojos de color azul cielo. No has visto nada igual.

—Claro que sí —respondió Doty—. Ojos verdes, ojos azules, ojos negros. Los he visto de todo tipo.

Tina cogió a Doty por las muñecas, tiró de ella y la levantó del sofá.

—Tú vienes conmigo. No se hable más. Y esta vez sé amable. Quizá lo conozcas para el resto de tu vida.

Joey Matthews, de pie ante su puerta, se presentó con el sombrero de vaquero colgando de las manos. Tenía la piel lechosa, del mismo color que el pelo, y una dentadura cuadrada perfecta. Sobre el fino labio superior, le temblaron al hablar las costuras rojizas de una cicatriz, un labio leporino corregido. Dirigió sus ojos azules al suelo, como si temiera que la mirada de Doty le quemase la cara.

—Encantado —dijo, y le ofreció un apretón de manos muy flojo.

A continuación, hizo un gesto para que Tina, Randy y Doty subieran a la camioneta Ford de cuatro plazas que estaba parada junto a la acera con el motor en marcha. Tina y Randy se sentaron en el asiento de atrás, casi el uno encima del otro. En el de delante, Doty se pegó a la puerta, y salieron del Northside con el sol a punto de ponerse, arrojando reflejos de color rosa y dorado en la corriente del Platte.

Joey, una silueta en la luz crepuscular, se volvió hacia Doty con la cara envuelta en sombras y le preguntó qué tipo de música le gustaba.

—Seguro que te gustan muchas de esas porquerías españolas —dijo.

—No, no mucho. Prefiero a Patsy Cline.

Después de eso, el viaje transcurrió en silencio.

En el autocine, Joey parqueó con la parte de atrás de la camioneta de cara a la pantalla, y todos se sentaron en la caja sobre una maraña de mantas de lana. Doty se colocó con mucho cuidado, poniendo una

mano en el vestido de algodón para que no se le destaparan las piernas. El público era de la variedad habitual del Eastside: chicas rubias con vestidos caros que no se habían hecho ellas y sus novios con enormes Chevrolets relucientes del color de las nubes. Doty alcanzaba a ver el extremo más alejado del autocine, el sector de la gente de color, donde se ponían sus amigos del Northside y del salón de baile Benny's, la zona donde Tina y ella solían sentarse. Se dio cuenta de que buscaba el rostro de Lucía. A lo mejor la habían encontrado y estaba por ahí, disfrutando de una noche cálida en el cine. Pero enseguida se dio cuenta de que la zona de personas de color acababa en una valla alta de madera donde alguien había colgado varias de sus octavillas. El rostro bonito de Lucía no estaba en ninguna parte del autocine, y Doty sintió que la misma tristeza enquistada le bajaba por la garganta hasta el estómago.

Los últimos destellos del atardecer se enfriaban detrás de las montañas serradas cuando en la pantalla hubo una explosión de luz. De los altavoces salió ruido estático y música de circo, mientras el dibujo animado de un perrito caliente bailaba con guantes en las manos y calcetines en los pies. Los cristales de los automóviles que los rodeaban estaban opacos con el humo de tabaco y el reflejo de las luces. Doty se puso nerviosa esperando a que empezara la película; no encontraba el origen de esa emoción dentro de sí misma, pero observó con atención cómo Joey respiraba con la boca entreabierta, cómo le relucía la saliva en los dientes cuadrados. Tina soltó una risa aguda al otro extremo de la caja de carga. Parecía una niña pequeña con un vestido de fiesta, volantes azules hasta el cuello. Se acercó a Randy y lo rodeó con los brazos.

—Vamos a por una Coca-Cola, cariño —le dijo.

Ambos saltaron de la camioneta y, esquivando los espacios ocupados, el pelo negro de ella y el gorro de fieltro de él fueron apareciendo de vez en cuando entre los vehículos.

Joey se encorvó hacia Doty; olía un poco a tierra. Ella se movió un poco más allá. Habían empezado los créditos del inicio. La cámara rodaba por una larga carretera negra, hasta que se detuvo ante una actriz rubia platino que llevaba un vestido negro desgarrado y chillaba con los hombros y las caderas al descubierto, la cara pálida atrapada

entre las manos, la boca tan abierta que se le veían las amígdalas colgando. Enseguida, el plano cambió y la cámara enfocó un poco más allá, donde unas hormigas del tamaño de elefantes con rayos láser en los ojos descendían a la Tierra desde una nave espacial ovalada.

—Qué noche más bonita —dijo Joey.

—Es una noche —contestó Doty.

Joey se recostó sobre los codos y recolocó las mantas de debajo. La luz de la película se vertía sobre su cara en tonos cambiantes de blanco y gris. Ella se sorprendió mirándole la cicatriz, la carne estriada. Él se la tapó con el puño cerrado y continuó.

—Oye —dijo Joey—, ¿he hecho algo que te haya ofendido?

—No. Para nada. —Doty señaló la pantalla—. Estoy viendo la película.

—Es un poco ridícula, ¿no te parece?

Doty se rio. Claro que era ridícula. Era una película de hormigas gigantes.

—Se supone que lo es. Bueno, se supone que tiene que hacer gracia.

Tina y Randy volvieron con las Coca-Colas y unas bolsas pequeñas y rojas de palomitas. Hablaban sobre algo que había pasado en el puesto de bebidas. A un joven al que Tina y Doty conocían del Northside lo habían echado del cine por levantar la voz cuando le habían servido un agua a pesar de haber pedido una Coca-Cola. A Tina no la afectaba que hubiera ocurrido, más bien comentaba lo habitual que era. No entendía que Randy nunca se hubiera dado cuenta.

—Se llama «que te den gato por liebre» —explicó Tina, y se agarró al portón de atrás con una mano—. ¿No lo has oído nunca, Randy? A nosotros nos pasa siempre. Estás en una tienda bonita de Woolworth, y de repente la cajera cierra la caja justo cuando te tocaba pagar a ti. O estás en una cafetería cualquiera de Colfax, pides un sándwich de queso fundido y la camarera te trae un plato vacío.

—¿Por qué iba a fijarme en eso? —preguntó Randy, y agachó la cabeza y comió palomitas directamente de la bolsa.

—Porque eres un chico alto, grande y americano —respondió Tina con sarcasmo.

Randy sonrió con suficiencia.

—Y tú eres mi chiquita española.

Tina se lamió los labios y entornó los ojos. Entonces fue a subirse a la camioneta, pero resbaló, cayó de espaldas y cuando aterrizó se oyó un crac.

Doty se acercó como una flecha y miró desde el portón.

—No te quedes ahí parado —le dijo a Randy—. ¡Ayúdala!

—Por el amor de Dios —respondió él, y se arrodilló a su lado en el suelo—. ¿Estás bien?

Tina echó la cabeza hacia atrás y soltó un quejido.

—Me he hecho muchísimo daño.

Dobló el brazo izquierdo y les enseñó a todos la sangre que le manaba del codo y goteaba en la tierra oscura. Randy le dio a Joey lo que habían comprado en el puesto de bebidas; levantó a Tina del suelo, se colgó el brazo herido del cuello y se manchó el cuello de la camisa.

—Menuda agilidad tiene tu hermana —le susurró Joey a Doty, y se rio.

Doty no daba crédito. Ella podía reírse de Tina. Llevaba toda la vida riéndose de ella. Pero eran hermanas.

—Tampoco es que hayamos ido a bailar —contestó Doty, pero la música de la película hizo un *crescendo* y no se la oyó.

La actriz rubia platino soltó un chillido de pánico cuando la hormiga reina la levantó del suelo. El ruido de los cuerpos al desgarrarse llenó la noche mientras la imagen de un brazo cercenado chorreando sangre ocupaba toda la pantalla.

Al día siguiente, Tina volvió del trabajo por la tarde con un ramo de lirios; cada una de las flores, un bostezo de pétalos del color de la savia. Las dejó sobre la mesa de la cocina, donde Doty estaba sentada con una blusa de algodón abotonada hasta el cuello y la barbilla apoyada en los puños. En un rincón, un álbum nuevo de Patsy Cline giraba bajo la aguja.

—Tú y tu *country* triste —dijo Tina, y se bajó la cremallera del vestido que se ponía para trabajar.

—Mira a quién le han regalado flores porque tiene una herida…

Tina estaba quitándose la ropa; había sacado los brazos de las mangas y el vestido malva le colgaba de la cintura como una segunda

piel. Dobló el brazo para enseñarle a su hermana la herida vendada. Una mancha oscura de sangre había traspasado la gasa.

—De hecho —dijo, y se sopló en el codo—, no son para mí. Son para ti. Te las ha mandado Joey al trabajo porque deben de gustarle las mujeres tiesas y poco afectuosas. En cambio, Randy ni siquiera me ha llamado para preguntar por el brazo. Y eso que podría habérmelo roto; tú viste desde dónde me caí.

—Sobrevivirás —contestó Doty mientas acariciaba las flores.

Eran suaves y sedosas como la oreja de un perro. A la altura de los tallos había una nota: «Algo bonito para alguien igual». Doty apartó la mano como si se la hubieran mordido. Notó una sensación brusca y desconocida debajo de las costillas: nunca le habían regalado flores.

—Joey ha gastado demasiado dinero. Espero que no quiera nada a cambio.

—¿Por qué iba a querer algo?

Tina entró en su dormitorio para cambiarse y apareció segundos después envuelta en una toalla.

—Se me olvidaba: hoy han encontrado la chaqueta de la chica desaparecida, donde el río Platte. Justo debajo del puente que va del Northside al centro. Una de las pacientes de la consulta no callaba con el tema. «¿Qué mundo es este?», decía una y otra vez. «¿Qué mundo es este?».

—¿La chaqueta?

Doty inhaló la fragancia dulce de los lirios y sintió que se ahogaba. Imaginó un abrigo de lana arrugado, medio hundido en el agua del río, tiznado y negro. En su cabeza, vio a Lucía trepando por la orilla, arañándose las rodillas y los brazos en las rocas mientras la corriente le arrancaba el abrigo.

Tina se tapó la melena con un gorro de ducha de color naranja.

—Qué horror. Ya la pueden dar por muerta.

Doty levantó las flores de la mesa y las colocó cerca del fregadero, delante de la ventana grande. A la luz, los pétalos parecían traslúcidos como una pantalla.

—No digas eso, Tina. No está muerta. —Doty negó con la cabeza—. No, no puede haber muerto. Seguro que solo está pasando frío.

Era sábado y Doty había accedido a regañadientes a salir con Joey por segunda vez. En la orilla de un lago de montaña llamado Dillon, una brisa cálida le metió a Doty un grano de arena en el ojo izquierdo y la visión borrosa le dibujó enormes destellos blancos en el agua. Se acordó de un cuento que su madre les contaba a Tina y a ella a la hora de dormir, uno sobre un espíritu maligno del agua que vagaba por las Montañas Rocosas. Por las noches, cuando los niños duermen, un hombre de pelo blanco con piedrecitas en lugar de dientes les roba la sombra y la encierra en una cabaña de musgo en el fondo del lago. Doty se frotó los ojos y se acercó a Joey, que en ese momento descargaba un montón de material de pesca de la camioneta.

A un par de metros de la orilla, Joey extendió una manta de cuadros en el suelo. Montó dos cañas y clavó un par de gusanos vivos en los anzuelos. Doty se sentó en la manta y observó mientras él los lanzaba al lago. Después recogió un poco de sedal y encajó las cañas en la grieta de una roca pequeña. Entonces se sentó en la manta y, de una cesta de mimbre, sacó unos sándwiches de queso y mermelada, le dio uno a Doty y dejó una marca polvorienta en la corteza con el pulgar. Doty masticó los primeros bocados despacio, mientras Joey le preguntaba por su familia. Ella explicó que su madre no estaba, que su padre había muerto y que Tina era la única persona que tenía.

Joey la observó con una intensidad reservada para los jueces y trabajadores sociales.

—Debe de ser duro estar así de sola.

—Créeme —contestó Doty—, no lo es.

Enseguida le preguntó a Joey por su trabajo. Sabía que cortaba árboles, pero él la corrigió: era mucho más complicado. Su padre y él cultivaban plantones, podaban ramas, estudiaban la corteza. Le contó que había una especie nueva de escarabajo que amenazaba con destruir bosques enteros. Se levantó, caminó sobre las rocas y se dirigió hacia los árboles a paso brioso, dando zancadas. Las botas hacían crujir el suelo. Momentos después, volvió con un bicho negro retorciéndose entre el dedo índice y el pulgar.

—Son así —le dijo—, aunque este pequeñín no es igual. Hay gente que quiere matarlos, pero yo creo que hasta lo más feo merece vivir. Se trata de asegurarnos de que podemos vivir juntos sin destruirnos los

unos a los otros.

—Suelta eso, anda —dijo Doty sin apartar la mirada de la cara de Joey.

La expresión del arborista era reservada, pero su boca mostraba excitación y júbilo, casi una felicidad caótica. «¿Quién dice que las cosas se merecen? ¿Qué merece un bicho negro?».

Joey se rio, abrió la mano, le pegó un soplido al escarabajo, y el animal echó a volar hacia el lago. Se sentó más cerca de Doty que antes. A la luz del sol, tenía un rostro casi apuesto, aparte del color pueril de sus mejillas y la línea rosada de la cicatriz. Olía a tierra aún más que la vez anterior. Doty se apartó y empezó a abanicarse con la mano casi sin querer.

—¿Y tú qué me cuentas? —preguntó Joey—. ¿Te gusta el trabajo que tienes con tu hermana? Las dos son secretarias, ¿no?

—Sí, está bien.

Doty buscó una piedra lisa. Pasó las palmas de las manos por el suelo hasta que vio una que le pareció más o menos pulida.

—¿Te gustaría seguir de secretaria para siempre? ¿Como profesión?

Doty se levantó y caminó sobre el terreno irregular hasta la orilla; los tacones bajos se le clavaban entre los guijarros húmedos. Lanzó la piedra, que cayó en el agua con un «plop» sonoro.

—No —respondió, y miró a Joey.

Él la miraba fijamente a la cara, como si le resultase tan interesante como el escarabajo volador.

—Si te digo la verdad —añadió con orgullo—, me gustaría hacer algo más artístico.

Doty oteó el horizonte y contempló unas volutas de nubes que chocaban entre sí. Volvió a la manta y se sentó; llevaba un vestido de lunares.

—Diseñando escaparates, quizá —dijo—. A veces paso por delante de los grandes almacenes y lo que veo es un montón de vestidos bonitos puestos en maniquíes que no tienen cabeza. Es horroroso. Yo lo haría mucho mejor. En Montgomery Ward escondieron un vestido largo de tulipanes detrás de una pelota de playa. Lo importante casi no se veía.

—No me digas —comentó Joey.

Doty se quedó callada. Se acordó de Lucía: una vez había pasado por delante de la tienda y había visto a la joven a través del escaparate, colocando pares de guantes nuevos de cuero. Estaba agachada de tal manera que Doty le vio el cuello, el sitio donde le acababa el vello negro y fino de la nuca y empezaba el tramo ancho de la espalda. Lucía se volvió y, con un respingo entrañable, la saludó. En ese momento Doty había estado demasiado aturdida para entrar y decirle hola, y se preguntaba si volvería a tener la oportunidad.

Una de las cañas tembló e hizo sonar con suavidad la campanilla que había en el extremo superior. Joey se acercó a la orilla, recogió el sedal de forma metódica y sacó del agua la trucha arcoíris más pequeña que Doty había visto en su vida.

—No deberías tener que trabajar duro todo el día en una oficina ni en una tienda horrible —dijo Joey por encima del hombro.

Doty respondió a voces:

—¿Perdona?

Casi se le había olvidado de qué hablaban.

Joey le sacó el anzuelo de la boca al pez, cogió esa masa resbaladiza con la mano y se sacó una navaja del bolsillo del pantalón. Rajó la trucha con un gesto rápido, pero al momento decidió que era demasiado pequeña para aprovecharla. Lanzó el pescado muerto al lago y, sin limpiarse las manos con un pañuelo, se sentó en la manta, le dio unas palmaditas en el muslo a Doty y un apretón fuerte a la altura de la rodilla. Olía mucho a pescado muerto y ella se sintió atrapada, a pesar de que tenía delante la extensión de toda una ladera de montaña.

—Alguien debería cuidar de ti —dijo Joey—. Una chica guapa como tú lo merece.

—¿Cómo no te va a gustar?

Tina estaba apoltronada en el sofá de color lima. En su casita de dos plantas se estaba fresco y olía a enebro y a un perfume florido.

—Parece buen chico. Además, tiene un buen trabajo y no es ni medio feo.

Doty dejó dos gintonics en la mesa, junto a las revistas, y se sentó al lado de su hermana.

—Eso está muy bien, pero no estoy a gusto. —Cogió su vaso y bebió un trago—. Hay algo que se me hace raro.

—Eso —contestó Tina, y fue a por su vaso— no es culpa de Joey. Tú tienes algún complejo. Un problema personal. Lo único que sirve para eso es…

Doty le lanzó un cojín a su hermana.

—¡Estoy herida! —chilló Tina fingiendo muchísimo dolor—. ¿Cómo te atreves?

—¿Y cómo te atreves tú a herirme haciéndome salir con hombres ridículos?

—Bien —respondió Tina—. Me alegro de que te sientas así. Porque esta noche vamos a Benny's. Tú, yo, Randy y Joey.

—Ya estuve ayer con él, no hace falta que quedemos hoy.

Tina hizo ruido al posar el vaso. Se sentó con una postura ejemplar, suspiró y, con mucho cuidado, le apartó el flequillo a Doty de los ojos con ambas manos.

—Escúchame: ya sé que piensas que podemos permitirnos vivir para siempre en esta casa, pero no es así. Tú tienes que encontrar a alguien y lo que hagas en tu tiempo libre, cuando no estés con él, pues es asunto tuyo.

Doty se volvió hacia la ventana. Las cortinas de encaje se levantaron y, al volver a caer, hicieron añicos los rayos de sol que caían sobre el suelo de madera. Pensó en decirle a Tina que no iba, que prefería quedarse en casa y leer, arreglarse el pelo, cualquier cosa; sin embargo, cuando abrió la boca, en lugar de hablar se dio cuenta de que se echaba el gintonic al gaznate.

Benny's estaba en una avenida arbolada, bajo la luz candente de varias farolas colocadas a intervalos regulares. Un edificio orondo con una entrada alargada y una puerta de madera al estilo español. Dentro, el suelo pulido reflejaba miles de luces que colgaban entre las paredes y las vigas. Las mesas circulares estaban vestidas con manteles de encaje, unas lámparas tintadas iluminaban la barra, y los hombres y las mujeres del Northside y del Westside se congregaban en grupos de cuatro o cinco a lo largo y ancho del local, ataviados con sus mejores ropas.

Doty estaba en una mesa con Joey, sentada de cualquier manera con los brazos cruzados sobre la falda del vestido de color melocotón. No habían compartido el carro con Tina y Randy, que bailaban con mucha energía en el centro de la pista. Cuando Doty y Tina habían empezado a ir a Benny's, siempre llegaban y se marchaban juntas. En general se sentaban en una de las mesas de primera fila, y Tina estudiaba la muchedumbre buscando a los hombres más guapos y las chicas más bonitas. «La competencia», decía siempre, pero a Doty nunca le habían interesado los hombres que iban allí y no veía a las demás mujeres como competencia. Simplemente disfrutaba de ellas, de los vestidos y peinados bonitos, de sus rostros felices y radiantes.

—Deberíamos bailar.

Joey estiró el brazo sobre la mesa y le cogió la muñeca.

Doty tenía la mirada fija en un extremo del salón de baile. Una banda gemía en el escenario. Los músicos se agachaban con la trompeta, halos de luz rebotaban en el metal y se proyectaban sobre las parejas de bailarines, Tina y Randy entre ellos, en un mar de cabezas danzantes y caderas bamboleantes. Joey se levantó y le puso las manos a Doty en los hombros.

—Adelante —le dijo—, enséñame cómo se hace.

La condujo entre los cuerpos ondeantes hasta que a su alrededor hubo una pared de bailarines. Se acercó a Doty, le apoyó el brazo derecho en la parte baja de la espalda y le sostuvo la mano derecha con la izquierda. Joey tenía la piel cálida e hidratada, suave como la de un bebé. Doty trató de distanciarse, pero él le sostenía el torso pegado al suyo, tan cerca que su mandíbula formaba una línea recta sobre sus rizos. Doty se movía cuanto menos mejor, apabullada por las demás parejas y su entusiasmo. Cuando notó que Joey movía los brazos para hacerla girar, clavó los talones en el suelo y dijo:

—No, eso no se me da bien.

—Claro que sí —respondió él, y la impulsó.

Doty se tambaleó y chocó de espaldas contra una pareja. Joey tiró de ella y acto seguido la lanzó con tal ímpetu que esa vez ella hizo una pirueta, y a su alrededor vio la imagen borrosa de hombros al aire, collares de perlas, dientes al descubierto, ojos cerrados. Doty se arrolló de nuevo entre los brazos de Joey y se volvió para mirar por encima

del hombro: Tina y Randy habían regresado a la mesa. Se soltó de Joey de un tirón y se apresuró a ir con su hermana; él la siguió.

Tina y Randy estaban borrachos; se inclinaban un poco hacia la izquierda en el asiento, incordiaban a los demás con sus risas y se daban besos babosos. Por debajo de la mesa, Randy le pasó una petaca metálica llena de whisky a Doty, que se agachó y le dio un sorbo y otro y otro. Creía que si se emborrachaba, la velada sería más soportable.

Tina se levantó, se inclinó sobre la mesa y le asomó el canalillo por el escote del vestido. Sacó un pintalabios de color canela del bolsito de pedrería y se lo ofreció a Doty.

—Toma —le dijo—, necesitas un retoque.

Doty fue a coger el pintalabios, pero se detuvo al fijarse en la mano izquierda de su hermana. Un anillo pequeño de oro con un diamante solitario brillaba como una lágrima. Miró a Tina a la cara, le encontró los ojos.

—¿Es un anillo de compromiso?

—¡Hurra, Randy! —exclamó Joey, y lo felicitó con un apretón de manos.

Tina retrocedió y le dio un beso a su prometido en el cuello.

—Bueno, ¿qué? ¿No te alegras por nosotros?

Doty esbozó una sonrisa forzada. Se puso en pie y abrazó a su hermana.

—Claro que me alegro.

En el escenario, la música cesó y una filipina mayor con un vestido blanco y un gorro a juego caminó bajo las luces, aferrada a una fotografía. La muchedumbre hacía chocar las copas y daba voces, descoordinada, bailando sin música. Tina aún sostenía la mano izquierda en alto, exhibiendo el anillo con torpeza mientras, a su alrededor, las caras se volvían para mirar el escenario.

—Tengo un anuncio —dijo la mujer hablando por el micrófono.

—Ay, Dios —se quejó Tina con aire melodramático—. Esto aquí no.

—Mi hija ha desaparecido —dijo la mujer desde el escenario—. Se llama Lucía Barrera.

Tina saludó a los de la mesa de detrás y presumió de anillo ante un grupo de chicas que comían tarta.

—¡Es precioso! —gritaron.

Y Tina les dio la razón con un grito agudo.

—¡Calla ya! —le chilló Doty a Tina.

—Ay, por favor… —susurró Tina con una peculiar expresión impasible—. No eres capaz ni de alegrarte de que tu hermana se case. ¿Qué diablos te pasa, Doty?

—Me da igual el anillo, maldición. Ha desaparecido una chica de nuestro barrio.

Doty notó el pulso en los labios y un hormigueo en la lengua como si se le hubiera dormido. Durante unos instantes, se sintió mal por haberle contestado con tal brusquedad.

El rostro de Tina había perdido el resplandor del regodeo y levantaba el labio con rabia. Entonces, como si se hubiera contado un chiste a sí misma, le soltó una carcajada ebria a Doty en la cara.

—¿Estabas enamorada de esa chica o qué? ¿No serás una invertida?

Doty se apartó de Tina sin dar crédito y se llevó la mano a la mejilla como si la hubieran abofeteado. Estudió la cara de su hermana, que batía las pestañas como si sacudiera una cortina polvorienta y recogía el labio inferior hasta que Doty no vio más que dientes.

—¿Por qué dices cosas así?

—Relájate, Doty —contestó Tina, y entornó los ojos con incredulidad—. Era una broma.

Joey y Randy se echaron a reír. Ambos le dijeron a Tina que parase, que estaba borracha y a lo mejor decía algo de lo que después se arrepentiría. La mujer del escenario acabó su petición y la banda reanudó la música sin aspavientos. A su alrededor, el compás sordo de la música hacía vibrar toda la sala. Doty se levantó de la mesa y se volvió hacia Joey, que mordisqueaba una pajita de plástico con impaciencia.

—¿Te importa que nos vayamos? —le preguntó—. Me duele la cabeza una barbaridad.

Joey iba con las ventanillas de la camioneta bajadas y el aire nocturno les rozaba la cara. Toqueteó la radio hasta que encontró una emisora, una canción taciturna, con interferencias. Música lenta de *country*. De la que le gustaba a Doty. Joey la llevaba a casa por el camino largo, frenando en los semáforos antes de tiempo y saliendo

con mucha más lentitud de la necesaria. Ella lo vio saltarse su calle a propósito; hundió los hombros y se llevó la mano a la frente. «Qué típico…», pensó, y se frotó los ojos cerrados.

Joey se metió en un solar con vistas a la ciudad, una zona industrial elevada que quedaba cerca del barrio de Doty, y parqueó con la parte de atrás de la camioneta pegada al terraplén. Carros abandonados y enormes máquinas oxidadas ensuciaban el espacio. Joey apagó el motor. La música se desvaneció al tiempo que la luz de los focos.

—Mi casa está en la otra dirección —dijo Doty.

Joey se bajó de la camioneta. La rodeó hasta la puerta de Doty.

—Ya lo sé, pero tienes que ver esto —contestó.

Doty abrió la puerta a regañadientes. Joey la llevó a la parte de atrás, y se subieron a la caja. A lo lejos, había edificios altos recién construidos, robustos complejos antiguos de ladrillo y el resplandor constante del cartel de la funeraria Olinger, que iluminaba la ladera como el anuncio de una cafetería abierta las veinticuatro horas.

—¿Ves esos árboles de ahí? —Joey le señaló un paraguas de hojas que había en la distancia—. Mi padre y yo los plantamos hace años. Me llevó cuando yo era niño, debía de tener cinco o seis años. Es raro, pero siento que, de algún modo, son míos.

—Qué bonito —contestó Doty.

Notaba la mirada de Joey en la cara, y entonces sintió la palma de su mano debajo de los pliegues del vestido de color melocotón. Miró el bulto que formaban los nudillos debajo de la tela y se preguntó cuánto tiempo podría permitirle que tuviera la mano allí antes de sentir que un lodo tóxico le quemaba la piel. No mucho.

—No hagas eso —le dijo.

Joey alzó las manos como si lo hubieran sorprendido robando caramelos de un frasco. Se inclinó hacia el otro lado.

—¿Te ha molestado lo que te ha dicho tu hermana? Has querido salir de Benny's a toda prisa.

Ella miró por debajo de sus pies, que le colgaban sobre la gravilla, un océano de tierra que giraba y se alzaba y crecía bajo sus zapatos.

—Diría que ahora mismo no estoy muy contenta.

Joey volvió a inclinarse hacia ella. Tenía en la cara una sombra áspera de color castaño apagado, barba de unas horas. Le salía del

mentón como si fueran púas y le rodeaba la boca, aunque la zona de la cicatriz era lampiña. Se acercó como si nada, como si estuvieran en el cine, y le pasó el brazo por encima del hombro.

—¿Te molesta que te haya dicho esas cosas? —Le tamborileó la clavícula con los dedos—. No te preocupes, puedes demostrarle que se equivoca.

Joey le puso la mano en la nuca. No la movió de allí ni cuando ella se inclinó hacia delante y la melena le ocultó los ojos a ambos lados como un par de orejeras de caballo.

—Estoy cansada, quiero irme a casa —dijo mientras buscaba una piedra grande en el suelo.

—Tu hermana se marchará pronto, y tú ¿cómo pagarás esa casa de dos plantas sin ella? ¿Qué piensas hacer? ¿Buscar un trabajito de nada poniendo vestidos en escaparates? Así no puedes vivir.

Doty saltó a la gravilla. Se quedó muy quieta con los brazos en jarras.

Joey se recostó con las piernas cruzadas.

—No pretendía ofenderte —continuó—. Pero es que eres guapa. Si permites que alguien te ayude, lo hará. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Me importa un bledo lo que digas —le soltó Doty—. Y no necesito ayuda. Llévame a casa ahora mismo o me voy caminando.

Joey descruzó las piernas. Se pasó las manos por el pelo lechoso, cogió aire y se bajó de la camioneta. Se acercó a Doty tanto como cuando bailaban. La cogió del brazo y apretó hasta que ella supo que por la mañana tendría un cardenal.

—No es seguro que vayas sola. A estas horas. Por este barrio de frijoleros.

—No me pasará absolutamente nada —respondió Doty, e intentó soltarse—. Vivo en este barrio.

—Muy bien —contestó Joey, y la soltó—. Pero ¿por qué no me das un beso?

Doty echó a correr. Esquivó carros y herramientas rotas, una plancha de revestimiento metálico, un cubo de pintura vacío y unos cuantos zapatos sueltos. Las vistas de la ciudad se emborronaron y formaron una franja de luz azulada. De pronto sintió que la mano de Joey le atrapaba la muñeca. Se le abalanzó encima con la fuerza de un

perro rabioso hundiéndole las fauces en la carne. Doty forcejeó y tiró para deshacerse de él, sus gritos retumbaron en la ladera.

—¿Qué haces? —le preguntó Joey—. Para ya.

Sin embargo, Doty no paró. Se retorció y pataleó, y al final se dio cuenta de que todo su peso colgaba de los brazos de Joey. Cuando le quedó claro que él no la soltaría a menos que volviera a la camioneta con él, Doty llenó los pulmones de aire y le chilló a la cara. Ante esa voz, Joey mantuvo la cabeza erguida y el bulbo alargado de su nuez se hundió al tragar saliva. Doty inhaló hasta que los pulmones se le inflaron de noche. Abrió la boca y dejó escapar un grito, pero Joey levantó la mano y la amordazó como a un animal.

—Cállate —le dijo, y la tiró al suelo.

Doty aterrizó bocabajo y se oyó cómo se le abría la cabeza contra una puerta de carro rota. Se tocó la sien izquierda y notó que tenía el pelo mojado y cálido, como una ciénaga. Se pasó las manos por delante de la cara, pero en el espacio entre sus ojos y el mundo no había más que oscuridad. Notó la calidez líquida e inconfundible de la sangre anegándole los ojos, le escoció hasta la boca. A tientas con los dedos entre las piedras y los cristales rotos, se ordenó ver algo, cualquier cosa.

—No veo —gritó frenética—. No veo.

Se quedó callada y la flojera se adueñó de su cuerpo. Escuchó su respiración trabajosa y oyó las pisadas de Joey crujiendo en la gravilla justo antes de notar que el abrazo que ya conocía la levantaba del suelo y cargaba con ella hasta la camioneta. Oyó que el motor cobraba vida y también la radio; baja, como si sonase dentro de una lata. Doty sospechaba que circulaban por la Avenida Treinta y tres, una calle más desolada que la carretera principal. Joey detuvo la camioneta en un semáforo, quizá, y Doty notó que tenía sangre en las manos y que el asiento de vinilo estaba empapado.

—No eres muy lista —dijo él, y de la boca le salió ese olor a tierra —. Has bebido tanto que te has caído.

—No veo —pronunció Doty con mucha dificultad—. No veo nada.

—Tienes suerte de que yo estuviera contigo. Los dos solos, y yo te he salvado.

Doty perdió el conocimiento justo antes de percibir la curva del

parque por donde paseaba todas las mañanas, a la sombra fresca de los tiemblos.

Tan rápido como las octavillas habían llegado, se desprendieron de los álamos negros y los olmos japoneses. Ensuciaban jardines y se acumulaban en las alcantarillas. Los viejos salían a rastras de su casa y las quitaban a manguerazos. La cara de Lucía Barrera fluyó por riachuelos y cloacas, donde se desintegró y acabó siendo nada más que polvo contaminado de tinta. Con el tiempo, su cara cayó en el olvido y dejó las cortezas de los árboles desnudas y retorcidas, como siempre habían sido. Pero entonces llegó una mañana de calor inusual a mediados de septiembre en la que los rostros de las mujeres que se afanaban por el barrio de camino al trabajo tenían una película de sudor y maquillaje derretido. Muchas se detenían a secarse la cara dándose toquecitos con un pañuelo de seda y abrían sobremanera los ojos perfilados con negro carbón al recibir la noticia de que, igual que pasaba con la mayoría de las cosas perdidas, habían encontrado a Lucía Barrera. Un cartero la había visto saliendo de una cafetería con puertas de cristal, en una autovía del norte de la ciudad. El *Rocky Mountain News* publicó una foto en la que aparecía flanqueada por sus padres, con los hombros hundidos y la barbilla apuntando al suelo.

—¿No se sabe nada más sobre la historia? —le preguntó Doty a Tina mientras desayunaban.

Tina agitó el periódico.

—Pues claro, pero nadie dice ni una palabra.

Doty se inclinó sobre el plato de papas fritas.

—¿Cómo se le ve la cara?

—Yo diría que está aliviada. Dios sabrá lo que habrá pasado.

Durante un momento, Doty dejó volar la imaginación.

—Dios sabrá.

El día de la boda de Tina, casi nueve meses después de que encontraran a Lucía con vida, Doty estaba sentada sobre la tapa del inodoro, haciendo girar un pintalabios de color coral entre las manos.

—Te has pasado un poco en el labio inferior.

Tina la supervisaba apoyada en el quicio de la puerta, con el vestido de novia puesto. Cuando pasó por detrás de su hermana para arrancar

un pedazo de papel higiénico del rollo, su perfume de gardenias hizo un contraste extraño con el olor a moho. Le pasó el papel por la cara a Doty como si fuera un parabrisas empañado.

Muchas horas más tarde, en el convite, una chica de voz serena y algo grave le preguntó a Doty si quería tomar algo. Se sentó a la misma mesa redonda que ella, al borde del patio de césped de la iglesia. Atardecía y el aire se volvía punzante, amargo. La chica le resultaba familiar y las partes de ella que no se veían, la voz y el perfume, eran dulces y chocaban de manera musical. Un gintonic se convirtió en tres y pronto la joven soltó una disculpa torpe antes de preguntarle qué le había pasado en los ojos (no es que los tuviera feos, solo que miraban hacia todas partes). Los demás invitados habían salido a la pista de baile. Doty percibía el ruido de las serpentinas blancas sobre la hierba, sus sombras particulares.

—Tuve un accidente.

—Ay, no —respondió la chica, que acercó la silla a la de Doty y le apretó la mano—. Seguro que la gente te dice que tienes suerte de que no haya sido peor.

—De hecho —contestó Doty—, nadie dice nada al respecto.

Remedios

Un dermatólogo puede quitarte una verruga con un espray de nitrógeno líquido en cuatro o cinco segundos. Yo puedo quitártela en una noche, con un diente de ajo y una tirita. Te apestarán los dedos durante días, pero la verruga no volverá a salirte. No tendrás que mordértela ni rascártela hasta que la sangre corra sobre el tejido esponjoso. Podrás darle la mano a quien quieras sin pasar vergüenza ni bochorno.

Esto lo aprendí de mi bisabuela Estrella. Ella me enseñó todos los remedios que le transmitió su abuela en su pueblo del norte de Nuevo México. Si te duele el estómago, tómate una manzanilla con miel lo más caliente que puedas sin escaldarte la lengua. Si te duele la cabeza, ponte lonchas de papa en las sienes y deja que absorban el dolor. Si tienes un resfriado o el corazón roto, bébete una taza de atole caliente hecho solo con maíz azul.

Los piojos nos los había contagiado Harrison, aunque la primera vez mamá no se dio cuenta de que había sido él e intentó lavarme el pelo con mayonesa. El truco se lo había contado otra higienista de la clínica dental y volvió a casa con un frasco grande de Kraft, mayonesa de la buena. Me colocó la cabeza encima del fregadero de la cocina, cogió una cuchara de servir y me soltó cucharadas de mayonesa por todo el cuero cabelludo. Con un Marlboro Light brincando en el labio, me rebozó la melena castaña hasta que tuve toda la cabeza pastosa y caliente. Mientras ella inhalaba y exhalaba humo entre los labios pintados, yo le veía el hueco del diente que le faltaba en el lado derecho, ese sitio que siempre le escondía a todo el mundo, incluso a mí. Cuando acabó, me puso una bolsa de plástico en la cabeza y me la ató en la nuca con una goma elástica.

—Aquí —dijo, y con sus uñas rojas señaló una silla junto a la mesa

de la cocina—. Siéntate un cuarto de hora, jita.

Apagó el cigarrillo en un platito, se separó la melena en dos, se inclinó sobre la encimera y se examinó el cuero cabelludo pálido en el espejo de un estuche de color verde azulado de polvos compactos de Cover Girl. Su mirada iba de abajo arriba y volvía a bajar. Entonces, mamá cerró el estuche de golpe y me miró.

—Muy bien, pequeña. Pon la cabeza sobre el fregadero.

Metí la cara en la cubeta cromada, y mamá me enjuagó el pelo con sus pechos grandes pegados a mi espalda. El agua caliente me chorreaba por la pechera de la camiseta de Piolín, se me empaparon el cuello y el pecho. Me quejaba e intentaba no vomitar por culpa del olor a huevo que tenía en la cabeza.

—Mamá —dije—, ¿por qué no le preguntamos a la abuela Estrella por los piojos?

—Mírame.

Me dio media vuelta y me secó el agua de la cara con el dobladillo de su camiseta.

—Ni se te ocurra decirle a la abuela Estrella que tienes piojos.

Quise preguntarle el motivo, pero mamá volvió a meterme la cabeza debajo del grifo y me amasó el pelo con sus manos fuertes, como cuando la abuela Estrella hacía masa de tamales en Nochebuena. Con el pelo retorcido en mechones empapados, se me llenaron los ojos de agua y se me nubló la vista, pero juraría que había liendres en la fosa negra del desagüe.

La primera vez que recogimos a Harrison, nevaba. Mamá y yo fuimos en carro a un apartamento de la calle Grant en el centro de Denver y nos apiñamos debajo de la marquesina de lona roja de la entrada, abrigadas con las bufandas y las botas de segunda mano forradas de borreguillo.

Mamá llamó a un timbre y una voz adormilada contestó:

—¿Quién es?

—Nosotras —dijo ella—. Millie y Clarisa.

Un zumbido breve hizo vibrar el altavoz de latón y mamá tiró del pomo de la puerta. Antes de entrar, me miró y vaciló un instante.

—Bueno, Harrison es tu hermano —me dijo en voz baja—. Sé que

no lo conoces y que ya nunca vemos a tu papá, pero Harrison no tiene tanta suerte como tú, así que tienes que ser amable con él.

Prometí ser buena y entramos en el portal, donde la alfombra era de color verde vómito y el techo, de estaño. Subimos un tramo de escalones chirriantes mientras nos perseguían el olor a ajo y el olor a moho, compitiendo por el protagonismo. Al final del pasillo del primer piso, mamá llamó fuerte con los nudillos a la puerta del 13B.

La madre de Harrison abrió la puerta. Llevaba una sudadera enorme de color rosa con el cuello cortado que dejaba a la vista una estrella tatuada en la parte alta del hombro izquierdo. Se había recogido el fino pelo rubio en un moño alto hecho de cualquier manera y, cuando sonrió, vimos que tenía los dientes muy torcidos.

—Ay, hola —nos saludó—. Harrison, ven aquí, hijo.

Él apareció a su lado, encorvado y flaco, con la vista fija en la madera del suelo.

—Que te diviertas con tu hermana —le dijo su madre con su voz somnolienta, y le dio una mochila.

Se agachó y lo besó en la frente. Detrás de ella, alcancé a ver un poco del apartamento: un salón polvoriento donde había un sofá hundido de color marrón, cubierto de ropa lavada. Había prendas de ropa interior sedosa y arrugada debajo de una mesita mugrienta de cristal.

La madre de Harrison se frotó los ojos con ambas manos y se emborronó el maquillaje hasta que se le metió un poco de rímel en el ojo izquierdo.

—No me había dicho que eras una señora tan agradable.

Entonces le tiró un beso a su hijo antes de cerrar la puerta del apartamento.

Mamá esbozó una sonrisa breve pero cálida.

—¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos cuando vine a hablar con tu mamá. Te vas a quedar con nosotras un par de días.

Harrison asintió con la cabeza y se la rascó.

—Trajiste caramelos de chocolate.

—Qué asco. Esos caramelos dan pena —susurré.

Mamá me dio un toque en la nuca con sus uñas largas y rojas.

—Esta es Clarisa. Es tu hermanastra. Tienen casi la misma edad.

—¿Tú tienes diez años? —me preguntó Harrison.

—No —contesté—. Tengo once. Soy un poco baja para mi edad.

—Yo no —repuso él—. Mi madre dice que he salido a mi padre.

Los tres avanzamos por el pasillo, y me sorprendí al pasar por delante de un baño pequeño en mitad de una pared larga, como un armario de color verde lima. Le eché un vistazo a la vieja bañera de porcelana con garras por patas. La abuela Estrella tenía una así en el cuarto de baño de arriba. Le pregunté a mamá por el del pasillo, y ella me contó que antes la gente compartía la bañera. Lo compartían todo, me explicó. Pero más tarde, cuando se lo pregunté a la abuela Estrella, me contestó que esos cuartos de baño de los pasillos solo existían en edificios donde vivía gente sucia, gente que se ganaba la vida haciendo cosas horribles, gente por la que rezaba todas las noches antes de ponerse su crema facial con movimientos suaves hacia arriba, porque si lo haces hacia abajo te salen arrugas.

La abuela Estrella vivía en una casa victoriana de ladrillo rojo, junto a un parque que se llamaba Benedict. Era una mujer baja y ancha que se vestía con faldas largas y coloridas, y llevaba en la piel la fragancia del aceite de rosas y del colorete Airspun. Vivía sola, ya que mi bisabuelo había fallecido antes de que yo naciese y la única hija que habían tenido se había matado en un accidente de tráfico cuando mamá tenía solo cuatro años. Mamá y yo vivimos con la abuela Estrella cuando mi padre se marchó y, después de conseguir nuestra propia casa adosada en Northglenn, la visitábamos todos los fines de semana, salvo cuando Harrison se quedaba con nosotras. Mamá decía que era porque siempre había mucho que hacer, pero yo sabía la verdad. Mientras que la abuela Estrella odiaba a Harrison entero, solo sentía eso por la mitad de mí, la mitad de mi padre, la mitad blanca.

Un fin de semana que pasé en su casa, hicimos unas galletas que llamaba «biscochitos». Estábamos en su gran cocina con todas las ventanas abiertas de par en par y las cortinas amarillas ondeando arriba y abajo con la brisa. Vimos *Embrujada* en el televisor de la encimera, y cuando acabó el episodio empezó *Jerry Springer*.

—Ay, mija, no me gusta nada ver a estos blancos pendejos —me dijo la abuela Estrella—. Mira a ese. —Usaba un rodillo grande de madera

para señalar el televisor—: Le han dado todas las oportunidades del mundo para tener éxito en la vida, pero ¿qué ha hecho él? Malgastarlo todo en bebida y drogas, y ahora no puede cuidar de su familia. Igual que tu padre.

—Supongo —contesté, y lamí la cuchara de la masa cruda de galletas.

—Que se marchase de tu vida ha sido lo mejor que les ha pasado a ti y a tu madre. Si no se hubiera ido él solito, lo habría corrido yo.

Me reí.

—¿Lo habrías perseguido, abuela Estrella? ¿Con qué?

—Con una escoba, o puede que con una percha. Hay muchas herramientas. Vamos, mija, cambia de canal, que quiero ver mis historias.

Me limpié la harina que me cubría las manos en el delantal de encaje blanco que ella me había hecho y moví la rueda de los canales al número siete. La falta de nitidez de la imagen era intencionada, parte del programa. Gente blanca con diamantes y pestañas bonitas se besaba o se mentía y se engañaban unos a otros. Así es como le gustaba a la abuela Estrella que fuera la gente en la tele: rica y escandalosa.

Me dijo:

—Qué guapa está Tiffany esta semana, ¿verdad? ¿Por qué no te dejas el pelo largo como ella, mija? Una chica siempre debería llevar el pelo largo.

Yo me miré las puntas de la melena castaña.

—Solo me crece hasta los hombros.

—Menuda tontería. Sé de unas hierbas con las que te puedes hacer una infusión.

La abuela Estrella cerró sus ojos diminutos tras las enormes lentes de las gafas y movió los labios en silencio como si leyera pedazos de papel de memoria. Al cabo de un rato, abrió la boca y los surcos de la cara se le ensancharon y alisaron y, aunque fuera solo durante un segundo, pareció más joven.

—Voy a darte la receta para el pelo largo, mija, pero con esta infusión debes ir con cuidado.

—¿Con cuidado? —le pregunté.

—La vanidad es un riesgo, bebita. Déjame que te cuente que tenías una tía abuela que se llamaba Milagros, la misma Milagros por la que llamaron así a tu madre, y ella usó las hierbas demasiado a menudo y le creció tanto la melena negra y se le puso tan bonita que todos los hombres del pueblo, e incluso los de más lejos, querían casarse con ella. Pero Milagros no quería escoger a ninguno porque estaba convencida de que cuanto más le creciera el pelo y más bonito se le pusiera, mejores serían las propuestas de matrimonio. Hasta que una noche, cuando ella y sus hermanos dormían a pierna suelta en el mismo cuarto, la melena se le enredó alrededor del cuello como una serpiente y le apretó la garganta tan fuerte que la dejó sin vida.

—¿Eso pasó de verdad?

—¡Pues claro! ¿No me estarás llamando mentirosa? Tiré las sobras de masa al cubo de la basura y me pregunté de qué sería capaz mi pelo.

Siempre que Harrison venía a casa, mamá sacaba el edredón de sobra, el que tenía agujeros y todo el relleno apelmazado en las esquinas. Lo extendía sobre el sofá para hacerle una pequeña habitación donde se sentaban durante horas a ver películas y reírse. A menudo, mamá le hacía preguntas, casi todas sobre nuestro padre.

—¿Papi te manda regalos de vez en cuando?

—Un día sí. Una pista de Hot Weels.

—Anda, qué bien —respondió mamá, y alargó el brazo para acariciarle el cuello—. ¿Y a tu mamá? ¿Le manda dinero para echarles una mano?

—No lo sé. A lo mejor sí.

—Eso espero. Se lo puede permitir. ¿Sabes una cosa, Harrison? —añadió con una sonrisa sincera—. Te pareces mucho a tu padre. Es como si fueras él, pero en pequeño.

Siempre que yo entraba en el salón de casa, miraba a Harrison tirado en el sofá y me daba la sensación de que tenía alquitrán caliente en las tripas. Odiaba estar con él. Me daba igual que mamá dijera que debía tenerle lástima porque nuestro padre se había marchado hacía una eternidad y su madre tenía problemas con la bebida y tomaba pastillas. «Imagínate que yo me pasara el día durmiendo —me dijo un

día—. Nunca comerías nada caliente».

Con Harrison en el salón, toda la casa olía tan mal como el bloque donde él vivía. Tenía ojeras oscuras, como si alguien le hubiera pegado muy fuerte y no lo dejara sanar. Las camisetas que llevaba tenían agujeros en las mangas, y los jeans estaban desgastados y cubiertos de una capa fina de suciedad en el asiento y las rodillas. Lo peor era que olía a pis.

—Oye, Harrison, ¿por qué no usas esa bañera que hay en el pasillo de tu apartamento de mierda?

—Nadie la usa, Clarisa. Está vieja y hecha polvo.

—Pues deberías. Hueles a arenero de gatos.

—No es verdad. ¡Hoy me he duchado!

—¿Y por qué tiene que cuidar mi madre de ti? ¿Qué le pasa a la tuya?

—Nada. Es mi madre y ya está.

Harrison nunca me devolvía las pullas ni se chivaba de lo mal que me portaba con él. En lugar de eso, se comportaba como un loco. A media tarde, abría los cajones de mi cómoda, metía la cara entre mis camisetas y jeans, encendía y apagaba el microondas y hacía preguntas incordiosas que me hacían plantearme cómo debía de ser la vida en su casa.

—¿Salen al patio aunque nieve muchísimo?

—No, nos quedamos dentro todo el día.

—¿Y cómo es la maestra? ¿Es simpática? ¿De qué color tiene el pelo?

—Para que lo sepas: tengo un maestro.

—¿Un hombre? ¿De verdad?

—Déjame en paz. ¿Tú no vas al colegio o qué?

—¿Y nuestro padre? ¿Por qué no quiere vernos a ninguno de los dos?

—A lo mejor no quiere piojos.

Solo tenía un año menos, pero hasta yo sabía que vivíamos en mundos aparte. Lo que más odiaba de Harrison, sin contar el hecho de que cada vez que él venía a casa volvían los piojos, era que mi madre tenía razón: se parecía a mi padre. Incluso siendo un niño, era como papá.

Yo tenía nueve años la última vez que pasamos el día de Navidad con mi padre. Se levantó más pronto de lo habitual, sin ojeras ni los ojos hinchados ni el aliento agrio apestando a tabaco y cerveza. Estaba contento; sonreía y le daba besos en la boca a mamá. Jugamos al avión, y me hizo girar en su apartamento de una habitación, nos reíamos, soltábamos vítores, yo con los brazos estirados como si fueran alas. Mamá estuvo todo el día cocinando: cerdo asado, salsa de arándanos, judías verdes a la cazuela, pan de maíz. Pero nada de tamales de Navidad como en casa de la abuela Estrella. A él no le gustaba eso.

Estábamos juntos, sentados a una mesa plegable en un rincón del salón, cuando mi padre se puso a rezar. Yo le miré las arrugas alrededor de los ojos oscuros y me pregunté si algún día las tendría yo. Me encantaba estar cerca de él siempre que podía, me encantaba que me pusiera la mano en la nuca y sentir el roce de los callos en la piel. Me recordaba al trabajo, a los carros, al jabón especial de color naranja que usaba para quitarse la grasa.

—Millie —dijo él—, se te ha olvidado la mantequilla, cielo.

Mamá me miró y me preguntó si sería tan amable de ir a buscar un poco de mantequilla para papá. Yo me bajé de la silla de un salto y fui a la cocina diminuta. Pasé junto al cubo de basura, que estaba a punto de rebosar, y dentro vi una felicitación de Navidad de color verde brillante, debajo de las latas de judías verdes y de las cáscaras de huevo. No sé por qué lo hice, pero metí la mano en la basura y saqué la tarjeta reblandecida. Cuando la abrí, de dentro cayó una fotografía de un niño de ojos oscuros y pelo castaño con un bate de béisbol en la mano. Estuve un buen rato contemplándole la cara.

—Clarisa —voceó mi madre desde la mesa—, ¿la has encontrado?

Volví a meter la felicitación en el cubo, tan hondo como pude. Cogí la mantequilla para llevarla a la mesa y les dije a mis padres que enseguida volvía: que tenía que lavarme las manos antes de comer.

En la clase de Sociales, me rasqué y me rasqué hasta que se me deslizó un piojo por el cuello y le cayó a Chantel Sánchez en el pupitre. Chilló tan fuerte que el director la oyó desde su despacho; al

menos eso es lo que dijeron los demás niños. Era la cuarta vez en un año que Harrison me pegaba los piojos. Me mandaron a casa de manera indefinida, hasta que se resolviera el problema. «Expulsada por riesgo sanitario», según decía el formulario oficial rosa. Mamá se enfadó por lo de los piojos más de lo habitual. Intentó remediarlo con mayonesa, después con aceite de oliva, luego me frotó alcohol y compró champús especiales. Cuando hubo terminado, yo pensaba que jamás volvería a la escuela.

El sábado siguiente, mamá nos llevó a Harrison y a mí a una peluquería en un barrio que se llamaba Wash Park. Estaba pintada de azul y blanco, y había espejos apuntando hacia todas partes. De los altavoces del techo salía música *techno* y el suelo tenía un ligero aroma a amoníaco. Las peluqueras tenían un aspecto vibrante, con el pelo de colores y *piercings* en la cara; se llamaban Celeste, Luna, Sky y nombres por el estilo. Hojeé un álbum de diferentes estilos y le enseñé a mamá cortes que pensé que le gustarían.

—Mira qué flequillo —le dije, y doblé la página para que la viera.

—Muy bonito, jita. A ustedes también les van a cortar el pelo.

—¿Aquí?

Harrison miró desde su asiento con una expresión de sorpresa en la cara.

—Sip. No se preocupen por escoger nada nuevo: ya les he dicho a las señoras lo que tienen que hacer.

Hacía poco que me había crecido mucho la melena gracias a la infusión de la abuela Estrella. Mamá solía llevarme a una peluquería barata a que me cortasen las puntas, pero la última vez no habían querido atendernos. Nadie dio ningún motivo, pero yo sabía que debía de ser por los piojos.

Cuando una mujer dijo mi nombre, me levanté de la silla de un brinco y le saqué la lengua a Harrison. Él no me hizo caso y se rascó la cabeza. Entonces, otra mujer lo llamó a él. Nos llevaron a una hilera de sillas giratorias de color negro y nos sentaron a uno al lado del otro. Mi peluquera se metió un chicle de menta en la boca. Tenía purpurina en los párpados y los dientes más blancos y grandes que yo había visto, como los de las blancas que salían en la serie de la abuela Estrella. Cuando me hizo la raya con un peine negro, señaló a

Harrison, que llevaba una capa morada.

—¿Son gemelos? —preguntó—. ¿Cómo lo llaman cuando no son idénticos?

—Mellizos —respondió la señora que le cortaba el pelo a Harrison —. Si no son iguales, son mellizos.

Harrison se rio.

—Ojalá fuéramos mellizos. Sería genial.

—Es mi hermanastro, nada más —contesté yo.

Las peluqueras se lanzaron una mirada significativa, y yo volví la cara hacia el ventanal de la entrada.

Fuera, las gaviotas volaban en picado entre las farolas. El sol ya se ponía y todo el vecindario se había teñido de un rosa sombrío. Una familia cargada con unas cajas de pizza atravesaba el parqueo: una madre, un padre y tres niños pequeños. La madre se reía y señalaba a su marido, que había cogido un carrito de la compra y se había subido a él como si fuera una moto. Sus hijos intentaron imitarlo. Se tambalearon, y la madre puso cara de preocupación. Durante un segundo, tuve celos de esa familia, de su felicidad y su cercanía. Tal vez, si yo hubiera conocido a Harrison desde el principio, podríamos haber sido amigos. En cambio, me recordaba a mi padre. A la única persona que me había abandonado. La familia desapareció de mi vista y volví a mirarme en el espejo.

Entonces me eché a llorar.

Ya no tenía la melena, estaba esparcida por el suelo como en montones de polvo. La peluquera no paraba de preguntarme qué pasaba, pero lo único que yo podía hacer era agarrarme el pelo corto, que de tanto llorar se me había mojado aún más por delante.

—No llores, Clarisa —oí que me decía Harrison.

Él lloriqueaba sin hacer casi ruido; le habían afeitado la cabeza y estaba calvo del todo.

Entonces me levanté y busqué a mi madre. Estaba detrás de nosotros, en otra silla, con expresión cabizbaja y apenada. Su melena larga y negra se había convertido en un peinado con el pelo de punta, los lados afeitados y el flequillo corto. Cuando me vio, me miró a los ojos y movió los labios sin hablar en voz alta; creo que dijo «lo siento».

Al salir, mamá le dio a la recepcionista un talón y una de las

mujeres intentó venderle un champú anticaspa.

—Es que los dos niños tienen bastante —insistía la mujer—. Esto los ayudará seguro.

Mamá negó con la cabeza y su pelo se mantuvo estático.

—Gracias, pero antes probaremos algún remedio casero.

Mi madre lloraba. Harrison y yo la oímos mientras nos peleábamos por ver a quién le tocaba jugar con el único mando de la Nintendo que funcionaba. Al principio parecía que ladraba el perro del vecino, pero el ruido se volvió más regular y más alto. Solté el mando y Harrison me siguió. Sentada sobre la tapa del inodoro con la cabeza entre las manos, mamá se rascaba y se tiraba del pelo; tenía bultos rojos por todo el cuello y el cuero cabelludo. Los mocos y las lágrimas le corrían por la cara, por los labios, y le caían en la pechera de la camisa blanca. Me quedé parada en el vano de la puerta, sin atreverme a acercarme. Solo la había visto así una vez: cuando papá se marchó de casa para siempre.

—No se van —sollozó tapándose la cara con las manos y moqueando.

—¿Qué, mamá?

—No hay manera de que se vayan.

Harrison estaba detrás de mí; se le llenaron los ojos ojerosos de lágrimas y se le acumularon en las pestañas del párpado inferior. Vi el baño reflejado en sus ojos: mamá sola, sentada en el inodoro con pelo en el regazo y por todo el suelo. Quería chillarle que se marchase, que se fuera a casa a pie o cogiera un autobús, que encontrase la manera de salir de nuestra vida, pero lo que hice fue pedirle que vigilara a mamá mientras yo corría a la cocina y hacía lo que se supone que jamás debería haber hecho: llamar a la abuela Estrella.

Le conté lo que pasaba y había pasado durante meses. Gritó tan alto que, cuando terminó, oí el auténtico silencio en la cocina de nuestra casa adosada. El polvo se filtraba entre los rayos de sol. El grifo cromado goteaba agua. El cable del teléfono se enrollaba despacio. Todo estaba en calma hasta que los sollozos de mi madre chocaron contra las paredes del pasillo e interrumpieron el vacío. No me pegó ni me chilló cuando le anuncié que la abuela Estrella nos esperaba en su

casa. Mamá se levantó de la tapa del inodoro en silencio y con la cara roja, y fue al carro como si supiera desde el principio que ese día tenía que llegar.

Cuando llegamos, la abuela Estrella estaba en el porche con una mano sobre los ojos, escaneando el jardín con la mirada atenta de un halcón. Llevaba una falda púrpura con mucho vuelo, y a su espalda la casa de ladrillo era como un castillo. Mamá parqueó, se bajó del carro y tiró un cigarrillo a la carretera mientras nos conducía al porche.

—Miren qué pelo —dijo la abuela Estrella—. Los tres.

—Ya nos crecerá —respondió mamá, y se apresuró a secarse las lágrimas de la cara.

La abuela Estrella gruñó un poco. Se apartó y nos indicó con ambas manos que la siguiéramos. Antes de abrir la puerta de casa, le cogió la manita a Harrison y se presentó: la señora López. Mi hermanastro abrió mucho sus ojos oscuros y se le puso cara de asombro. Era como si no tuviera sus propios abuelos, y entonces me di cuenta de que seguramente era cierto.

—Adelante, todos arriba.

Subimos la escalera de roble rojizo hacia el baño de arriba. La tina larga y blanca de porcelana de la bañera que tenía patas esperaba en un cuarto de baño que, por lo demás, era oscuro. Hacía frío, aunque las ventanas estaban empañadas con el vaho de una olla de metal que humeaba en el suelo: la misma que la abuela Estrella solía usar para hacer menudo. Nos dijo que nos arrodilláramos y colgáramos la cabeza por encima del borde de la bañera, mirando hacia abajo. El roce de la porcelana en los brazos y el cuello me dio frío. Cuando yo era más pequeña, la abuela Estrella me bañaba allí; me frotaba las rodillas y los codos con un trapo y una pastilla de jabón Ivory. Una vez le pregunté por qué tenía que frotar tan fuerte, si me hacía daño. «Porque nosotros no somos gente sucia», me contestó. Después, cuando le pregunté lo mismo a mi madre, me contó que cuando la abuela Estrella era pequeña, sus maestros le decían que era una sucia mexicana y eso jamás la había abandonado, la vergüenza de la suciedad.

Poco a poco, desde atrás, la abuela me echó un agua amarga sobre la cabeza, un líquido hecho con algo que se llamaba nim y despedía un

hedor denso y putrefacto. Entonces la abuela me peinó la cabellera corta con prisas y sin cuidado, arañándome el cuero cabelludo. Cuando acabó, me dijo que me levantase.

—Mija, coge esto. Asegúrate de que les llegas desde la nuca hasta la parte de delante, por encima de la frente.

Me dio la olla pesada para que la cogiera yo.

—Es que no sé si puedo levantarla.

—No seas tan malcriada.

Me preparé, afiancé las rodillas y alcé la olla. Mientras vertía el líquido sobre el cuello flacucho de Harrison, me temblaban los brazos y me fijé por fin en la gran cantidad de mordeduras y costras que tenía. Era increíble.

—¿Te duele? —le pregunté.

—No, Clarisa —contestó él en voz baja y apagada—. Siento mucho que no se vayan.

—No te preocupes. Esta vez funcionará.

Cuando acabé de echarle el agua en la cabeza, la abuela Estrella se arrodilló y le frotó el cuero cabelludo con una toalla blanca.

—Que no me caiga por la espalda —me dijo mamá.

Estaba tensa, agarrada al borde con los nudillos blancos. No paraba de mirarme con los ojos entornados. Fue entonces cuando me di cuenta de que temblaba, las piernas y las muñecas le temblaban. La abuela Estrella había soltado la toalla blanca y se había inclinado sobre ella. Estiró los brazos y le apoyó las manos con cuidado en la cabeza, como si la protegiera del frío.

Le susurró:

—Ese hombre y sus decisiones están en el pasado.

Mamá dijo:

—Yo solo quería que el niño supiese que tiene una hermana.

—Y ahora ya lo sabe, mi amor, pero no te corresponde hacer nada de esto.

Entonces le hizo bailar los dedos por encima de la nuca para que yo empezara a verter el agua, y se mojó la piel al mismo tiempo que mamá.

Al día siguiente, mamá se pintó bien la cara, se puso espuma en la cabellera libre de piojos y dejó a Harrison en su apartamento de la

calle Grant. Yo esperé fuera, en el carro, mirando la ventana que sabía que era la suya. Quería verlo aunque fuera un instante, mi único hermano en todo el mundo. Me quedé mirando hasta que, por fin, apareció. Levantó ese par de bracitos flacos y bajó la persiana. Fue la última vez que lo llevamos a algún sitio.

Antes de morirse, la abuela Estrella me dio un librito con todos sus remedios. Dentro, con trazo tembloroso, había hecho dibujos de plantas y debajo había escrito los nombres en español, los nombres científicos y, solo para mí, los nombres en inglés. Con las hierbas adecuadas, sé curar piojos, el dolor de estómago y el mal aliento. En general, me limito a los remedios de farmacia: son más limpios, funcionan más rápido y vienen en paquetes con tapas a prueba de niños. Sin embargo, de vez en cuando, cuando me duele la cabeza más de lo habitual y la aspirina no me hace nada, cojo rodajas de papa y me las pongo en las sienes con la esperanza de que el mal me salga de dentro.

De tanto en cuanto veo a Harrison en la ciudad, en fiestas o espectáculos. Es bajista en una banda de punk que se llama Las Cucarachas. Está muy alto y tiene un rostro serio pero esperanzado. A veces me pregunto si se parece a mi padre de joven, cuando su madre y la mía dejaron que las engañase con sus mierdas. Otras veces, me gustaría saber si todos los de su entorno todavía se contagian de piojos. Pero lo dudo.

Hará un par de meses, estaba fuera del Lancer Lounge y, por el ventanal, vi a Harrison en el escenario, encorvado sobre el micrófono con el cable negro enrollado alrededor del brazo. Cuando se enderezó, nos miramos un buen rato, hasta que yo sonreí y le señalé la cresta de color azul.

«Me gusta», dije moviendo los labios, y Harrison me devolvió la sonrisa como si me hubiera oído a través del cristal.

Julian Plaza

La pizarra que colgaba en el vestíbulo anunciaba todas las novedades: el nacimiento de los nietos, las sesiones de bingo, los funerales. Nuestra rutina al salir del colegio incluía leerla con asiduidad, ya que la actualizaba Ramón, nuestro padre, encargado del mantenimiento de la residencia de ancianos Julian Plaza desde hacía más de una década. Un lunes por la tarde de principios de primavera, Cora se inclinó hacia delante con su mono de terciopelo y el coletero rojo a juego y leyó forzando la vista.

—¡La señora Flores! Lo sabía.

Cora fingió que se estrangulaba con ambas manos; sus párpados mostraban destellos de ojos en blanco al parpadear rápido. Según ella, los viejos morían en orden de pobreza, enfermedad y soledad.

—Esa me caía bien. Nunca tenía caramelos de los malos.

—A mí también —contesté—. Siempre tenía Skittles.

A nuestra espalda se oyó la campanilla del ascensor, se abrió la puerta y nuestro padre desfiló desde dentro cargado con un cubo naranja lleno de herramientas. La camisa de franela gris le marcaba los hombros anchos, y las mangas subidas dejaban a la vista el tatuaje descolorido de un águila en el antebrazo izquierdo. Yo, con mis ojos claros y el pelo castaño, me parecía a mi padre, de quien mi madre decía en broma que tenía cara de conquistador: ojos del color del trébol, nariz larga y prominente, y la barbilla puntiaguda y española de algún ancestro perdido de los Atencio. Mi padre se cuidaba mucho la cabellera caoba y durante el día la llevaba formando una ola tranquila que se mecía con gracia. Solo usaba peines negros de dientes finos y champú fresco de Finesse. «Aclarar y repetir, pequeñas —nos decía—. Así es como consigues que se quede el olor».

—Ay, papá —dijo Cora—. ¿La señora Flores la ha diñado?

—No hables así. Es más educado decir que ha fallecido o…

—¿Mordido el polvo? ¿Estirado la pata?

Me reí, pero me callé cuando mi padre me clavó una mirada.

—No la animes, Alejandra. Necesito que al menos una de mis hijas sea civilizada.

Retrocedió enfundado en sus botas de trabajo de color arena y dirigió la mirada hacia el reloj grande de la recepción.

—Me quedan unas cuantas cosas por hacer.

Desapareció por el pasillo principal: la alfombra verde y las paredes de color rosa se tragaron su silueta.

Cora y yo pasamos la tarde en la zona recreativa. Allí nunca había nadie y siempre olía a piedras. Tenían varias máquinas de ejercicio anticuadas, cajas de damas chinas, televisión por cable y papel pintado con tiemblos en las paredes. Cora me retó a una carrera en las bicicletas estáticas y, a pesar de que no tenía ningún sentido, le dije que sí. Adoptó una postura ágil y gatuna, con la melena trenzada colgando del hombro izquierdo. Sus zapatillas deportivas estaban relucientes de tantas limpiezas exhaustivas, pero se adivinaba el principio de un agujero por donde saludaba el calcetín naranja.

Al cabo de varios minutos de hacer chirriar las marchas y de respirar de forma exagerada, dijo:

—¿Crees que papá nos quiere a una más que a la otra?

A menudo planteaba preguntas de ese tipo, preguntas que ella misma contestaba. Seguí pedaleando.

Cora se bajó de la bicicleta. Fue al sillón reclinable que había donde el televisor y tomó asiento.

—Es bastante obvio que tú le caes mejor, de momento; pero no sé si te quiere más. Eso es mucho más complicado.

Encendió el televisor y buscó el canal Nickelodeon.

—Pero ¿sabes qué? No nos quiere a ninguna de las dos más de lo que quiere a mamá.

—Es que se supone que si alguien está enfermo tienes que quererle más —respondí.

El mes de diciembre anterior, mi madre entró en el salón de nuestra pequeña casa de los años veinte, en el Eastside de Denver. Cora y yo estábamos sentadas en el suelo abombado de tablones de madera,

dibujando sirenas con lápices de colores. Fuera, en la calle Veintiséis, granizaba. La luz grisácea que entraba por los cristales polvorientos del salón iluminó a mi madre, envuelta en una toalla de color verde lima. Se acercó a nosotras con el pelo negro empapado chorreándole sobre los hombros y el cuello. Parecía que se derretía: una mujer hecha de cera. Se arrodilló y le pidió a Cora que le palpase el pecho izquierdo, pero mi hermana se negó y agrió el gesto. Así que mi madre se volvió hacia mí. Sin preguntármelo, me guio la mano por su piel satinada, debajo de la toalla; el vello invisible me rozaba los dedos.

—¿Qué te parece esto, Alejandra?

—¿Qué, Alejandra? —pregunté.

—Esto de aquí —dijo, y me apretó los dedos encima del corazón.

El pecho, sustancioso, estaba firme y caliente, y alojada en su interior había una semilla irregular.

—Cielo. —Mi madre apretó los labios y se le endureció la expresión —. Dime lo que notas, por favor.

—Una piedra, mamá. Debajo de la piel.

Semanas más tarde, mi madre y mi padre estaban sentados a la mesa de la cocina. Por encima de ellos, una polilla volaba dentro de la lámpara de cristal esmerilado y les arrojaba su sombra cautiva en la cara. Cora y yo habíamos reptado por la alfombra del pasillo y nos habíamos situado bocabajo en lo alto de la escalera. Nos agarramos a la barandilla y miramos por entre los balaustres astillados. Mi madre llevaba un camisón azul; sus pezones de color ciruela eran visibles a través de la gasa. En la casa había una sensación húmeda y almizclada, y desde algún punto de mis entrañas supe que aquel era el aire del miedo.

Mi padre le besó las clavículas a mi madre, le cogió las finas muñecas.

—Saldremos de esta, Nayeli —dijo—. Encontraremos la manera de pagar tratamientos mejores.

Se agachó al lado de mi madre y, como por obra de algún milagro, pareció encoger cuando le apoyó la cabeza en el regazo.

—No te preocupes, querida mía.

Mi madre dirigió el rostro hacia la luz, con la vista fija en algún lugar cerca de Cora y de mí. Cora se echó a un lado y tiró de mí para

que hiciera lo mismo. Sin dejar de mirar la alfombra, oímos a mi madre decir:

—Si empiezas a faltar al trabajo, te echarán.

—Hay más trabajos, con un seguro mejor.

—No —respondió mi madre—. Irte de allí sería demasiado arriesgado. Cuando llegue el momento, me iré a casa de Cynthia.

Cora me tiró del brazo izquierdo y, muy despacio, nos levantamos del suelo. Ella tenía una expresión muy seria de preocupación y los ojos oscuros, empañados.

—¿Por qué viviría allí mamá? —susurró—. Nosotros podemos cuidarla.

La señora Cynthia y su marido, un barbero al que llamábamos tío Rex, vivían a varias calles de distancia, en una casa incluso más vieja que la nuestra. La pintura de color verde azulado estaba desconchada y había una rampa larga de madera para sillas de ruedas, aunque yo prefería imaginar que era la pasarela de un barco pirata. Esa tarde, al salir de Julian Plaza, Cora y yo esperamos en el porche, cubierto de espesas enredaderas y hojas secas, mientras mi padre llamaba a la puerta roja.

—Ay, mis muñequitas Atencio —dijo la señora Cynthia con un niño pequeño apoyado en la cadera.

Nos hizo pasar.

La señora Cynthia era una Castillo, un viejo apellido español que, según mi padre, estaba en alguna rama de nuestro árbol genealógico, aunque yo no veía ningún parecido. Sus ojos negros eran un par de semillas tras unas gafas redondas y rayadas, y tenía el pelo de plata, trenzado en un moño que se recogía en la nuca. Era una mujer rechoncha y los pechos le llegaban a la cintura. Siempre llevaba un delantal con un estampado de gallos y los bolsillos abultados llenos de chupetes, y unas zapatillas deportivas bastas de color *beige*. A pesar de lo vieja que era, estaba, como diría mi padre, llena de vida.

La seguimos por la cocina, donde había galletas y comida para bebés en la mesa. Al otro lado del suelo cuadriculado de linóleo había más criaturas jugando con bloques y un caballito balancín de plástico. La señora Cynthia esquivó a los niños y se detuvo ante la puerta de atrás,

donde vivía mi madre.

—Hoy está un poco ida —le dijo a nuestro padre—. Son esas pastillas nuevas, no le van bien.

El niño que llevaba la señora Cynthia en la cadera me miró fijamente. Cuando lo saludé con la mano, volvió la cara.

Dentro de la habitación, mi madre estaba sentada delante de una ventana amplia, en una silla de ruedas metálica de segunda mano, con la cabeza un poco inclinada hacia la derecha y las muñecas colgando de los reposabrazos. Miraba afuera y, según parecía, observaba cómo temblaban los melocotoneros desnudos del jardín. Era el atardecer; el cielo, dorado y lavanda. La habitación estaba construida en forma de medialuna y a ella se podía acceder desde fuera por una puerta que daba al sur, como si el tío Rex la hubiera añadido a la casa en el último momento, una oportunidad más de cobrar un alquiler. Las cosas de enferma de mi madre estaban expuestas a su lado, en una bandeja de aluminio. Una aerografía de la Virgen María, un teléfono de color rosa con el cable en espiral, una cuña de color cerdo, los retratos de la escuela de mi hermana y yo, y muchos frascos naranjas de pastillas.

—Hola, mamá —dije en voz baja y suave.

Mi madre hizo un sonido gutural y se mojó los labios con un sorbo de agua.

—Alejandra, ¡alehop!

—¿Te enseño una cosa?

Ella agachó la cabeza con la cabellera suelta.

Me senté a sus pies, saqué un libro infantil de la mochila y le enseñé unas ilustraciones de Marcus, un caballo verdoso que iba montado en la cola de un cometa.

—Puede meterse volando en los sueños de otros animales.

—Ah. —Mi madre me hizo círculos en la sien con el dedo índice—. Yo también sé hacer eso.

—¿Eres bruja, mamá?

Ella sonrió con los ojos.

Nos sentamos alrededor de mi madre como si fuera un árbol, pegadas a las piernas; dejamos las mantas ásperas bien lisas. Mi padre nos contó historias del trabajo: los residentes nuevos, los viejos que

habían fallecido y la reforma de la terraza de la octava planta. Al cabo de un rato, calló y descansó la frente sobre la coronilla de mi madre. Antes de que enfermase, a menudo le rodeaba la cintura con los brazos mientras ella cocinaba. Le olía los rizos y le besaba los hombros y los lóbulos de las orejas. Ella se reía, se lo quitaba de encima y le decía: «Para ya, Ramón. Las niñas no quieren ver eso».

Mi madre preguntó:

—¿Dónde está Cora?

Estaba en un rincón, sentada en la cama; cuando mi padre le hizo un gesto para que se acercase, estudiaba la bandeja de frascos naranjas de medicamentos. Se bajó de la cama. Arrastró los pies hasta mi madre y le dio un beso en la mejilla. Al final le contó cuánto la echaba de menos; al principio hablaba con tranquilidad, pero su tono se volvió urgente y le dijo que quería que regresase a casa.

—Me pongo tus camisetas para irme a la cama. Me gusta esa de Betty Boop.

Mi madre asintió varias veces y se le cerraron los párpados como a una muñeca con contrapesos en los ojos. De pronto se había quedado dormida, y roncaba y silbaba como los conductos de ventilación de Julian Plaza. Cora hizo una mueca y se retiró a la cama. Permaneció allí durante el resto de la visita.

Esa tarde, antes de marcharnos, mi padre habló con el tío Rex, que estaba en el salón, encorvado sobre un hombre gordo que llevaba una capa negra de barbero. Estaba afeitándolo. Levantó la vista y nos saludó haciendo un gesto con la navaja. Mi padre se detuvo en el hueco de la puerta de cristalera.

—Voy a echarle un vistazo a la luz del baño, Rex.

El tío Rex asintió con la cabeza y le aplicó al gordo una nuez de espuma de afeitar en el cuello.

Entonces mi padre le pasó a la señora Cynthia un puñado de billetes que ella enterró en el delantal abultado.

Para cenar, mi padre preparó *goulash*.

—Increíble… —dijo—. Será barato, pero, amores míos, está buenísimo.

Llevó la olla a la mesa, y Cora y yo le acercamos cada una su bol. Mi

padre nos sirvió cucharones rebosantes de fideos y carne picada de ternera en el plástico azul. Después gruñó, se sentó, se extendió una servilleta blanca de papel sobre la mugre de los jeans y rezamos.

—¿Qué tal hoy el trabajo, papá? —le pregunté.

—Pues no muy bien —respondió—. El señor George Baker ha llamado a mediodía para pedir que le arreglara el lavavajillas, pero cuando he llegado no tenía pulso. Estaba doblado encima del borde de la bañera, desnudo como el día en el que vino al mundo. Salvo por los calcetines. Llevaba los calcetines puestos.

—Qué asco… —dijo Cora entre sorbo y sorbo de agua.

—Las cosas son como son —repuso mi padre—. Pero ese hombre no tenía a nadie. Ni un alma en el mundo. Es una manera muy dura de irse, así de solo. Pero, madre mía, cuántos trastos había acumulado: relojes, monedas, aparatos electrónicos y toda clase de cosas.

Cora levantó la vista del estofado. A pesar de que parecía que quisiera decir algo, se limitó a mirar por la ventana, volvió a mirar los fideos y atravesó tres con las púas del tenedor.

Yo pensaba que el señor George Baker era uno de los hombres más pobres de Julian Plaza. Las polillas le habían carcomido los trajes, sus sombreros eran de fieltro marchito y nadie lo visitaba, algo que, tal como me había explicado Cora, era un tipo de pobreza muy diferente.

—¿Crees que tiene familia?

—Todo el mundo tiene familia, Alejandra —explicó mi padre—. Pero depende de cuánto les importa tenerla. Yo diría que no se trataba de algo que preocupara mucho al señor Baker. Hay hombres que son así, auténticos lobos solitarios.

Me imaginé unos hombres que vivían asalvajados en las montañas, con las cabelleras largas y colmillos ensangrentados en lugar de dientes.

—Me alegro de que tú no seas así, papá.

Mi padre se rio, y las arrugas de alrededor de los ojos y la boca se le pronunciaron. Cuando acabamos de cenar, nos besó las manos y nos pidió que fregáramos los platos.

—Si me necesitan —dijo—, estaré en el patio de atrás.

Yo fregaba, y Cora apilaba y secaba. Por la ventana de la cocina, observé las siluetas que recortaba la luz del garaje de mi padre y de un

hombre. Miraban un televisor, daban vueltas a su alrededor, se agachaban, enderezaban el cable. Mi padre le entregó un equipo de música y otra cosa que iba dentro de una caja de cartón pequeña. El hombre bajo se llevó los aparatos a la camioneta y mi padre cerró la puerta del garaje con llave. Le di a Cora una taza con una imagen de Campanilla atrapada en una cerradura, intentando pasar las caderas por el agujero.

—Todo eso lo roba —me dijo ella—. Es de los viejos que se mueren.

—Eso no es verdad. Papá no haría algo así.

Cora me cogió el último plato. Yo cerré el grifo y vi cómo mi padre aceptaba el puñado de dinero en metálico que le daba el tipo.

—Tú no sabes lo que haría o dejaría de hacer nadie —repuso Cora —. Eres una cría. Ese es el televisor del señor Baker. Te lo garantizo.

Al cabo de un par de semanas, la primavera se había vuelto el inicio del verano. La escuela se había terminado por fin, y Cora y yo pasábamos más tiempo en Julian Plaza que nunca. Un lunes de principios de junio, mi padre acabó de trabajar una hora antes de lo habitual y nos llevó a casa de la señora Cynthia en su pequeña camioneta granate. Puso un CD de Steely Dan mientras circulábamos por la avenida Park con las ventanillas bajadas y una brisa cálida nos peinaba el pelo. La música era como una banda sonora del vecindario: ancianitas con sombrillas blancas, indigentes con perros moteados, policías con bicicleta negra y chaleco verde, y el resto de los carros y las camionetas con focos y rejillas que parecían rostros radiantes y optimistas. Mi padre cantaba «Dirty Work» cuando detuvo la camioneta delante de una gran casa victoriana de color negro. Abrió la puerta, se apeó y caminó por el césped hacia un lilo. Sacó la navaja del trabajo del bolsillo de atrás y cortó una rama.

—Huelan estas preciosidades —dijo al subirse a la camioneta—. Son las favoritas de mamá.

—¿Eso no es robar? —preguntó Cora como si nada desde el asiento del copiloto.

—No. Habían crecido hasta la acera. Es un servicio público.

Yo me reí desde el asiento del centro y mi padre me guiñó un ojo antes de dejarme las flores en el regazo.

En la cama, menuda bajo los edredones gruesos, mi madre sonrió al ver que nos acercábamos. Mi padre le presentó las lilas con los brazos extendidos, como si le llevara un ave exótica de color morado.

—Qué bonitas —dijo ella.

Mi padre dejó las flores en una repisa, al otro lado de la habitación, y su ligereza y el olor dulce vencieron al hedor rancio de la enfermedad. Mi madre abrió los puños y apoyó las palmas de las manos sobre la cama, como si absorbiera nuestra visita a través de la piel. Nos turnamos para saludarla y darle besos. Le frotamos la frente, le besamos las mejillas. A lo largo de las semanas anteriores había perdido tanto peso que unos huesos que yo no sabía que existían le sobresalían de la cara y le grababan sombras profundas alrededor de los ojos. De algún modo, a pesar de lo menguada que estaba, esa tarde el ambiente en su habitación era tranquilo y sosegado, como si estuviéramos los cuatro echando una siesta juntos en una enorme cama blanca.

Al cabo de un buen rato, la señora Cynthia entró por la puerta de atrás con el delantal de gallos bamboleándose como las hojas de los canalones cuando hace viento. Cora y yo fuimos a la ventana y nos sentamos en el banco largo de madera.

—Toca moverla —dijo la señora Cynthia.

Mi padre asintió con la cabeza. Cora y yo observamos mientras trataban el cuerpo de mi madre como un rompecabezas. Con la ayuda de mi padre, la señora Cynthia colocó a mi madre sobre el costado izquierdo, le metió almohadas debajo del cuello y de los brazos, y la posicionó tal como yo imaginaba que descansaría una sirena si algún día acababa varada en la playa.

—No es probable que le salgan llagas por estar en la cama —le dijo la señora Cynthia a mi padre—, pero más vale ser prudentes.

Yo no tenía ni idea de qué eran esas llagas, pero imaginé una cama de dientes afilados, lista para pincharle las piernas y las caderas a mi madre, para arrancarle del cuerpo trozos de carne.

Cuando mi madre estuvo cómoda en la postura nueva, Cora se levantó del banco de madera y se acercó a ella con un frasco pequeño de Carmex que había en la mesita. Untó el meñique y se lo pasó por los labios.

—Los tienes resecos, mamá.
—Cuánto me ayuda mi Cora —dijo ella.
Se frotó los labios entre sí y tiró un beso al aire.

Esa noche tuve un sueño en el que mi madre todavía no había enfermado. Yo tenía cinco años y habíamos ido a visitar a mi abuelo a una ciudad lejana que se llamaba Saguarita, donde había crecido mi madre. Estaba en un valle amplio, rodeado de montañas de un azul intenso, con cimas blancas y resplandecientes. Cora y yo jugábamos a las escondidas en un campo grande que había detrás de la casa de adobe del abuelo Marcelo. Los mayores nos vigilaban desde el porche iluminado de madera. Hablaban en voz baja y bebían cerveza, escuchaban canciones en español en la radio, el rasgueo de una guitarra triste. Cora y yo nos volvíamos de vez en cuando y los saludábamos antes de seguir persiguiéndonos, haciendo piruetas y riéndonos por todas partes.
Habíamos llegado al límite de la propiedad: un lugar donde una valla de alambre de espino dividía el terreno en dos. Yo estaba a punto de coger a Cora del brazo, pero ella se apartó de golpe y su larga trenza negra surcó el aire. En ese momento paré de correr y solté un grito ahogado al ver una cría de ciervo inmóvil entre la hierba alta, dos luceros brillantes por ojos.
—¿Estás sola? —le susurré—. ¿Dónde está tu mamá?
Cora también dejó de correr y retrocedió hasta mi lado.
—A lo mejor la han abandonado —aventuró.
Dibujó una sonrisita satisfecha y yo noté que las comisuras de mi boca eran el reflejo de la suya. Igual que los mirlos cambian de dirección en pleno vuelo y en silencio, en ese instante nos entendimos sin palabras. Queríamos llevarnos a la cervatilla a casa, donde dormiría debajo de las camas, pastaría en el jardín y bebería agua de la bañera. Nuestra nueva hermana animal. Pero entonces oímos a nuestra madre. Corría hacia nosotras a toda prisa, agarrándose el dobladillo del largo vestido amarillo mientras gritaba:
—¡No, cariños míos!
Parecía más alta y fuerte de lo habitual mientras corría con las sandalias de cuero. A pesar del ocaso, le veía la expresión,

determinada y serena. Era como un fuego abriéndose camino por el valle.

Cuando mi madre llegó adonde estábamos Cora y yo, la cervatilla había escapado al otro lado de la cerca de alambre de espino.

—Su mamá ha ido a buscar comida —explicó la nuestra entre bocanadas de aire—. Se los prometo: volverá.

A la mañana siguiente del sueño, encontré a Cora encima del garaje. Era como una decoración de Navidad, pero en pleno verano. Tenía el pelo hecho una maraña negra, sin cepillar ni trenzar. Caminaba con la camiseta de Betty Boop de nuestra madre, que le llegaba por debajo de las rodillas. Cuando salí al jardín, se detuvo y levantó el brazo como si quisiera tapar una luz muy brillante.

—¿Qué tal, Ale alehop?

—¿Puedo subir?

Cora fingió un bostezo.

—Acércate a la valla. Yo te ayudo.

Se veía todo el vecindario. Las montañas, mi escuela de primaria, Julian Plaza con las plantas de en medio rodeadas por un anillo de copas verdes. Las nubes se combaban sobre la ciudad como una manta de aire. Cora estaba a mi lado con la mano apoyada en la cadera, oteando la ciudad. Señaló la avenida Colfax y su tráfico apresurado, flanqueada por moteles y bares.

—Mamá está por allí —dijo—. Detrás del Burger King.

—Pues tampoco parece muy lejos —contesté.

—Ya lo sé —respondió ella—. Debería estar en casa con nosotros.

—Mamá no puede vivir con nosotros —respondí—. ¿Quién la cuidaría?

—Yo puedo. Seguro que lo haría mucho mejor que la señora Cynthia. ¿Qué sabe ella de cuidar?

Me acordé de un día, antes de que mi madre se marchara, en el que Cora y yo la vimos desplomarse delante de casa al salir a por el correo. Las dos esperamos un momento en el salón, como si fuera a levantarse y sacudirse la ropa. Al ver que no, salimos corriendo sin zapatos ni abrigo. Intentamos levantarla para llevarla adentro, pero como no podíamos, tratamos de arrastrar su cuerpo delgado hasta casa. Vivíamos en una zona en la que la gente robaba cortacéspedes y

bicicletas de los garajes a plena luz del día, y nadie se acercó a ayudar. Me eché a llorar y me tumbé a su lado mientras Cora corría adentro y llamaba a nuestro padre desde la cocina. Él volvió desde Julian Plaza en un tiempo récord.

—Creo que la señora Cynthia es muy buena —repuse—. Le arregla el pelo y le pone mantas bonitas.

—Mira, solo la cuida porque cobra por hacerlo. Mamá le da igual. Lo que le interesa es el dinero. —Entonces Cora descolgó una de sus piernas finas hasta la valla y luego la otra—. Arriba, Ale alehop. Tenemos que prepararnos.

—¿Han venido caminando desde casa? —nos preguntó la señora Cynthia, y deslizó hacia nosotras el plato de galletas de azúcar que había en la mesa de la cocina.

Llevaba una película de polvo en las gafas. Por encima del labio superior le salían un par de pelos negros y tiesos, y tenía en el regazo una criatura que yo no había visto nunca, una niña que se mordisqueaba la mano entera y se había bañado el antebrazo en babas. La señora Cynthia le limpió la boca con el delantal de gallos.

—Sí —respondió Cora, y rehusó la galleta—. No está muy lejos.

—¿Y no se han perdido? O sea, ¿la pequeña y tú han encontrado el camino solas?

—Venimos desde hace meses. Sabemos el camino.

La señora Cynthia partió una galleta contra la mesa y le ofreció un pedazo al bebé.

—Qué niña más lista. No sé si te pareces más a tu madre o a tu padre.

—Se parece a los dos —dije yo, y le di un mordisco a la galleta—. Las dos somos como los dos.

La señora Cynthia sonrió. Tenía algunos dientes de color marrón y huecos negros. Mantuvo la sonrisa durante demasiado tiempo y después se levantó de la mesa y dejó a la niña en el suelo, que aguantó de pie unos segundos antes de gatear hasta el caballito balancín del pasillo. Entonces la señora Cynthia se acercó al teléfono y colocó bien un crucifijo del Niño Jesús clavado en la cruz. Sangraba gotas de color rosa alrededor de la corona de espinas.

—Escúchenme, chicas: hoy su mamá no se encuentra bien. Ha tenido una mañana más dura de lo habitual. La enfermedad le ha pasado a los huesos. La tiene por todas partes.

Cora dijo que lo entendía.

—¿No quieren esperar a su padre? De todas formas, él las trae casi todos los días. Así pueden estar con los dos.

—No —respondió Cora—. Nos gustaría ver a nuestra madre ahora mismo. Gracias.

La señora Cynthia cogió el plato de galletas de la mesa y lo dejó en la encimera.

—Bueno, si insisten. Está en la habitación de atrás, acostada en la cama.

Cora y yo llevábamos toda la vida relacionándonos con gente enferma y moribunda. Habíamos aprendido que las personas no eran permanentes y que las enfermedades tampoco. Cuando yo tenía seis años y Cora ocho, nuestra madre visitaba con frecuencia a una mujer de las que vivían en Julian Plaza que se llamaba Billy y tenía las orejas largas y caídas y una sola pierna. Cora me dijo que le habían cortado la otra por culpa de una enfermedad que hacía que se te murieran las extremidades antes que tú. Una vez, mientras veíamos *El precio justo* con ella, Cora apartó la mirada de la ruleta y dijo:

—Si los médicos quisieran quitarme una pierna, yo intentaría que me la atropellase un tren o un autobús.

Mi madre soltó un chillido y le pidió disculpas a la mujer. Murió ese mismo año, pero yo no olvidé el olor de su apartamento, como a la tierra un palmo por debajo de la superficie del jardín, donde las raíces se enredan entre sí. Y ese día, en casa de la señora Cynthia, olisqueé el aire y me di cuenta de que la habitación de mi madre olía justo así.

La persiana estaba cerrada y el cuarto, en penumbra. Mi madre yacía en la cama de hospital de alquiler, debajo de unas cuantas colchas coloridas. Mechones finos de pelo se le enroscaban alrededor de la frente como diminutos gusanos negros y parecía que tuviera la cara desinflada, sin sangre. Cora retorció la varilla para abrir la persiana. Una franja de luz blanca se esparció por la habitación y mi madre entreabrió los párpados. Me senté a su lado y le acaricié la

frente. La tenía fresca y húmeda, tal como yo imaginaba que sería un caracol por dentro de la concha.

—Hola, mamá —le susurré desde tan cerca que le rozaba la oreja con los labios.

Ella parpadeó y me miró con los ojos tan negros que parecían el espacio entre las estrellas.

—Se supone que tenía que ir a buscarlas a la escuela.

—Es verano —contestó Cora.

Acercó la silla de ruedas a la cama. Se agachó, desplegó los reposapiés y ajustó el manubrio.

—Te lo dijimos el último día, mamá. Hace semanas que acabó el curso.

Mi madre alargó la mano para tocarle la cara a Cora. La señora Cynthia le había pintado las uñas de color fresa brillante: frutos cortos y tachonados que se movían por la cabeza de Cora y la acariciaban como a un animal. Mi madre hizo un gesto de dolor.

—Me cuesta fijarme en el tiempo que hace —dijo, y se puso de costado.

Cerró los ojos y dejó escapar un gemido largo y gutural. Cora dijo:

—No deberías estar aquí. Lo único que has hecho es empeorar. Yo sabía que te pondrías peor, pero nadie me hace caso.

Mi madre mordió un extremo de la almohada y hundió los dientes en la funda. Hablaba entre murmullos y gemidos.

—No te entendemos —dijo Cora.

—Niñas. —Respiró—. Llamen… —Se le escapó un grito—. A la señora Cynthia.

Parecía que alguien le hubiera dado una bofetada a mi hermana. Negó con la cabeza y cogió el mando de la cama. Yo le pedí que no lo hiciera y le tiré del brazo, pero ella me apartó de un empujón y levantó el colchón hasta que nuestra madre estuvo incorporada y se le cayeron las mantas hasta la cintura. Era como si se le hubieran evaporado los brazos y las piernas. Le toqué la manga y no esperaba notar más que aire. Se la veía confundida y pequeña como una niña con fiebre que no ha ido a la escuela. Me bajé de la cama y me quedé mirando el bulto que le hacían los pies debajo de las colchas: temblorosos y apocados. Le apoyé la mano en el derecho.

—No se encuentra bien —le dije a Cora.

—Por eso se marcha de aquí —respondió Cora—. Por eso nos la llevamos.

Cora se agachó y le metió las manos por debajo del cuerpo. Con un gesto de la cabeza, me indicó que hiciera lo mismo.

—No sé —contesté—, le duele.

—No nos costará mucho. ¿Te acuerdas de cuando lo hizo papá? La levantó como a un bebé.

—Bueno —dije, e hice lo que Cora me pedía.

Me coloqué pegada a la cadera de mi madre. Cora inclinó la cabeza.

—Vamos, Ale alehop: uno, dos, tres, arriba.

El cuerpo de mi madre se separó del colchón. La pelvis se me clavaba en las palmas y el camisón se tensó a su espalda. La teníamos. La teníamos en nuestras manos y la elevábamos hacia el techo como si fuera humo. Podíamos cargar con ella. Era posible. La deslizaríamos hasta casa en la silla de ruedas, hermosa y delgada, elegante a la luz del sol. Sin embargo, abrió los ojos, y yo caí en lo lejos que habíamos llegado: absolutamente nada. Dio una sacudida de pánico y aulló y se retorció. Cora fue la primera en perder el agarre; todo el peso muerto de mi madre recayó en mí hasta que las dos caímos sobre la cama, sobre la barandilla metálica, el mando de plástico. La solté y retrocedí mientras mi madre gritaba y gritaba sin parar.

Se abrió la puerta y la señora Cynthia entró en la habitación. Se acercó a la silla de ruedas con el delantal de gallos colgando delante de las piernas. Nos miró; sus gafas blancas de tanta luz y la boca un enorme agujero negro.

—Por el amor de Dios…

Cuando la señora Cynthia le contó a nuestro padre lo que habíamos hecho, él nos llevó a casa en silencio y la decepción se palpaba en cómo se inclinaba en las curvas y esperaba en los semáforos. La calle era como el lomo largo de un caballo, oscuro con motas de luz. Esa noche me fui a dormir escuchando los lloros silenciosos de Cora al otro lado de la pared. Intenté leer un poco más sobre el caballo que se llamaba Marcus, pero todo lo que él hacía parecía digno de un dibujo; eran cosas divertidas, cosas falsas. Cora dio un par de golpecitos en la

pared, un código que significaba que fuera a su habitación, y yo fui a oscuras y me acosté en su cama. Tenía la melena mojada y apelmazada sobre la funda de almohada de la Sirenita. Me abrazó y me dijo:

—No te preocupes. Ya buscaremos la manera de traerla. Te lo prometo.

Cora no tuvo que encontrar el modo de traer a nuestra madre a casa porque, poco después, mientras estábamos los tres en Julian Plaza, mi padre de rodillas sacando pelos blancos de los desagües, y Cora y yo viendo Nickelodeon en el salón, nos entraron a robar en el garaje y los ladrones se llevaron todo lo que mi padre vendía para pagarle a la señora Cynthia.

Esa tarde, mi padre llevó el carro a la parte de atrás de casa y estuvo un buen rato contemplando la puerta abierta del garaje. Al final se bajó e inspeccionó la cerradura forzada. Se agachó, arrancó unas briznas de hierba del suelo y dejó que se las llevara el viento, como si fueran a señalar la dirección por donde había escapado el ladrón.

A la hora de cenar, mi padre se sentó muy quieto a la mesa de la cocina. Sopló con el puño cerrado pegado a la boca. Nos dio besos en la coronilla y nos acarició el pelo. La camisa del trabajo tenía un siete en el codo y la barba incipiente le teñía el mentón y las mejillas.

—Dentro de unos días traeremos a mamá a casa. Va a ser duro. Yo tendré que trabajar casi todos los días, pero sé que mis niñas pueden cuidarla mientras yo no estoy.

—Yo me quedaré con ella todos los días —dijo Cora.

Mi padre se tapó la cara con ambas manos. Se levantó de la mesa y fue al baño. Oímos el agua correr y, por debajo del agua corriente, un lloro largo y gutural.

Unos días más tarde, una ola de calor se instaló en la ciudad. Los niños sudorosos se adueñaron de la calle vestidos con pantalones cortos rotos y camisetas de tirantes de algodón. Cora y yo los mirábamos desde el vestíbulo de Julian Plaza, sentadas en sillas de plástico. En el cielo, la luna diurna era una tajada fina de uña. Cora se abanicaba con un boletín cristiano que un rato antes había dejado una mujer negra con una falda azul que le llegaba hasta el suelo. La pizarra solo anunciaba una cita para comer helado y el nacimiento de un nieto que se llamaba John Michael.

—Me aburro —dijo Cora.

—¿Quieres jugar en la calle? —le pregunté.

Cora balanceó las piernas al compás del tictac del reloj.

—El agua de la boca de riego está sucia.

Se hundió en la silla y me sorprendió con una pregunta.

—¿Qué más quieres hacer, Alehop?

Pensé en la sala recreativa, en las damas chinas, la televisión. Podíamos tomarnos los paquetes de leche para el café, hacer filas de azúcar para las hormigas, tirarles piedras a los cubos de la basura. Pero nada me parecía apetecible.

—¿Hacemos una carrera?

Cora tiró el boletín al suelo. Se irguió en la silla y sonrió.

—Subimos todas las plantas corriendo, hasta arriba. —Hizo una pausa—. Preparadas, listas…

—¡Ya! —grité.

Echamos a correr por el pasillo, y yo fingí que la alfombra verde era hierba y las luces del techo, rayos de sol. Después de subir en zigzag a la siguiente planta y a la planta de después, llegamos a una en la que casi todas las puertas de los apartamentos estaban abiertas. Hacía un calor bochornoso. Los inquilinos estaban sentados en sus viviendas de una habitación y los ventiladores soplaban serpentinas de papel. Vi un sofá de color naranja. Vi tapices de macramé. Vi una cabeza plateada solitaria que se inclinaba sobre un bol de sopa. Algunos veían películas en blanco y negro con la tele a todo volumen. Doncellas vestidas de blanco atadas a las vías del tren. Jeans heroicos muertos a disparos.

Mientras corríamos por todos los pisos y hacíamos zigzag por las viejas entrañas de Julian Plaza, me acordé de un día cuando yo era muy pequeña y mi madre no estaba enferma. Era verano y ella llevaba un vestido estampado de color marrón y unas sandalias de tacón que hacían ruido, perfume de gardenias y aceite de oliva en el pelo. Me llevaba apoyada en su cadera fina mientras Cora caminaba a nuestro lado. Visitábamos a los ancianos para llevarles tartas: de manzana y ruibarbo, de fresas y nueces de pecán. No había para todos, solo para los que no tenían familia, para la gente que más las necesitaba. Mi madre llamaba a las puertas y, cada vez que alguien nos abría, la gente de Julian Plaza sonreía de felicidad, como si en toda su larga

vida no hubieran visto a una joven tan encantadora.

Galapago

El día antes de que Pearla Ortiz matase a un hombre, almorzó en casa con su nieta Alana. Se sentaron las dos a la mesa de aluminio de la pequeña cocina de color amarillo canario y comieron tortillas enrolladas con pavo y una ensalada de *kale*. Alana había pasado por allí durante la pausa de mediodía. Trabajaba en una empresa de *marketing* especializada en el sector petroquímico, ubicada en un rascacielos de cristal del centro; ese día iba con un vestido recto y sencillo de color marrón y se había recogido la melena aclarada en un moño alto. Pearla miraba a Judy Garland cantar en blanco y negro en la televisión que tenía encima de la nevera y masticaba la col de manera metódica porque la dentadura postiza casi no podía con ella. Prefería las habituales tortillas de harina con frijoles y arroz, pero había aprendido a darle el gusto a su nieta, que, a pesar de ser quisquillosa, tenía su buen corazón.

—Esta semana iremos a ver alguna comunidad para hacernos a la idea de lo que hay por ahí.

Alana le deslizó el folleto sobre la mesa. Le explicó que era de una residencia de ancianos llamada Wellspring Acres, pues la letra era demasiado pequeña y clara para los ojos de un anciano.

Llevaba años sugiriéndole a Pearla que vendiera la casa de Galapago y alquilase un apartamento en un edificio para personas de la tercera edad. El mercado inmobiliario de Denver estaba en auge, según decía Alana a menudo, y las residencias eran mucho más modernas de lo que habían sido. Hasta en el Westside había casas que se vendían por medio millón de dólares. Sin embargo, Pearla llevaba sesenta y dos años viviendo en Galapago, desde que se había casado con Avel, y ellos dos fueron los primeros de ambos lados de la familia en ser propietarios de una casa.

—¿Me has oído, abuela?

Alana bebió un trago de agua y usó el pulgar para limpiar una mancha del vaso. Habló más alto.

—Es más social, más fácil de mantener.

Pearla se escupió un pedazo masticado de *kale* en la mano y asintió antes de seguir mirando a Judy Garland.

—Pobre chica. El mundo se la tragó entera.

Alana se levantó de la mesa. Apagó el televisor.

—Vamos a centrarnos, abuela.

Pearla se rio. Con el vestuario de trabajo, su nieta parecía muy mandona, pero siempre que la miraba, siempre que la miraba de verdad, seguía viendo a la Alana de ocho años que había tenido que ir a vivir a la calle Galapago con sus abuelos después de la muerte de su madre, Mercedes. Había llegado tan solo con una maleta llena de peluches y libros infantiles, y gestionar la pena del hogar acabó convirtiéndose en otra tarea tan interminable como las demás cosas de casa. De vez en cuando Avel lloraba debajo del manzano bifurcado de atrás y, para ocultarle ese sufrimiento a Alana, Pearla cerraba las ventanas y subía el volumen de la emisora de música *country* para sofocarlo todo con los tañidos de las guitarras. Transcurridos treinta años, Pearla se preguntaba si debería haber permitido que Alana lo viera llorar.

Al acabar de comer, Alana hizo de buena nieta y acompañó a Pearla a su dormitorio, un espacio oscuro entre la cocina y el salón cuyas ventanas llevaban mucho tiempo tapadas. En esa pequeña habitación iluminada con lámparas, Alana se puso a hacer la cama de metro cincuenta. Pearla se avergonzaba: no perdonaba ni un solo día sin hacerla, pero cuando la artritis más le atacaba las manos, le costaba estirar las sábanas y doblar la colcha. Esperó cerca de la puerta, en la parte más pisada de la alfombra, y cuando Alana ya terminaba sonrió llena de orgullo mientras su nieta ahuecaba las almohadas.

—Lo lógico habría sido comprar una cama más pequeña, con los años que hace que se fue Avel —dijo.

Alana estiró el brazo y le acarició los rizos blancos a su abuela.

—Lo que importa es que estés cómoda, abuela.

Antes de volver al trabajo, se quedaron un momento en el porche de hormigón; se estaba más a gusto de lo que cabía esperar a principios

de marzo. Pearla miró por encima del hombro de Alana hacia las hileras de casas del Westside, todas construidas a la misma distancia entre sí, con sus porches amplios y su cuadrado pequeño de césped. Eran casas sólidas, algunas de colores vivos, otras de color *beige*, con vallas metálicas y barrotes en las ventanas. Había señales viejas que reservaban plazas de parqueo para los ancianos y los vecinos con discapacidades. Sin embargo, la mayoría de esas personas se habían marchado. A pesar de que había habido un tiempo en el que Pearla tenía buena relación con todos los de la calle Galapago, ya no conocía a casi nadie. A lo largo de la última década, a su zona se habían mudado parejas con carros caros y apellidos anglo que habían hecho reformas y levantado los jardines. Unos habían llegado a talar en una sola tarde el melocotonero al que tanto cariño tenía la anciana señora Archuletta.

—No me interesa nada marcharme, mija —le dijo Pearla a Alana antes de despedirse con un beso—. Qué demonios, el Señor ya se me llevará pronto.

A las seis de la mañana había mucha actividad en la comisaría de policía del Distrito 7. El personal administrativo tomaba café y movía papeles de un lado a otro, mientras que los delincuentes y las víctimas iban y venían por los pasillos iluminados con fluorescentes. Pearla estuvo un buen rato en una sala de espera, al lado de una pila de números de la revista *Good Housekeeping* y de una planta de mentira que parecía un tiemblo en miniatura. Alana llegó justo antes de que el agente la hiciera pasar de nuevo. Se había maquillado. Temblaba mucho más que Pearla y se abrazaba a la cazadora de cuero negro con cara de aturdida.

—El único delito que se ha cometido es el de robo a mano armada —dijo el agente.

Era un hombre de mediana edad con la mirada inteligente y la cabeza muy grande. Se llamaba Ralph Vigil y tenía una panza jovial, como un melón debajo de la camisa. Su despacho era un cubículo blanco con alfombra marrón repisada, donde la única decoración era el calendario de un restaurante mexicano que colgaba de la pared de fieltro con un mes de retraso. Empezó a hablarles a Pearla y a Alana sentado a su mesa de madera de cerezo, pero enseguida se levantó y

colocó la silla junto a la de la anciana. Se inclinaba hacia delante al hablar, con los brazos apoyados en las rodillas huesudas.

—La cerradura de la puerta de atrás estaba forzada. La pistola de nueve milímetros que llevaba el joven en la cintura estaba cargada. Caso cerrado.

¿Una pistola? ¿Cómo era posible que Pearla hubiera confundido una pistola con un cuchillo? Contempló su reflejo en la placa metálica que el agente llevaba sujeta al bolsillo de la pechera. Tenía el rostro largo, con huecos definidos, y su antigua melena oscura se había convertido en un nido blanco. Sin el colorete y el pintalabios que acostumbraba a ponerse, su piel era de un gris espantoso, como si viviera en una película en blanco y negro. Carraspeó para que su voz sonara más fuerte. Preguntó:

—¿Cuántos años tenía?

—Diecinueve —respondió el agente—. Aquí nos traen muchachos de hasta catorce años que han matado a tiros a familias enteras; a veces por poco más que una Xbox. Puede considerarse usted una señora con suerte.

—Ay, por Dios.

Alana abrazó a su abuela.

—La ciudad está cambiando, señoras. Hay niveles de ingresos muy variados. Dicen que las cosas se tranquilizarán cuando la zona se haya gentrificado, pero yo no las tengo todas conmigo.

—Siempre ha estado así de mal. No sé cómo va a cambiar —dijo Alana.

—¿Es usted una chica del Westside, señorita Ortiz?

—Nací y crecí en el barrio, pero ahora vivo en el Highlands.

—¿Se refiere al Northside? ¿Cómo que Highlands? —añadió en español.

Se rieron de la popular frase que Pearla había visto en una camiseta que llevaban muchos jóvenes. Desde que en Denver había tantos recién llegados, estos les habían cambiado el nombre a los barrios para ajustarlos a sus necesidades, para que sonaran menos peligrosos y tal vez menos territoriales.

Pearla continuó:

—Todavía no me ha dicho cómo se llamaba, señor Vigil.

—Cody.

El agente se echó un paquete de sustituto de leche en polvo en el café. El polvo blanco se apelotonó en la superficie y se hundió.

—Cody Moore.

La delincuencia siempre había formado parte del Westside. La primera vez que les entraron a robar fue en 1956, durante el verano. Recién casados, Pearla y Avel volvían a casa desde el salón de baile Benny's, cogidos del brazo. Era una noche fresca; la luna, una rendija de luz. Avel llevaba la indomable cabellera con brillantina para que reluciese y cuando besó a Pearla en el porche de hormigón le dejó el cuello embadurnado. Deslizó las manos callosas por debajo del vestido de color salmón, le soltó las medias del liguero y le abrió los muslos con delicadeza. Entraron en casa, listos para hacer el amor allí mismo, en el suelo del salón, pero vieron que estaba todo revuelto. El ladrón se había llevado una caja de joyas de plata que guardaban en el armario del dormitorio. Al día siguiente, Avel y su primo Benito soldaron unas barras de hierro a las ventanas. Pearla empezó a hacer las tareas de la casa por las mañanas para evitar las sombras que arrojaban en su hogar, como una jaula. Durante más de veinte años estuvo buscando la plata robada en casas de empeños y llegó a recuperar un brazalete de turquesas de la vitrina de una tienda de antigüedades de South Broadway.

—Es una pulsera preciosa —había dicho la dependienta anglo—. Le quedará maravillosa con su color.

La segunda vez que les entraron a robar fue en otoño de 1978. Pearla y Avel se recuperaban del dolor de saber que su única hija, Mercedes, se había descarriado. Era adicta al alcohol y a los barbitúricos, y hacía autoestop de ciudad en ciudad por todo el suroeste del país. En Bisbee, Arizona, después de ir a una discoteca que abría toda la noche y tenía el suelo de tierra, se acostó con un hombre del que solo recordaba que tenía un ojo azul y otro verde. Embarazada de Alana, regresó a Denver, consiguió un apartamento pequeño, un trabajo respetable vendiendo material de oficina en la calle Dieciséis, y organizó una fiesta por el nacimiento inminente del bebé a la que solo asistieron sus padres y su mejor amigo: un homosexual de gran corazón que se llamaba Miguel Orlando. En

cuestión de una década ambos estarían muertos: ella de hepatitis y él de sida. Pero la fiesta había sido preciosa. Entre los cuatro devoraron demasiados tamales y pedazos de tarta de tres leches, y la fiesta duró hasta pasada la medianoche mientras compartían anécdotas familiares y las esperanzas que ponían en el bebé que Mercedes llevaba dentro.

—Será niña —le había dicho Avel a Pearla al volver a casa, sentados en el columpio del porche—. Una niña fuerte.

Se quitó las botas de vaquero para que se aireasen al fresco de la noche. Durante un momento, la pareja convivió con la alegría. Cuando Pearla entró en casa, no vio nada fuera de lo normal hasta que entró en el dormitorio. En un rincón, las esquirlas centellearon en el suelo de roble. Pearla forzó la vista y miró el cristal roto de la ventana: un niño pequeño se había apostado entre los barrotes de hierro, con las piernas colgando hacia dentro como si estuviera en un árbol. La criatura la miró con sus ojos claros en suspenso mientras se dejaba caer del alféizar y desaparecía por el callejón con el collar de diamantes que Avel le había regalado el día que le había tocado el bote acumulado en lo que, en ese momento, había pensado que era la tragaperras de la suerte de Central City.

A la mañana siguiente, Pearla le pidió a Avel que clavase unos tablones de madera en la ventana del dormitorio y, a partir de entonces, evitó que entraran los ladrones, pero también la luz. Les costó un tiempo acostumbrarse, pero al final a Pearla la oscuridad le resultaba agradable. Tapó los tablones con raso de color rosa y decoró las paredes con fulares de gasa colorida. Una noche, cuando la ventana llevaba tapada casi dos años, Pearla soñó con la criatura de ojos claros: metía las piernas por debajo del raso y las movía por todo lo que estaba a la vista como si fueran tentáculos. Entonces Pearla compró una pistola bañada en plata y la guardó en el cajón de las medias pensando que jamás llegaría a dispararla.

Una semana después del disparo, a pesar de que Alana había contratado un servicio profesional de limpieza, Pearla seguía encontrando sangre seca en las grietas de la pared de la cocina. Preparó una solución de vinagre y sal, y retiró la porquería marrón con una esponja mientras esperaba a su nieta. Tenían que ir a ver una

residencia, una comunidad que se llamaba Saint Lorena, una santa de la que no había oído hablar. Sin embargo, tras la muerte del joven se había tomado la decisión de que Pearla se marchaba de Galapago y no había más que hablar.

Agachada, limpiando la pared, Pearla intentó no dejar que su pensamiento vagase sin rumbo. En la cocina de color amarillo canario, con las cortinas de encaje subiendo y bajando con el aire caliente que soplaban los conductos de latón, vio la uve definida que le habían formado los músculos abdominales a Cody Moore en el momento de ir a por lo que ella había pensado que era un cuchillo. Tenía las uñas anchas y mordidas, y en aquellos ojos verdes grandes como platos, una expresión seca y vacía. ¿Cómo no se había dado cuenta de que era una pistola? ¿La había cegado la vejez? ¿Cambiaba algo el hecho de que el chico llevara un arma igual que ella? La gente se mataba con cuchillos a menudo, pero más todavía con pistolas. De eso Pearla estaba muy segura. La avergonzaba saber que, incluso a su edad, quería vivir más de lo que quería morir.

Cuando acabó en la cocina, Pearla tiró la esponja al cubo de la basura y salió a buscar el correo. Sin querer, dejó huellas dactilares de color marrón rojizo en un puñado de cupones mientras esperaba a que llegase su nieta.

—Lo que más llama la atención de nuestros residentes es la sonrisa colectiva.

Alana y Pearla escuchaban a una guía, una pelirroja joven con una sudadera ridícula de gatos. Habían hecho una pausa en el vestíbulo de Saint Lorena, desde donde se veía el hielo del lago Sloan. Todo era de color helado de vainilla con ribetes caoba. Unos tragaluces iluminaban los pasillos donde los residentes se encorvaban sobre los andadores de aluminio. La guía señaló las mecedoras que miraban hacia las montañas, el piano de media cola del comedor que acababan de reformar y los salvachispas de hierro que un artista local había hecho para las chimeneas de ladrillo.

Pearla preguntó si había alguna iglesia católica cerca.

—Por supuesto, y celebran una misa en español dos veces al día. A las doce y a las cinco.

—Nosotras hablamos inglés —respondió Alana con total naturalidad.

La guía puso cara de querer disculparse, y Pearla contestó:

—Gracias, cielo. La iglesia es importante para mí.

La siguiente parada de la visita era un apartamento que pertenecía a una mujer de setenta y ocho años que había ido a visitar a sus nietos al lago Tahoe. Era un estudio con paredes de estuco y alfombra de color gris topo. Una cama individual con un edredón infantil de color morado ocupaba el rincón del fondo, debajo de un cuadro de un Jesucristo rubio. La guía les explicó que ese apartamento era una opción popular para «ancianas independientes», en lugar de usar la palabra *viuda*.

—¿Dónde guarda sus cosas? —preguntó Pearla—. ¿Los muebles, la ropa?

La guía relajó la expresión. Tenía los ojos verdes y la mirada bondadosa.

—Aprender a separarse de la acumulación innecesaria de objetos es uno de los aspectos más duros de la transición de una vivienda independiente a una comunidad residencial.

Pearla dijo que tenía más preguntas, y se trasladaron a la cafetería, donde una pieza gris de asado de ternera se recalentaba al calor de una lámpara.

Alana se había retrasado.

—¿Te has arrastrado a misa esta mañana? —le preguntó su abuela.

Le advirtió que no empezase con lo de ir a misa.

Fueron hasta el cementerio por la autovía sin decirse nada, con la radio puesta en una emisora de noticias. Cuando traspasaron la reja de hierro de Mount Olivet, parecía que quería clarear un poco y la luz del sol hizo brillar las lápidas y los mausoleos. Primero pasaron en carro por delante de las tumbas que pertenecían a los ricos: las de los ángeles de mármol y los faros de piedra. Durante toda su vida, Pearla había apartado dinero para una tumba respetable, pero había usado esos ahorros de forma prematura para Mercedes y le había puesto una lápida como estaba mandado. A sus padres los habían enterrado en el desierto y lo único que marcaba el lugar donde descansaban sus

huesos eran un par de cruces de madera. Con el tiempo, las cruces se habían deteriorado, hundido en la tierra, hasta que un verano en el que Avel, Mercedes y ella hicieron un viaje por carretera al valle de San Luis, Pearla ya no había conseguido localizar las tumbas de su mamá y su papá. Dejó unas flores silvestres y unas ramas de salvia cerca de un hito kilométrico que le parecía bastante cercano.

—¿Aquí no cortan el césped de vez en cuando? —preguntó Alana, y arrancó unas briznas de digitaria de la tumba de su abuelo.

La lápida de Pearla estaba al lado, con un espacio en blanco para la fecha de fallecimiento.

—A este lado no —respondió Pearla.

Se refería a lo que la archidiócesis llamaba el sector español. Estaba cerca de la zona a la que antaño se referían como los sectores oriental y negro, en la acera de enfrente de los suicidios y los bebés sin bautizar. Esas normas ya no eran de obligado cumplimiento, pero a los miembros de una familia siempre los enterraban cerca de sus parientes y así las cosas seguían intactas.

Pearla rebuscó en una bolsa de la compra que tenía al lado. Sacó unas bayetas y unos espráis. Le dio uno de cada a Alana.

—Empieza por el nombre y las fechas. Yo me ocupo de lo de atrás.

La solución de vinagre penetró en la lápida y la piedra emitió un olor parecido al orín. Alana era decente y bondadosa; dobló la espalda y se remangó el abrigo antes de ponerse a frotar. Pearla no podía negárselo: nunca había sido perezosa. Siempre había trabajado con empeño.

Enseguida, la lápida de Avel brillaba más que antes. El viento estaba en calma y Pearla colocó unas caléndulas de plástico debajo de su nombre; los pétalos naranjas apenas se mecían sobre la hierba amarillenta. Juntas rezaron un rosario, pasando las duras cuentas con facilidad entre los dedos.

Desde lejos, la zona del cementerio donde Mercedes estaba enterrada parecía un campo vacío. Pearla solo leía los nombres si se colocaba justo encima de las tumbas: Destiny Dixon, Sabrina Córdova, Susana Mullins y un poco más allá, hacia la cerca de alambre que había junto a las vías del tren, Mercedes Angelica Ortiz. Pearla odiaba estar entre las tumbas porque le preocupaba pisarle la cara o el pecho

a alguien. El motivo tal vez fuese que, cuando era pequeña, un cura le dijo que el infierno en realidad no era más que una tumba.

—Hola, mamá —susurró Alana.

Se arrodilló y arrancó unos hierbajos enormes de las esquinas de la lápida horizontal, pero las raíces se agarraban a la tierra helada. Años antes había hablado de comprarle a su madre una parcela mejor, pero con el tiempo había cambiado de parecer o quizá peor; quizá se hubiera olvidado.

—Te echamos de menos, mamá. Te echamos muchísimo de menos.

Pearla se tapó la boca con ambas manos y retuvo un sollozo ahogado, de pie en la hierba seca, sobre los pies de su hija. Siempre había pensado que Avel sería el primero, le parecía lo más normal; en cambio, cuando Mercedes falleció, su muerte le robó algo de dentro, un hueso al que no sabía poner nombre.

—Rezo por ti, bebita. Todos los días.

De camino a casa, Alana dijo:

—Tenemos fecha para la mudanza. El primero de abril.

—Si tu abuelo estuviera vivo, mija, se avergonzaría de vivir en cualquier otro sitio que no fuera nuestra casa.

Pearla contempló por la ventanilla las promociones urbanísticas idénticas entre sí que cubrían la ladera. Le hicieron pensar en una plaga de langostas devorándolo todo a su paso.

—Espero que no tenga manera de ver esto.

Alana parecía estupefacta; apartó la vista de la carretera y estuvo a punto de mirar a su abuela a la cara.

—Un drogadicto entró en tu casa con una pistola e intentó matarte. No vas a quedarte allí, abuela. No se hable más. Pearla calló. Pensó en Cody. ¿Habían enterrado su cadáver en algún cementerio? ¿Cerca de alguna autovía o de las vías del tren? ¿Le habían puesto, al menos, unas flores? Hasta con unas de plástico valía.

La noche en que ocurrió, Pearla soñó con un recuerdo, solo que distinto de cómo había ocurrido. Tenía siete años y aún vivía en Saguarita, donde su padre trabajaba en la mina. Tenían una vivienda de la empresa, una cabaña de una habitación donde no había electricidad ni calefacción. El suelo era de tierra y el techo tenía

remiendos de hierba allí por donde, a veces, asomaba el cielo azul o se colaba la nieve y les caía en la colcha de la cama. Pearla corría entre las montañas, sobre las esquirlas de cuarzo de la tierra y la artemisa; su cuerpecito de niña, un borrón de encaje blanco y trenzas negras. Era domingo y llegaba tarde a misa. Cuando sus piernas ya no podían llevarla más deprisa, se levantó el viento y ella se elevó por encima de los pinos y de los estanques de espejo, en los que se veía surcando el aire en dirección a la torre de adobe, con los brazos abiertos abarcando el paisaje.

Pearla se despertó a las dos y media, cuando la presión de la tripa le subió de pronto hasta la garganta. Durante un momento, se sentó en la cama, inmóvil, rodeada de rosarios y velas sin encender en la mesita de noche. Quiso coger la bata de franela que tenía preparada a su lado en el colchón, pero un pálpito se lo impidió. Aguantó la respiración y escuchó. Algo en la cocina, un pequeño repiqueteo metálico, el crujido del peso al redistribuirse. Los sonidos penetraron en el cuerpo de Pearla como una vibración que percibían los huesos en lugar de los oídos. Rezó. Les pidió ayuda a todos: a Mercedes, a Avel, a su mamá y su papá. Tuvo una visión: un joven anglo de corazón exhausto, medio muerto y temblando en una habitación sin ventanas, sin luces.

«No apuntes con una pistola —le había advertido Avel un día—, a menos que estés preparada para matar lo que tengas delante».

Con la bata abotonada hasta el cuello, Pearla buscó la pistola bañada en plata en el cajón de las medias y el corazón le latía tan fuerte que tenía miedo de que se le oyera a través de las costillas. Entró en la cocina, donde un joven encorvado intentaba abrir la cerradura de la puerta del sótano. La luz de la cocina eléctrica le iluminaba la cabeza rapada. Cuando se volvió hacia Pearla, se miraron a los ojos durante un largo segundo. Él los tenía apagados y ausentes. Qué desperdicio. En la casa no había nada que tuviera un gran valor, y mucho menos en el sótano. Allí solo había latas viejas de pintura y redes de pescar con el mango metálico oxidado. Qué desgracia de malentendido. El tiempo empezó a avanzar de forma extraña, lenta y plana. Pearla estaba segura de que Avel entraría por la puerta de un momento a otro. El joven huiría corriendo por el callejón. La pareja de ancianos hablaría de ahorrar dinero, de cobrar por lavar ropa o

aceptar huéspedes; cualquier cosa con tal de poder permitirse una casa en un barrio mejor. Tal vez más al norte que los italianos del bulevar Lowell o hacia el este, hacia los judíos que vivían cerca de la universidad. En cualquier otra parte menos en Galapago.

Sin embargo, esa vida ya no existía.

El joven hizo un movimiento repentino, se buscó algo en la cintura: un cuchillo con la hoja oscura. Pearla se estremeció con sus calcetines rosas de suela, apuntando con la pistola. Dijo: «Por favor, por favor». El joven no enfocaba la mirada, daba la sensación de que sus ojos habían cogido ese cuerpo prestado. Dio un paso adelante. Tenía un gorrión azul tatuado en el antebrazo derecho con un nombre escrito debajo de las alas. Cuando Pearla apretó el gatillo, el joven flojeó y se desplomó en el suelo de linóleo al tiempo que le salía del costado un chorro rojizo que roció las paredes de color cáscara de huevo.

—He apuntado bajo, a las piernas —le dijo Pearla a la operadora del número de emergencias. Intentando respirar entre lloros, repitió—: He apuntado bajo.

Alana recogió el tocador de Pearla: despegó las fotografías de Mercedes y de Avel del espejo y las metió en una caja de zapatos. Ya había empaquetado casi todo lo de la cocina mientras Pearla contemplaba asombrada cómo tiraba a la basura cajas caducadas de harina para tortitas y frascos viejos de melocotones en conserva de la señora Archuletta. La mudanza era tres días más tarde.

Pearla se movía de aquí para allá bajo la luz de la lámpara del dormitorio mientras evaluaba qué necesitaba. Tenía cajones llenos de esmalte de uñas secos de Revlon, restos de pintalabios de color coral, botellas vacías de Chanel Nº 5, pero ¿quién decía que algo estaba vacío si siempre le sacabas una gota más? El armario estaba repleto de vestidos hechos a mano que se había puesto décadas antes para ir a algún baile o algún bautizo. Debajo de la cama había cajas de sombreros que habían quedado anticuados hacía tanto que ya habían vuelto a estar y pasar de moda. Los pares de botas de vaquero de Avel cubrían el suelo del armario, una hilera de cuero antiguo y puntiagudo. Todo era basura, todo era valioso.

Alana dijo:

—Ya sé que es difícil, abuela. Llevarte solo lo que necesitas.

—Tampoco es que me vaya a llevar nada cuando me muera —respondió Pearla con algo de incerteza—. ¿Por qué no empezar ya?

Alana le preguntó a su abuela por qué tenía que decir cosas tan macabras.

Pearla agitó las manos como queriendo decir: «¿Cómo? ¿A qué te refieres?». Entonces levantó un collar de amatista del tocador. Era un regalo que le había hecho Avel el año antes de morir: una pequeña gema con forma de corazón y rosas doradas a ambos lados. Se fijó bien en el color de la piedra y se dio cuenta de que había mudado a un tono más cálido, más brillante, pero enseguida vio que no era más que un rayo de sol. Siguiendo la línea cálida, descubrió que se había hecho un agujero pequeño y redondeado en uno de los tablones que tapaban la ventana del dormitorio. Apartó la tela de raso y examinó la madera, pasó las palmas de las manos por la superficie quebradiza.

—Mija —dijo con urgencia repentina—, vamos a quitar esto.

Alana sacó un martillo de la caja de herramientas que había al fondo del armario. Con él hizo palanca para arrancar los clavos oxidados; empezó por abajo y siguió hasta que los tablones polvorientos cayeron con estrépito y, por primera vez en cuarenta años, el dormitorio se llenó de luz.

Cheesman Park

Le dije a la directora de la sucursal del banco que me marchaba de Los Ángeles y volvía a Denver porque añoraba a mi madre y las montañas y que, aunque California era muy bonita, había demasiada gente y era demasiado cara. Me abrazó con su cuerpo huesudo; olía a menta y a café aguado.

—Bueno, pues a la ciudad de la milla de altura que te vas —me dijo—. Siempre has sabido jugar en equipo, Liz.

Esa tarde, cuando llevaba la caja de mis cosas al carro, una niebla de color oxidado envolvía el parqueo. Mi cara se veía borrosa en el reflejo de la ventanilla. Cuando me subí al carro y pensé en el verdadero motivo por el que me marchaba, me temblaron las manos y lloré.

Crecí en la parte norte de Denver con mi madre y mi padre. Se conocieron con veintipocos, un par de muchachos que vivían para beber y jugar al billar y tomar cocaína de vez en cuando si se la podían pagar. Yo los admiraba: mi madre con su pelo negro a lo Hollywood en los años sesenta y mi padre con su mirada amable de ojos verdes y sus andares confiados de botas de trabajo. Pero, por mucho que los quisiera, también me aterraban; sobre todo mi padre. Una vez le lanzó una bolsa de la compra llena de frascos de mermelada de fresa y de guindas al marrasquino a mi madre y le dio en la mandíbula. Otras veces usaba solo los puños. «No es culpa suya», me decía ella, y me daba cuatro pinceladas de su infancia en Detroit, donde una noche su padre, esquizofrénico, mató a su madre de un tiro y después se pegó él otro.

El invierno en el que cumplí trece años, mi padre nos dejó por otra mujer. Durante seis meses, todas las noches me dormía llorando. Mi madre igual, hasta que nos mudamos a un apartamento de dos habitaciones con vistas al parque Cheesman. «No olvides nunca —me

dijo el día que deshicimos las cajas— que esta es nuestra casa». Sin embargo, yo no me sentía como en casa y, cumplidos los diecinueve, me mudé a California con la esperanza de hacer de modelo o rodar anuncios. A menudo me decían que mis rasgos exóticos eran llamativos. Pero no funcionó. Conseguí trabajo como cajera de un banco. Salía todas las noches y aprendí a reconocer caras bañadas por la luz roja de los bares de copas. Muchas veces acababa acompañada de drogadictos o de fugados del Medio Oeste; solía tener dos o más novios informales a la vez. Siempre me sentía sola. Una noche, me asomé sobre la barandilla de madera del muelle de Santa Monica, respiré la fragancia sensual del mar y la sal, miré la marea negra y ondulada, y me pregunté qué más necesitaba para volver a casa de una vez por todas.

—Ven aquí, mija —me dijo mi madre—. Deja que te vea la cara.

Yo estaba en medio del salón con la piel cubierta de una película aceitosa y el aliento agrio de las dieciséis horas de viaje en carro. Ella se levantó despacio de la mecedora de madera. Me cogió la cara con sus manos cerosas y me movió la barbilla hacia un lado y hacia el otro. Hizo una mueca que le pronunció la línea que le separaba las cejas dibujadas a lápiz.

—Tendrías que haberme visto hace una semana —contesté—. Tenía la cara como una pieza de fruta podrida.

Mi madre negó con la cabeza, el pelo negro recogido en un moño con un mechón plateado que trazaba una línea desde detrás de la oreja izquierda.

—Estás tan guapa como siempre, Liz.

Mi habitación tenía el mismo aspecto que cuando era adolescente: paredes de color coral, espejos en las puertas del armario y una cama individual junto a la ventana con vistas a Cheesman desde donde se veía el pabellón de piedra y los prados ondulantes. Las farolas ya se habían encendido. El asfalto húmedo soltaba vapor, como si todo el parque estuviera evaporándose hacia el cielo.

—Al final no cambié nada —me dijo mi madre—. Había hecho un montón de planes: quería meter una caminadora o convertirlo en un despacho, pero ¿quién sabe?, me dije. A lo mejor algún día mi hija

quiere volver a casa. Y si vuelve, no querrá dormir encima de la impresora.

Nos reímos, y mi madre se puso a ahuecar las almohadas y a estirar las sábanas. Seguía siendo guapa, de ojos húmedos y cuello largo y liso, aunque durante los últimos años sus movimientos se habían vuelto más lentos. Era una mujer con apego al orden. La vida tenía horarios. Las cosas había que limpiarlas. Las normas estaban para seguirlas.

—En el armario hay sitio para todas tus cosas y el trastero del sótano está abierto.

Encendió una lamparita de latón en la mesita de noche, y vi que se fijaba en mi cara.

—¿Has pensado en lo que te dije de buscar trabajo?

—He pensado que me voy a tomar unas semanas de descanso. Para aclararme un poco.

Mi madre se apartó de la cama. Se puso de puntillas y me dio un beso en la frente.

—Asegúrate de buscarte algo que hacer, algo de lo que estés orgullosa. Tienes que dejar de pensar en ello.

Ese fin de semana, el hombre con el que me acostaba en Los Ángeles estaba solo en casa; su prometida había ido a San Francisco a visitar a su familia. Estábamos en la cama cuando le dije que no era justo, que yo lo quería, que lloraba a menudo. «Déjala», le pedí mientras me estrangulaba como hacía siempre que nos acostábamos. Él no respondió, y yo salté; le arañé la cara hasta que sangró. Rompimos una lámpara. La habitación quedó a oscuras. No era nada fuera de lo normal, pero de pronto sí lo era. Me estrelló la cara contra la pared y con eso me quebró un diente y me partió la nariz. Al marcharme tambaleante, oí ese crujido frágil repetirse una y otra vez.

Volví a mi apartamento en carro, con el vestido del revés y tapándome la boca ensangrentada con la mano. Dos agentes acudieron cuando llamé al número de emergencias. Una era una mujer con brillo de labios y manicura francesa. En mi baño rosa, yo llevaba un sujetador de encaje y pantis negras, y ella me hizo fotos de las lesiones. Después me dio un folleto sobre los derechos de las víctimas. Yo nunca había llamado al número de emergencias y allí plantada,

temblando medio desnuda, deseé no haberlo hecho. Un agente de investigación me llamó a la mañana siguiente. Con voz atronadora y tono despreocupado, me dijo que comprendía lo asustada que debía de estar, pero que presentar una denuncia implicaba ir a juicio. Podrían tardar semanas, meses, en condenar a ese tipo.

—Será complicado —explicó—, sobre todo teniendo en cuenta que, técnicamente, no salían.

Al final le di la razón. Le dije que lo que más quería era volver a casa.

—Buena elección —respondió él—. Por cierto, estoy mirando tus fotos. Eres española o algo así, ¿no? Podrías ser modelo. Tienes algo en la mirada.

La mayoría de los días a lo largo de ese verano me despertaba con el ruido que hacía mi madre. Era orientadora académica en un centro de formación superior y se marchaba pronto, a veces al amanecer. La oía tirar de la cadena en el cuarto de baño, carraspear y escupir en el lavamanos, y cantar en la ducha en español. Cuando me quedaba sola, daba vueltas por el edificio y volvía a familiarizarme con el cuarto de la caldera, las rendijas de piedra que hacían las veces de ventanas en el sótano y los trasteros que parecían hornos grandes. La única parte magnífica era el tejado. La puerta de emergencia estaba rota y daba a un panorama que se extendía en todas direcciones. Hacia el oeste estaba la corteza irregular de las montañas; hacia el este, el parque, y hacia el sur, otros apartamentos cuyas luces eran una Vía Láctea de la ciudad.

Una noche fresca, estaba fumando en el tejado cuando vi a una mujer cerca de la cornisa norte. Estaba de pie, de espaldas a mí; tenía una cola serpentina de pelo castaño que le llegaba hasta las caderas. Las pulseras de plata parecían muelles que le asfixiaban las muñecas; la blusa traslúcida ondeaba al viento y se le aferraba a la piel. Tosí, y ella se volvió.

—Mierda —dijo—. No sabía que aquí subía más gente.

—Yo tampoco —respondí, y sonreí.

Nos sentamos y nos presentamos. Ella se llamaba Mónica y vivía sola en la planta baja. Tenía un hueco muy elegante entre los incisivos y unas cejas prominentes: curvas negras muy pronunciadas. Le dije

que estaba viviendo con mi madre y que había venido de California.

—Pero si allí hay playa y un montón de sol…

—Supongo que no era lo mío.

Saqué el paquete de tabaco del bolso y le ofrecí un cigarrillo.

—Camel sin filtro —dijo ella—. Cuando mi marido aún vivía, fumaba esta marca.

Parecía demasiado joven para ser viuda, veinticinco como mucho.

—Bruce fue bebedor durante toda su vida —dijo—. Lo único que amaba más que a mí. Fue la cirrosis, llevaba enfermo casi dos años. Es muy duro ver a una persona desvanecerse así.

Le dije que lo sentía.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—Seis años. Todos aquí mismo —contestó Mónica, que se levantó y tiró la colilla a la calle—. Me alegro de que hayas subido.

—¿Y eso?

—Porque iba a suicidarme. Pero el tejado no me ha parecido suficientemente alto.

Se marchó riéndose, como si me hubiera tomado el pelo.

—¿Qué planes tienes hoy?

Mi madre estaba envuelta en una toalla junto a la puerta de mi dormitorio, recién salida de la ducha y peleándose con el cierre de la cadena del crucifijo de plata de ley. El pelo mojado le goteaba en las clavículas.

—No lo sé —contesté, y me senté en la cama—. Quizá vaya a buscar trabajo.

Tenía suficientes ahorros para una temporada, pero mi madre insistía en que el trabajo no se hacía solo por el dinero: era cuestión de estructura, de tener un propósito, de no perder la cuenta de los días.

Me dejó un trozo de papel sobre la colcha.

—La compra. Para que veas lo que cuesta alimentarnos todas las semanas.

Tortillas, leche desnatada, Coca-Cola Light, huevos, café, carne de varios tipos y mucha fruta. Pincé la lista con dos dedos y la dejé en la mesita de noche.

—Iré cuando saque un poco de tiempo.

—Lo único que tienes es tiempo. Ese es el problema, mija.

Mi madre dio media vuelta y alcanzó algo del pasillo. Me pasó una bolsa pequeña de una tienda.

—La dependienta me ha dicho que lo tapa todo. Desde quemaduras a erupciones. Ahora no tendrás que pasar vergüenza si sales.

—No me da vergüenza.

En la bolsa había un frasco de base de maquillaje. Me probé el color en la muñeca: había acertado de lleno.

—De todos modos, nadie me ve. La gente hace como si no viera a las chicas que llevan la cara amoratada.

Salí alrededor de las doce y atravesé el parque. Estaba nublado y la brisa traía un poco de frío. Pasé por el lado de un hombre sin hogar que dormía debajo de una pícea, cerca del pabellón. Lo veía casi todos los días debajo de las ramas con sus manos nudosas y su rostro ancestral. Ese día se encorvaba sobre un libro sin cubierta, con las bolsas de basura donde guardaba las cosas bien apiladas alrededor de las piernas. Sin apartar la mirada de la página, me dijo:

—Va a llover, señorita. No se olvide de coger el paraguas.

Le di las gracias y seguí caminando por el parque.

Varios metros más allá, había una mujer tumbada en biquini sobre una toalla de playa, con las piernas medio dobladas y de un color bronce natural. Tenía la piel reluciente del aceite bronceador y llevaba gafas de sol grandes, a lo Audrey Hepburn. Cuando ya estaba cerca, me di cuenta de que era Mónica.

—Ya sé lo que estás pensando —me dijo cuando llegué a su lado—. ¿Por qué tomo el sol si está nublado? Es el momento perfecto para estar en el parque. Todo el mundo está trabajando, está vacío. Bueno, no tanto.

Se bajó las gafas y miró a su alrededor.

—Cheesman era un cementerio. ¿Lo sabías?

—No —respondí, y negué con la cabeza.

—Mira a tu alrededor: el suelo es irregular. Quitaron las lápidas, pero se dejaron cientos de cadáveres. Puede que miles. Sobre todo los de la gente pobre y los que no tenían familia y demás. Dicen que hay fantasmas.

—¿Quién te ha contado eso?

Mónica se quitó las gafas de sol y dejó a la vista sus ojos de color avellana y las pecas salpicadas aquí y allá.

—Lo sé yo. Mi familia es de Colorado. Más generaciones de las que se pueden contar.

—Yo también, por parte de mi madre. Mi padre era de Detroit.

—Entonces sabrás mucho sobre la muerte y el deterioro.

Se rio y se frotó los brazos enjutos para generar algo de calor. Se apoyó en los codos, retrocedió un poco y dio unas palmadas en la hierba con la mano derecha para ofrecerme asiento a su lado. Negué con la cabeza y le dije que tenía que hacer la compra. Y después debía buscar trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Supongo que cualquier cosa. En California trabajaba en un banco, pero no me gustaba.

—¿No tenía suficiente glamur para ti? —Mónica metió los brazos en las mangas de un suéter de color *beige*—. Pues yo necesito ayuda para vaciar el apartamento. Soy incapaz de ver las cosas de mi marido sin echarme a llorar. Podría pagarte por eso.

El cielo gruñó, unas nubes de lluvia pendían sobre la ciudad. Pensé que la humedad sería buena para la hierba, con todos esos huesos.

—¿Cuándo quieres que vaya?

Mónica les echó el aliento a las gafas y las limpió con el suéter. Se miró en el reflejo de las lentes y se pasó la melena de un hombro al otro. Se sonrió y se puso las gafas.

—¿Qué te parece esta tarde?

El apartamento de Mónica era largo y amplio; tres habitaciones y un patio con sillas de mimbre y una cubierta enmarañada de enredaderas. Sobre las mesas y las encimeras había conchas que hacían las veces de cenicero. Las cortinas de color lima revoloteaban por encima del suelo de madera con la brisa constante. En las paredes de ladrillo había muchas fotografías enmarcadas de un hombre fornido de pelo cano que pasaba de los cincuenta; posaba con su esposa joven y guapa. Mónica.

—Es Bruce.

Mónica señaló una de las fotografías.

—Siempre se reía. Siempre con esa chaqueta ridícula de cuero. Yo

estaba loca por él. La gente pensaba que quería sacarle el dinero, pero no es verdad. Era muy buena persona, Liz. El hombre más bueno que he conocido.

Suspiró y fue a la cocina. La oí revolver en el congelador. Se le cayó un cubito al suelo, abrió un cajón, se oyó el tintineo de un vaso. Entonces la oí llorar. Cuando Mónica volvió a salir con un par de copas, se le había corrido el rímel de las pestañas y los restos le oscurecían los pómulos alrededor de los ojos. Me dio uno de los vasos y continuó hablando.

—Era el propietario del club de jazz del centro, el Mermaid Room. Nos conocimos cuando yo tenía solo diecinueve años y me había colado con un carnet falso. No fue amor a primera vista, pero me hice a él.

—¿Crees que es verdad? —le pregunté—. Lo del amor a primera vista.

—Pues, claro.

—Una vez conocí a un tipo —expliqué con timidez—. En un bar pequeño donde beber salía demasiado caro. Bromeó conmigo porque yo no llevaba sujetador, y yo me burlé de una pulsera con símbolos religiosos que llevaba. No dejaba de pensar que me sentía como si ya lo conociera, pero también que era alguien nuevo. Nunca había deseado a nadie tan rápido. Acabamos teniendo sexo en el carro, a unas manzanas de allí. Estoy segura de que tenía esposa o novia en casa. Cuando se terminó, quise llorar.

Mónica bajó la mirada y se concentró en la bebida. Las líneas de una sonrisa satisfecha hicieron que su mandíbula estrecha pareciera más ancha.

—No me jodas, eso no es amor. Eso es alguien que necesita un túnel de lavado.

Ese día no empaquetamos nada. Hablamos y bebimos hasta que se hizo de noche. El salón quedó a oscuras y ninguna de las dos encendió una luz. Mónica continuó hablando de Bruce. La había rescatado de una ristra de trabajos inanes de camarera, y ya no le hacía falta trabajar. Ocupaba el tiempo bailando salsa y haciendo altares para los muertos: cajas de madera de colores con flores amarillas y calaveras.

—Pero desde que Bruce ya no está, no tengo ganas de hacer gran

cosa.

Se quedó callada. La piel de alrededor de los ojos le tembló un instante, como si un mosquito invisible le chupase sangre de los párpados.

—Le quería muchísimo, Liz. Es como si me hubieran arrancado un pedazo de carne del cuerpo. Y si en algún momento me olvido de que murió, me odio.

La abracé, y ella me humedeció el hombro derecho con las lágrimas. Tenía la piel caliente, pero con el contacto de su pelo en la mejilla noté frío. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que era incapaz de recordar la última vez que había pasado una tarde con una amiga. En compañía de otra mujer, el tiempo no parecía alargarse tanto ni ser semejante desperdicio.

En un momento dado, le hablé de lo de California, de los detalles que recordaba: el jabón de gaulteria, la imagen de las horquillas rubias de su prometida esparcidas por la alfombrilla granate del baño, la sensación confusa de pasarme la lengua por el diente roto después de que me pegara en la cara.

Mónica me pasó los dedos con cuidado por el puente de la nariz.

—Te lo había visto por debajo del maquillaje. ¿Te duele?

—Sí. Casi no puedo ni lavarme la cara.

Se apartó. Parecía que no tuviera poros en la piel, la cara cubierta de neblina.

—Tienes dos cosas de las que alegrarte: un día ya no te dolerá, y un día él se habrá muerto.

El siguiente domingo quedé con mi madre después de misa. Desde el banco de mármol de delante de la catedral en el que me senté, vi cómo se abría la puerta con las insignias de latón. Dos ríos de gente se vertieron en dirección a los parqueos. Mi madre se separó del gentío y bajó los escalones de piedra blanca con su vestido de color crema y unas zapatillas de deporte. Antes de abrazarme, me miró con los ojos entornados.

—Gracias por venir —me dijo—, pero llegas una hora tarde.

—Vamos, mamá. He venido a dar un paseo contigo.

En su opinión, el ejercicio me haría no pensar en lo de California. A

ella le funcionaba. Mantenía un régimen estricto y andaba una hora al día como mínimo. Así es como hacía para casi no pensar en mi padre y en la violencia a la que la había sometido.

Cruzamos la avenida Colfax y pasamos por delante de varias licorerías y casas de empeños. Entramos en Cheesman por un callejón donde un camino estrecho desembocaba en un claro de hierba. Unas cuantas mujeres y niños hacían yoga en el césped. Una niña dobló el cuerpo por la mitad como una experta y sus rizos rubios rebotaron en el suelo. Mi madre lo observaba todo, la mirada de un lado para otro. Al cabo de un rato, se volvió hacia mí y me preguntó por Mónica, solo que la llamó «la flaca de la planta baja».

—La estoy ayudando a vaciar el apartamento. Es viuda. Qué triste, ¿no, mamá? Sobre todo para alguien tan joven.

—Imagínate si hubiera perdido a su marido después de cincuenta años. La edad no tiene nada que ver con la tristeza.

Llegamos al pabellón, con sus altísimas columnas griegas y la galería espaciosa; sentada sobre una sábana verde, había una mujer que se había echado una mantita sobre el hombro izquierdo para darle de mamar a un bebé. Mi madre y yo la contemplamos un momento. Era una imagen bonita: el mármol blanco, la luz clara del sol. Entonces, de entre los árboles salió un perro negro de mirada salvaje y se acercó despacio.

A la mujer que daba de mamar le cayó el pelo en la cara cuando ladeó la cabeza para mirar hacia los lados.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera de aquí!

Sin embargo, el perro le gruñó y avanzó hacia ella. La mujer se volvió hacia un lado, se le cayó la mantita del hombro y dejó al descubierto la cabeza calva del bebé, al borde de su pequeño pecho blanco. Mi madre reaccionó al instante, corrió hacia ella, le tapó el pecho y me gritó que buscara ayuda.

El hombre que vivía bajo la pícea había emergido de entre las ramas. Pasó por mi lado, encorvado y raquítico; su cabellera entrecana parecía un nido deshilachado. Rompió a correr por la hierba y subió los escalones de piedra hasta el suelo como de pista de hielo del pabellón. Iba dando voces y agitando los brazos y dando patadas al aire. El cuerpo musculoso del perro adoptó la forma de una aleta de

tiburón sin dejar de gruñir y ladrar. Pero el sintecho no se movió del sitio, y enseguida el animal se retiró y la galería volvió a quedar en silencio. La mujer del bebé le dio las gracias a mi madre sin hacer caso del hombre sin hogar que ya se marchaba, encorvado y menudo, al lugar de donde había venido.

—Ese hombre es muy amable —le dije a mi madre más tarde, cuando entrábamos en nuestro portal.

—Se preocupa por los demás. —Mi madre se detuvo al llegar a los ascensores—. La mayoría de los hombres no conoce ese placer.

Subiendo en el ascensor, estudié el rostro de mi madre, la cicatriz en forma de tirabuzón que le colgaba a lo largo de la mandíbula. No se me había ocurrido, pero hubo un tiempo anterior a la cicatriz, antes de que mi madre conociera a mi padre, en el que ella aún era joven y no tenía la cara rota.

Mónica y yo empezamos por el salón. Bruce había sido coleccionista de antigüedades: cajas de puros llenas de plumas de halcón, tambores apache de mano, cepillos para el calzado hechos de marfil y cerdas de jabalí. En una mesita auxiliar había un par de pistolas de plata con florituras en la empuñadura. Mónica me apuntó a la frente con una de las dos y apretó el gatillo. Del cañón salió una llama azulada.

—¡Te pillé! —exclamó—. Estos mecheros antiguos me encantan.

Mientras apilábamos cajas, Mónica me habló de la infancia de Bruce. Su padre era viajante y su madre, adicta al Valium. Ella, en cambio, no conocía a su padre y, cuando era pequeña, de vez en cuando su madre vendía algún mueble a cambio de bebida. En un momento dado, llegaron a usar una caja de cartón como mesa de la cocina. Mónica veía dibujos animados durante horas, sentada sola en la alfombra naranja de pelo largo. Bruce igual: le daba la sensación de que lo habían educado los espagueti western, el Llanero Solitario y Tonto, y cosas así.

—Yo siempre le decía lo que significaba Tonto en español —dijo— y, según él, yo era demasiado literal.

Enseguida pasamos al baño. Evité mirarme la cara en el espejo que había encima del lavamanos y preferí mirar el reflejo de Mónica agachada al borde de la bañera; la columna le sobresalía a través de la

camiseta, un montón de huesos con forma de alas. La imagen se corrió cuando abrí la puerta de espejo del armarito: botellas de colonia italiana, frascos de gel de afeitar usados, una cuchilla salpicada de restos de pelo blanco.

Juntas repasamos los cajones del mueble. Entre las bolitas de algodón y los cepillos para el pelo había un sonriente patito de goma amarillo con la cabeza adornada por una gorra de marinero. Mónica se rio y dijo algo como que Bruce vivía como un niño. La tenía tan cerca de la cara que le veía la piel blanca del cuero cabelludo. Le pregunté si habían querido tener hijos.

—No, yo ya había estado embarazada. Cuando tenía diecisiete años. No tenía dinero y el tipo se largó. Pero la pareja que adoptó a la niña tenía una finca muy grande en la montaña. Me acuerdo de eso, me pareció un buen sitio para que una criatura corretease.

—A lo mejor algún día te busca.

—No, yo no estoy hecha para ser madre —se rio Mónica.

—¿Adónde lo llevo todo?

Le señalé las cajas que habíamos llenado.

—A la basura. No quiero volver a ver nada de eso.

Asentí con la cabeza y pensé en los contenedores que había alrededor de todo el parque. Bajamos las cajas al parqueo por la escalera.

—Tengo una idea genial —dijo Mónica de repente mientras cargábamos las cajas en mi carro—. ¿Por qué no salimos esta noche? Así te enseño el viejo club de Bruce. Podemos beber y bailar. Flirtear un poco, quizá.

—No puedo. Hoy ceno con mi madre.

—Perfecto, tráetela.

Fruncí el ceño pensando en cómo reaccionaría ella.

—Lo intentaré —respondí.

Esa tarde, esperé a que oscureciera del todo y tiré las cosas de Bruce en el contenedor que había al oeste del parque. En cuanto las cajas empezaron a salir despedidas de mis brazos, rompí a sudar y a jadear. La luz de las farolas hacía que la cinta adhesiva transparente con la que habíamos cerrado las cajas brillara como si fueran cintas de agua. Cuando volví al carro, me vi en el espejo retrovisor: con el sudor se me

había ido el maquillaje. Parecía que tuviera la nariz y la boca fundidas en una franja verdosa y el rabillo almendrado de mi ojo derecho se veía rojo como una ciruela. Me di cuenta de que tenía la cara como una máscara macabra.

—¿Qué voy a hacer yo allí? —preguntó mi madre—. Todo el mundo pensará que soy una vieja.

Estaba delante de los fogones en bata y con un par de zapatillas cerradas, y justo en ese momento retiraba un hervidor del fuego porque el agua ya hervía. Tenía el pelo sujeto con horquillas detrás de las orejas y la cara cubierta de crema reluciente.

—Pues divertirte. Puedes tomar algo. Eso no te matará.

Mi madre me lanzó una mirada que pretendía indicar que quizá sí la mataría. Llenó una taza de agua humeante y la llevó a la mesa.

—Por favor, mamá —le pedí, y acerqué una silla a la suya—. Nunca sales.

—Eso no es verdad. Voy a trabajar cinco días a la semana. Voy a pasear. Voy a misa. Siempre estoy por ahí, lo que pasa es que no salgo contigo ni con tu amiguita de abajo. —Pasó los dedos por el borde de la taza y el vapor le empañó el esmalte de uñas de color rosa pálido—. Vamos, Liz. Es una idea tonta.

—Yo no he salido ni una vez. Me paso los días aquí. No he hecho nada.

—Lo dices como si fuera culpa mía.

Guardé silencio mientras me pasaba los dedos por la ondulación del puente de la nariz.

—Bueno, está bien —accedió—. Pero solo me quedaré un rato.

El Mermaid Room tenía el techo bajo y de estuco, además de una plataforma cuadrada para el escenario y un suelo de cuadros negros y blancos. En el escenario, una chica triste que llevaba un vestido de raso y un iris morado prendido en el pelo le cantaba al micrófono. «Desde que mi hombre me dejó —cantaba con voz almibarada y bonita—, ya no sale el sol».

Mónica estaba al fondo, en una mesa de banco corrido con los codos apoyados ante una bebida transparente con un trozo de lima. Llevaba

una blusa sinuosa de lentejuelas que dejaba a la vista las muescas de las costillas entre los pechos. Tenía los ojos cerrados y cabeceaba, tarareaba y se mecía al son de la música. Cuando mi madre y yo nos sentamos en el otro extremo del banco y lanzamos los bolsos en el rincón, no levantó la mirada.

—Maldita sea —dijo—. ¿Cómo puede ser que alguien tan joven sepa tanto sobre el dolor?

—Debe de prestarle atención a la vida —contestó mi madre.

Mónica abrió los ojos y sonrió de oreja a oreja.

—Has venido, Mamá Liz.

Pedimos una ronda: mi madre se limitó al vino tinto, mientras Mónica y yo bebíamos tequila. Mónica no estaba tan habladora como de costumbre, así que le pregunté en qué año habían construido el edificio, durante cuánto tiempo había sido de Bruce, de dónde era la banda, si ella sabía cantar.

—No, por Dios. Le reventaría los tímpanos al público.

—Ella sí que canta —dije, y levanté mi vaso señalando a mi madre —. ¿Verdad que sí, mamá?

—No como esta chica. Ni de lejos.

Mi madre se colocó bien el cuello de la camisa de gasa y se centró el crucifijo sobre el esternón, tapando un lunar negro. Miraba a la cantante, cuyo vestido tenía un brillo líquido que cegaba cuando ella volvía el cuerpo y le daba bien la luz. El público arrancó a aplaudir cuando se bajó del escenario. Hizo una reverencia hacia la izquierda y se dirigió a la barra dejando una estela lechosa. Un cuarteto empezó a montar sus instrumentos.

Mónica rebuscó en el bolso y sacó un paquete de tabaco.

—¿Te apetece uno? —me preguntó.

Yo asentí con la cabeza.

Estaba en la acera con Mónica, fumando y escuchándola hablar sobre un camarero con el que había salido hacía tiempo.

—Madre mía —dijo—. Y siempre quería que yo me pusiera encima. Como si fueran las putas Olimpiadas.

Me reí y soplé el humo en dirección al bar. Veía a mi madre por la ventana; estaba esperando en la mesa, con la cabeza apoyada en la

pared fresca y la melena oscura fundida con las sombras. Bebía vino sin prisa y, cuando un hombre con un sombrero de fieltro se le acercó, no apartó la mirada de la mesa. Hizo jirones una servilleta de papel y negó con la cabeza.

—La cantante es increíble, ¿verdad? —dijo Mónica—. ¿Te quedas a la segunda parte?

Contesté que no podía, que tenía que llevar a mi madre a casa. Nos acabamos los cigarrillos y, cuando ella abrió la puerta, la música se vertió a la calle. A lo lejos, más allá de los límites de la ciudad, se formaba una tormenta y las venas finas de los relámpagos iluminaban el cielo.

Esa noche, el bombardeo de la lluvia tapaba los ronquidos de mi madre. Me la imaginé en la habitación de al lado: su cuerpo, un bulto respirando bajo la colcha. Por primera vez desde mi llegada, pensé en lo sola que debía de sentirse. Todos los días se centraba en las distintas tareas, pero nunca en sí misma. Me pregunté si había probado a salir con algún hombre del trabajo, algún profesor divorciado o algo así.

Me tumbé de costado, me dormí y soñé con mi padre. «Voy a pescar en el hielo», me decía. Yo le contestaba que me gustaban las casetas donde se refugiaban los pescadores. Me daba un beso en la frente y yo sentía su figura, sólida y sofocante. Me llevaba al lago. Hacía un agujero en el hielo y metía la mano en el agua negra hasta que el agujero lo atrapaba como a un pez que ha mordido el anzuelo. Cuanto más chillaba él, más se engrandecía el agujero, y yo temía que, cuando acabase con él, la oscuridad viniese a por mí. Entonces me desperté y miré el móvil. Las tres y diecisiete de la madrugada. Tenía cinco llamadas perdidas, todas de Mónica.

Estaba delante del portal, en su todoterreno blanco con las lunas tintadas y asientos de cuero. Me subí, y Mónica dejó el motor en marcha.

—Vamos a dar una vuelta.

Yo me sacudí el agua de lluvia del pelo.

—Si mi madre se despierta y no estoy, se asustará.

—Ni que durmieras en su cama. ¿Cómo va a saber si estás o no estás?

—Soy su hija —respondí.

Mónica fue por calles estrechas y callejones. La lluvia caía trazando líneas blancas oblicuas. La radio estaba baja, una emisora de amplitud modulada en la que alguien hablaba a otra persona sobre abejas y miel. Apenas se veían los focos en la carretera.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó Mónica.

—El antiguo bar de Bruce es genial. Me gusta el ambiente.

—No cambia. Tocan bandas diferentes, cantan otras chicas, pero siempre es como estar en casa.

Mónica salió de la carretera y detuvo el todoterreno. La luz de los focos iluminaba la distancia y llegaba hasta unas columnas de piedra. Estábamos en el parqueo que había junto al pabellón del parque.

—Ya te dije que me persiguió durante años.

Mónica encendió un cigarrillo y la llama le proyectó sombras en la cara.

—Yo me reía de él —continuó—. Le decía a la gente que era un viejo pervertido.

Bajó la ventanilla y sopló el humo con prisas, en línea recta. La blusa fluida se le oscureció a medida que le llovía de costado en las piernas y los brazos; algunas de las gotas me llegaron a mí: la calidez inconfundible de la lluvia de Colorado en verano.

—Cuando empezamos a salir, yo esperaba que la gente se diera cuenta de que era amor. No lo otro, por dinero o por conveniencia.

Le pregunté de qué gente hablaba. Ella continuó sin responder.

—Él quería un bebé. «Dame una niña», me decía. Una vez lo oí llorando por eso en la ducha. Un hombre enorme llorando debajo del chorro de agua. Y ahora que ya no está… —Mónica se volvió hacia mí. Levantó la voz, pero se le quebró—. Lo que quiero es que vuelva.

Entre el murmullo de la radio y el apedreo constante de la lluvia, fue fácil no decir nada cuando se echó a llorar. Las luces tenues de dentro del carro le dibujaban un perfil anguloso; parecía tranquila, a pesar de las lágrimas que le caían sobre el pecho desde la mandíbula. En mitad de aquel caos, del vaho denso de la respiración, del ruido de la tormenta, vi a Mónica mirarse en el espejo retrovisor. De debajo del sillón sacó una petaca y me dijo que bebiese. Yo podría haber sido cualquiera, pensé, y ella habría dicho todo eso igualmente. Mónica no buscaba ayuda ni consuelo. Quería público.

—Llévame a casa —le pedí en voz más alta—. Mi madre se va a preocupar.

Mónica continuó sollozando, haciendo aspavientos, saludando a nadie. Al otro lado de los cristales empañados, observé los espacios negros que se abrían entre las columnas de piedra. Quería irme a casa y meterme en la cama. Quería despertarme y despedir a mi madre antes de que se marchara a trabajar. Podíamos desayunar café solo y huevos fritos. Ella me animaría a salir de casa, me dejaría un paraguas preparado por si me apetecía salir a pasear.

Entonces vi al hombre. En el bordillo, delante del pabellón de piedra; tenía la cabeza gacha y, según parecía, se había dormido sentado, con una chaqueta de cuero reluciente.

—Ese tipo —dije, y señalé el parabrisas— no debería estar a la intemperie.

—¿Qué tipo? —me preguntó.

Cuando lo señalé, Mónica abrió la puerta y, conmigo a la zaga, echó a correr bajo la lluvia.

Estábamos tan solo a unos pasos de él cuando me di cuenta de que era el tipo que vivía en el parque. Estaba sentado en la acera con una botella de whisky y el agua le corría por los surcos de las arrugas. Cuando nos vio acercarnos, esbozó una sonrisa delirante y levantó la botella medio vacía.

—Un trago —dijo— por ustedes, las mujeres guapas.

Mónica estaba pasmada, como si hubiera visto un fantasma. Era la imagen de otra persona con la chaqueta de su difunto marido. Le tiró el whisky de un manotazo. La botella se rompió a mis pies y el líquido ambarino se lo tragaron de inmediato la acera y la lluvia de la madrugada.

—Oye, que no hace falta maltratar a nadie —dijo el sintecho—. Qué desperdicio…

Mónica le tiró del brazo izquierdo.

—Esta chaqueta es de mi marido.

El indigente no dijo nada. Abrió y cerró el puño como si la memoria motriz lo obligara a buscar la botella.

—La has sacado de la basura —le gritó Mónica—. ¿A que sí? ¡Como un perro!

El hombre sin hogar frunció el ceño y musitó que tenía sed, y Mónica lo agarró del pelo. El hombre soltó un aullido.

—Basta, señorita, por favor. Yo no le he hecho daño.

La cara de Mónica se relajó en cuanto se le vaciaron los ojos de expresión. Era una mirada que le había visto infinidad de veces a mi padre. Le tiró del cuello con ambas manos. Lo tumbó de costado y se oyó el ruido sordo de un cuerpo al caer sobre el hormigón. Con la punta aguda de los tacones, le pateó la tripa, la cara, donde podía. El indigente aullaba de dolor.

Mónica levantó la pierna para darle una patada más, pero yo me arrodillé al lado del hombre para bloquear el golpe. Me estrelló el pie contra la parte baja de la espalda, me hizo precipitarme hacia delante y acabé con la cara a un par de centímetros de la de él. El hombre lloraba, tenía los surcos de la cara empapados de la lluvia. Le supliqué a Mónica que parase.

—Se la he dado yo —le dije—. Lo he visto de noche sin abrigo. Tenía las cajas en el carro, no quería que pasara frío.

Mónica dejó de soltar patadas. El hombre sacó un brazo de la chaqueta y luego el otro, y la lanzó a la acera, donde quedó lánguida como la lengua de un perro. Con la camisa de franela empapada, temblaba, calado hasta los huesos. Me agaché a su lado y le susurré mentiras para tranquilizarlo, que todo saldría bien. El hombre me miró a la cara con una telaraña de venas ensangrentadas en los ojos.

—Te han hecho daño —me dijo—. Mucho daño.

Volví a casa a pie, bajo la lluvia, y estuve un buen rato en la ducha. Envuelta en una toalla, me apoyé en el marco de la puerta del dormitorio de mi madre. Lloré en silencio, viéndola dormir.

Poco antes de que me marchase de California, mi madre me había llamado para charlar.

—He visto fotos mías —me dijo—. La mayoría eran de cuando estaba con tu padre. Me da un poco de vergüenza.

—¿Por qué?

—Se me nota lo triste que estaba. Es por los ojos. Se les ve una luz dentro, pero muy apagada. Y empiezo a preguntarme si siempre ha sido así. Si ya tenía esa expresión antes de tu padre, cuando era

adolescente o de pequeña.

—Tienes los ojos oscuros, nada más —respondí—. Como tantos otros. Yo los tengo así.

—No es lo mismo. ¿Qué me pasó para que se me pusiera esa cara tan triste?

Se rio y la oí beber de un vaso.

—Me da vergüenza —siguió—. Empecé a preguntarme cuánta gente se daba cuenta de esa tristeza. Seguro que más de los que yo quiero saber. Pero eso ha cambiado.

Le pregunté cómo, me aparté el teléfono del oído y estiré un dedo para que el hombre que tenía en la cama supiera que no tardaría mucho.

—Cambió el mundo. Perdió urgencia, se hizo más grande, y a mí ya no me preocupaba tanto que me quisieran.

Tomi

Cuando mi sobrino Tomi era un bebé, me llevé los mil dólares que su madre guardaba en el armario. Eran para pagarle la universidad. Natalie había metido el dinero en un frasco de conservas que había lavado y envuelto en una bufanda de Fendi falsificada para esconderlo debajo de una pila de pares de calcetines. Resacosa y aturdida, pisé la alfombra sin hacer ruido, me llevé el frasco y me gasté el dinero en bebida y ropa en cuestión de una semana. Natalie siempre sospechó que había sido yo, aunque Manny le dijera que yo no haría algo así. «¿Quién le robaría a los de su propia sangre?», exigía saber.

Seis años más tarde, robé un Honda Civic del 94 y lo estampé contra el ventanal de una pareja de ancianos a las cuatro de la mañana. Fue en los suburbios del norte. Todas las casas y sus caminitos parecían una carretera de gravilla blanca. Un anciano vestido con un pijama de rayas me apartó las esquirlas del parabrisas de la cara. Se me llenó la boca de sangre. Un diente me arañó la garganta al bajar. El viejo me secó los labios con una toalla y le dijo a su esposa que llamara a una ambulancia. Cuando volvió a asomarse por la puerta del carro y apoyó la manga del pijama en el volante, me dijo:

—Mírate, jita. No eres más que una cría.

Cumplí la condena en el centro penitenciario La Vista de Pueblo, Colorado. No recibí muchas llamadas de mi familia y no me visitaron ni una vez. Fui marcando los días en dos calendarios: el primero estaba lleno de ilustraciones de flores silvestres y el segundo, de fotos de caballos en praderas vacías. Hacia el final del de los caballos, mi abogado me escribió para decir que podía salir antes de tiempo, siempre y cuando tuviera un sitio donde vivir y consiguiera un empleo. Yo había planeado mudarme a una vivienda tutelada que había cerca de la avenida Colfax, pero Manny me llamó para decirme que podía ir a vivir con él y con Tomi.

—¿No se molestará Natalie? —le pregunté por teléfono.

—Se ha ido. Me ha dejado.

Le dije que lo sentía, aunque lo había visto venir. Con diecisiete años, Natalie se había mudado a nuestra casa con una maleta pequeña, dos mantas navajas y la tripa llena de Tomi.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté a Manny antes de colgar.

—Eres mi hermana, Cole, sangre de mi sangre. Pero, por favor, esta vez no la cagues.

Cuando él tenía veintiuno y yo quince, Manny heredó la casa después de que mi padre muriera de un ataque al corazón mientras se enjabonaba el pelo. Nuestra madre había muerto hacía mucho tiempo. Cuando yo era muy pequeña, se tragó un frasco entero de analgésicos. En La Vista leí en un libro de anatomía que el corazón no tiene terminaciones nerviosas y, durante un tiempo, me convencí de que mis padres habían muerto sin dolor. Vivíamos en el Northside de Denver, a la sombra del Estadio Mile High, en un barrio que después se llamó Highlands, aunque solo los blancos lo llamaban así. Nuestra casa era un cuadrado escuálido de ladrillo que descansaba en una parcela elevada y eso provocaba cierta ilusión de grandeza entre los bloques apretujados y los BMW negros. La gentrificación me recordaba a los tornados que destruyen una manzana y dejan otra intacta, como si nada. Nuestra zona, la calle Vallejo, estaba irreconocible.

Me soltaron de La Vista a primera hora de un martes de finales de otoño. Manny me esperaba fuera, en su Tacoma blanca que apestaba a tortillas de maíz fritas y a café. Llevaba la Carhartt de lona y unas pinceladas blancas en la cabellera que había sido negra.

—Fíjate… —me dijo, y me pellizcó las mejillas—. Alguien ha hecho un poco de dieta.

—Sí, en la cárcel no hay Bud Light.

—Qué lástima. Ya te compro unos chicharrones para el camino.

Subió el volumen de la radio; sonaba una canción de Neil Young y tamborileó el estribillo en el volante. Un rosario de cuentas rojas colgaba sinuoso del espejo retrovisor. Pegadas al salpicadero con cinta adhesiva había una estampita de la Virgen de Guadalupe y una foto de estudio de Tomi cuando era pequeño.

—¿Cómo está? —pregunté, y rocé la fotografía con la mano—. Desde que se ha ido Natalie.

—No lo sé. Triste. —Manny se metió un pellizco de tabaco en la mejilla izquierda—. Ha suspendido una asignatura que se llama Lectura y Relajación. Ya me dirás tú cómo se hace para suspender eso.

Pasamos por delante de un cartel amarillo, torcido y con agujeros de bala que recomendaba no coger autoestopistas en las inmediaciones de un centro penitenciario. Detrás, el cielo era el más grande que había visto, un gris aceitoso con pájaros que parecían puntas de flecha.

—Tiene mérito —respondí.

Manny parqueó la Tacoma delante de casa. Señalé un edificio alto de cristal que había aparecido donde antes se alzaba un almacén vacío. Reflejaba las nubes, las cumbres aladas de las montañas.

—Qué sofisticado, ¿no? —comenté.

—Sí, muy sofisticado. Y me ha fastidiado las vistas del estadio. Los impuestos sobre la propiedad me están jodiendo —se quejó Manny—. Pero nosotros llegamos primero. Antes me voy al infierno que mudarme a los suburbios.

Dentro de casa, Tomi estaba en el suelo del salón, la cabeza un mocho de mechones negros. Se aferraba al mando del videojuego y se inclinaba a la derecha y a la izquierda, hacia delante y hacia atrás. Tenía las gafas llenas de huellas emborronadas que reflejaban el centelleo azul del televisor.

Manny colgó la gorra de los Broncos en el perchero y se bajó la cremallera de la cazadora Carhartt. Tenía la cintura más ancha y me pregunté si yo también parecía mayor.

—Levántate —dijo Manny—. Dile hola a tu tía.

Tomi se echó de golpe hacia delante. Sangre de videojuego salpicó toda la pantalla.

—Hola a tu tía.

—¡Oye!

Manny se acercó y le dio un golpe en la cabeza con la palma de la mano derecha.

—No te portes como un idiota. Viene de muy lejos, hijo.

Tomi me miró y entornó los ojos con aire sarcástico.

—Anda, hola, tía Nicole.

—Llámame Cole, Tomi. En serio.

Manny me acompañó al sótano sin ventanas donde yo había vivido antes de ingresar en La Vista. Todo estaba tal como lo había dejado. El hedor a naftalina, la bombilla colgando del techo, los jeans gastados de la talla 46 metidos en una caja de cartón. Vi el sofá cama de Kmart con la costura reventada, y Manny le dio una buena sacudida a la estructura de aluminio.

—No estarás muy cómoda. No hay almohadas.

—¿Y eso?

—Creo que se las llevó Natalie. He buscado por todas partes. Anoche Tomi y yo dormimos con una toalla doblada debajo de la cabeza. Te lo juro: toallas.

—Eso es maltrato infantil. Hasta en la cárcel hay almohadas. Compra unas nuevas.

—Pero es por principios. Natalie se cree que puede largarse así como así y robarme las sábanas y las almohadas y todo lo que ahora no encuentro en casa.

Asentí y miré detrás de él, estudié una grieta ondulante de la pared de cemento. El sótano tenía el tamaño de cuatro celdas de La Vista, puede que cinco.

—Necesito una siesta.

—Yo tengo que volver a la oficina.

Me dio dos toallas robadas de un hotel para que las usara de almohada y me dijo que las disfrutara.

Me desperté un par de horas más tarde con el ruido de los disparos. Tomi estaba en la misma postura de antes, sentado en un cojín del sofá de cuero como un pequeño Buda. En la pantalla del televisor estallaban cosas. Cuando lo saludé, no apartó la vista del videojuego.

—Oye, me has despertado. Quería dormir la siesta.

Tomi se echó de golpe hacia delante con el mando en la mano y los labios relucientes de saliva.

—Qué grande estás, ¿no? —dije, aunque me quedaba corta. Era el niño más gordo que había visto—. ¿A qué juegas?

—Al Call of Duty.

—¿Qué es eso?

Me miró con suspicacia.

—No eres como yo te recordaba. Antes estabas gorda.

—¿Que yo estaba gorda? ¿Estás seguro de que sabes qué pinta tiene la gente gorda?

Pausó la partida y se volvió hacia mí de cintura para arriba.

—Eras una especie de gorda gótica o algo así.

—Las personas cambian. Bueno, que estaba durmiendo. Estaría bien que bajaras el volumen o leyeras un libro. Cosas de niños, pero en silencio.

Tomi se levantó del cojín. Lo contemplé mientras iba a la cocina con los calcetines desparejados y unas bermudas demasiado grandes. Sacó una botella de Sunny Delight del frigorífico, se sirvió un vaso, cogió unas gominolas de fruta de la despensa y volvió a su sitio. Reanudó el juego e hizo explotar un helicóptero.

—No deberías dormir a las tres de la tarde —dijo—. Eso solo lo hacen los holgazanes.

A la mañana siguiente, llamé a la supervisora de la condicional desde el fijo de casa de Manny. Era una mujer mayor de Nebraska que se llamaba Charlie Mae y ceceaba un poco.

—Ahora, Nicole, tienes que empezar a contactar con posibles empleadores.

—Llevo un día en casa.

—Eso no me vale como excusa. Ya es mediodía.

—No estoy cualificada para hacer gran cosa.

—¿Cómo que no? —repuso—. Busca tu nicho. Eso que te guste hacer.

En La Vista, había hecho un curso de enriquecimiento. Una señora del centro de estudios superiores nos enseñó a fabricar vasijas de cerámica indígena de la zona de Pueblo. Otra mujer vino a vernos con cuadernos llenos de bocetos de naturaleza y calcos de aves muertas. Sin embargo, la clase que más me había gustado era la de Lengua y Literatura. Leímos *Los lirios del campo*, y me hice una imagen mental muy clara de un pueblecito del desierto. Me gustaba ir allí, así que leí la novela más de una vez. También me gustaban mucho las biografías,

sobre todo las de inventoras como Bette Graham, que inventó el corrector líquido para papel. Pensaba que yo podría hacer algo así, mis propios inventos; pero después de salir de la cárcel me di cuenta de que nadie tendría suficiente fe en mí.

Esa tarde caminé varios kilómetros hasta la avenida Treinta y dos. Mujeres rubias con moños altos llevaban a sus bebés en cochecitos caros mientras tipos blancos vestidos con pantalón de color caqui miraban el móvil e iban esquivando las hojas caídas. Entré en una casa de té que había sido una tienda de bebidas y le entregué el currículo a una pelirroja de cabello encrespado. Llevaba unos aretes de cuentas y un collar con colgantes de minerales de estilo New Age.

—¿Tienes experiencia con el té? —me preguntó.

Me miró a través de unas gafas delicadas con montura metálica.

—Uy, sí —respondí—. Con las bolsitas hago un té delicioso.

Me miró a la cara unos instantes y carraspeó.

—No buscamos a nadie.

De vuelta en casa de Manny, me senté delante de la chimenea vacía a tomarme una manzanilla en lugar de una cerveza y de pronto Tomi entró en casa. No se dio cuenta de que yo estaba allí y fue a la cocina con los auriculares puestos. Abrió la nevera, cogió el Sunny Delight, echó la cabeza atrás y bebió de la botella.

Yo le tiré de los auriculares con cuidado.

—¿No deberías estar en clase?

Se limpió el bigote de zumo con el dorso de la mano.

—¿Y tú no deberías estar buscando trabajo?

—Que sepas que ya he ido antes —contesté, y le cogí la botella—. Esto es asqueroso. ¿Sabes cuántas calorías tiene? Tu padre no debería comprarlo. Es agua con azúcar.

—Lo que tú digas. Tú lo sabrás mejor, que eras una gótica gorda y cocainómana.

Abrí la boca y bajé las cejas fingiendo que me había ofendido, pero Tomi ni siquiera parpadeó. Su cara de luna pecosa no cambió el gesto enfurruñado.

Le di un revés en la tira de la mochila y estiré el dedo índice.

—Vamos a dejar una cosa clara, Tomás Manuel Morales. En primer lugar, no era gótica. Solo que me gustaba el delineador de labios

morado. En segundo lugar, tampoco estaba tan gorda. Y en tercero, no era cocainómana. Si lo hubiera sido, habría estado delgada. Eso lo sabe todo el mundo.

Tomi arrugó el gesto. Se le formó un surco profundo entre las cejas.

—¿Vas a hacerme volver a clase?

—¿Tú crees que juega demasiado a los videojuegos? —le pregunté a Manny mientras él escarbaba en el armario del pasillo buscando un juego de sábanas.

Después de lanzar a un rincón varias fundas de almohada que mi madre había hecho con ganchillo, se apartó de las estanterías. Se notaba un olor polvoriento a canela como el del pelo de mi madre, aunque debía de ser un recuerdo, algo que me engañaba la mente.

—Jesús Todopoderoso —se quejó Manny con la cara oculta por la visera de la gorra de los Rockies.

La sombra clara le llegaba al pecho de la camisa de franela, como un babero.

Era sábado. Eso implicaba hacer tareas en casa para Manny y nada más. Se quitó la gorra. Se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa. Musitó algo sobre que Natalie se había llevado las almohadas y Dios sabía qué más. Entonces se apoyó las manos en la riñonada y soltó un quejido.

—Ahora mismo Tomi está lidiando con muchas cosas. Si jugando a los videojuegos es feliz, no voy a quitarle esa felicidad. Dejemos al muchacho tranquilo.

—¿Se han visto algún día? —pregunté.

Manny se frotó la barba incipiente del cuello. Fue por el pasillo hasta la trampilla del ático y desenrolló el cordón del cierre del lugar donde estaba guardado.

—No.

—Si te digo la verdad, Natalie nunca me ha caído bien. Es una cabrona egoísta.

Lo cierto era que, al principio, quería que me cayese bien, quería que fuera la hermana que no había tenido. Pero me daba miedo. Cuando éramos más jóvenes, no era extraño que recurriese a la violencia. Una vez le rompió un plato en la cara a Manny porque él la

había avergonzado en la fiesta de cumpleaños de un primo.

Manny tiró de la trampilla. Se notó una corriente fresca y ansiosa.

—No llames cabrona a la madre de mi hijo.

—Sí, menuda madre —respondí.

Cogí las fundas de almohada del suelo y las volví a meter en el armario. En ese instante vi el dormitorio de Manny, al fondo del pasillo; la puerta estaba entreabierta y dejaba ver la cama sin hacer y sin almohadas. Que Natalie no estuviera en casa se me hacía raro. Una vez la había visto sentada al borde de esa cama, llorando; se le habían metido algunos mechones del moño negro en la boca. «¿Tú crees que esto es lo que yo quiero, Cole?», me preguntó cuando nos miramos a los ojos. Estaba de ocho meses y, cuando se alejó, parecía una niña jugando con un globo metido debajo de la camiseta.

—Lo digo por Tomi —añadí al cabo de un rato—. No es justo que un niño esté todo el día en casa. Debería salir a construir un fuerte o a encontrar cadáveres en el bosque. Como en *Cuenta conmigo*.

Manny subió los primeros escalones de la escalera y desapareció de cintura para arriba en el cráneo de la casa.

—Tú preocúpate de conseguir trabajo.

Tomi estaba en el cojín del sofá, pulsando los botones del mando, contemplando la pantalla oscura del televisor. Yo estaba en un sillón reclinable, haciendo como que no sucedía nada fuera de lo normal. Mientras él estaba en la escuela, había desenchufado algunos de los cables de la pared. Los había escondido detrás de la máquina elíptica del sótano, el único lugar donde no se le ocurriría mirar.

Se acercó al televisor, pulsó algunos botones y dijo:

—¿Dónde están?

—Me han dicho que tu madre se robó las almohadas. Pregúntale a ella.

Tomi parecía derrotado. Se inclinó hacia delante, se miró los calcetines desparejados y movió el dedo que se le veía por un agujerito. Llevaba una camiseta negra con llamas y siguió el perfil del fuego impreso con su índice regordete.

—Es muy mala persona.

—Todas las madres están locas —le dije—. Oye, pensaba ir a la

librería. ¿Me acompañas?

Tomi torció el gesto mientras daba golpecitos en la alfombra con el pie. Echó la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco bajo las lentes de las gafas.

—No empieces con las convulsiones —bromeé.

—Lo que tú digas.

—¿Quieres ir a la librería o no?

—No me puedo creer que te guste leer —repuso él.

—He estado en la cárcel. ¿Qué te crees que hacía todo el día?

Tomi andaba como un niño perdido en un mundo asombroso. Me dejó estupefacta cuando, al borde de un estanque, levantó el brazo y, con mucho cuidado, sostuvo la hoja marchita de un árbol. Antes había llovido y las gotas claras de agua se aferraban a la rama. Arrancó la hoja del tallo y el agua remanente nos cayó en la cabeza mientras él lanzaba la hoja al suelo y la machacaba con sus enormes zapatillas de deporte acolchadas.

—¿Te llevaba tu madre de paseo? —le pregunté.

—Antes sí —contestó él—. Íbamos con papá, en verano, antes de que se pusiera el sol.

—Yo también paseaba con mi madre.

—¿Con la abuela Louise?

Asentí con la cabeza.

—¿Tu padre te ha hablado de ella?

—Sí. Me dijo que hacía mantas muy bonitas.

Sonreí. Le respondí que era verdad.

—Oye, Cole, ¿cuál era tu habitación de pequeña? ¿Era la mía o la otra, la grande con el baño conectado?

Se refería a la habitación de matrimonio, donde mi padre se había desplomado en la ducha. También es donde se durmió mi madre cuando yo tenía ocho años y no volvió a despertar. Ya nadie dormía allí. Había demasiados fantasmas. Manny la usaba para guardar cosas, estaba llena de decoraciones de Navidad, el moisés de cuando Tomi era un bebé, porquería de las diferentes estaciones del año.

—Yo tenía tu habitación —contesté—. Anda con cuidado, podría haber mierdas góticas escondidas debajo de los tablones del suelo.

Tomi soltó una risita.

—Pues nuestra habitación es una caca. El árbol grande de delante me tapa todas las vistas.

—Tampoco está tan mal.

Pensé en cuando era adolescente, cuando me descolgaba por la ventana y bajaba por el álamo con botellas de tequila robadas y unas cuantas cervezas en la mochila. El árbol de escape.

Tomi se me adelantó y sus jeans emitían un tintineo, como si fuera un conserje que cargase con las llaves de mil habitaciones.

—Qué va, es horrible. Cuando mi madre se marchó, no la veía. Oía el carro y todo eso, pero no veía nada por culpa de esas hojas ridículas.

—¿Dónde está ahora tu madre?

—Con su novio nuevo. Quiso llevarme a vivir con ella, pero yo odiaba esa casa. Ronald huele a hurón y es un fanático del disc golf.

—Qué cosa más rara.

—Es rarísima.

—¡Esa boca! —lo regañé, y le di un pescozón—. No digas palabrotas.

En la librería, le mostré la sección de jóvenes lectores: un rincón lleno de libros donde había un sofá pequeño y sucio. De las paredes colgaban pósteres de famosos de los noventa posando con libros como *Beloved* y *Moby Dick*.

—¿Lo ves? —le dije—. Hasta a Buffy Cazavampiros le gusta leer.

Cuando me preguntó quién era esa, contesté que daba igual y le dije que escogiera un libro. Fui al mostrador y pensé en pedirle un formulario de solicitud de empleo al encargado, pero sabía que no era la clase de lugar donde contratarían a una expresidiaria.

Al cabo de un rato, Tomi me dio unos golpecitos en el hombro y me enseñó un libro. La imagen de la portada era un guerrero de bronceado excepcional que bajaba por la ladera de un volcán mientras lanzaba al aire el corazón de la víctima de un sacrificio. A su espalda, un rayo blanco iluminaba el título: *Luna azteca*.

—Es una serie —susurró Toni—. ¿Cuántos puedo coger?

Me habían soltado de la cárcel con doscientos pesos y algo de menudo.

—¿Qué te parece si coges el primero y, si te gusta, volvemos a por el

segundo?

—De acuerdo. Tiene pinta de ser muy chulo —dijo, e hizo pasar las páginas deprisa, con el pulgar—. Oye, Cole, que no soy retrasado ni nada.

—Yo no he dicho que lo seas.

—Ya, pero es que a veces me equivoco con las palabras. Mi madre me ayudaba, pero ahora está liada jugando a disc golf.

—Qué rollo. ¿Quieres que te ayude yo?

Al día siguiente, después de clase, Tomi se sentó conmigo a la mesa de la cocina con sus bracitos carnosos cruzados debajo de la barbilla y *Luna azteca* delante de ambos. Aguantamos una hora con el cuello encorvado sobre las páginas, dolorido de la maratón de lectura y de dormir sin almohada. Tomi, según descubrí, leía muy despacio, hasta tal punto que me preocupé. A lo largo de los días siguientes, busqué información en internet sobre estrategias de lectura. Visualización. Anotación. Las probamos y, en cuestión de un par de semanas, Tomi empezó a mejorar. Le gustaba sobre todo leer en voz alta, pero cuando llegábamos a un párrafo en el que algún guerrero sacrificaba a una virgen, Tomi me pasaba el libro. «Me gusta cómo haces las voces», me decía; y yo siempre le daba las gracias y le recordaba que había interpretado al reno Rudolf en la obra de teatro de Navidad de La Vista dos años seguidos.

Unas semanas después de que Tomi y yo empezáramos a leer *Luna azteca*, Manny volvió a casa con una bolsa de papel y dos vasos de chupito. Se sentó a la mesa de la cocina y exhaló un suspiro huracanado. Yo pasé el brazo por encima del respaldo del sofá para volverme y mirarlo. De la bolsa de papel sacó una botella de Hornitos y, cuando la posó sobre la mesa, se oyó un tintineo. Agarró el cuello largo de la botella y la hizo girar con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Me han dado una comisión de ventas. Quinientos pesos.

—Enhorabuena. Saca esa mierda de aquí.

—¿Qué posibilidades hay de que aparezca la supervisora de la condicional?

Le lancé una mirada severa.

—Las mismas que cualquier otra tarde. Llévatela a la camioneta.

Le recordé que una de las condiciones de que me dejaran salir antes de tiempo era que Charlie Mae podía pasar por casa siempre que quisiera. Casi oía su voz diciendo: «No está permitida la presencia de alcohol ni de ningún otro tipo de sustancia ilegal en el domicilio». Podían devolverme a La Vista por un dedal de vodka con sabor a malvavisco.

Manny movió la mano alrededor del tapón de la botella de tequila como si lo desenroscara. Sin haber roto el sello, sirvió dos chupitos imaginarios. Se lamió el dorso de la mano izquierda y se echó sal.

—Arriba, abajo…

—Estás loco —dije, y me senté con él a la mesa.

La comisión no tenía nada que ver con el deseo que Manny tenía de beber licor real o imaginario. Estaba de un humor nostálgico, evocador, hablaba de nuestros padres y contaba historias de épocas pasadas.

—Tenías un miedo terrible —repitió varias veces.

Hablaba de la vez que me caí del álamo por el que mi padre nos había dicho que no trepáramos: «Un paso en falso y se parten la crisma». Manny había salido corriendo al jardín de delante y se había rajado el talón con una botella rota que alguien había lanzado al césped. Cuando me llevó en brazos adentro, fue dejando huellas ensangrentadas en la madera del suelo mientras yo, mirando por encima del hombro, me fijaba en los charquitos de color rojo brillante. «¿Es de mi crisma?», le pregunté. «No —respondió él—, de la mía».

—Me preocupa Tomi —le dije a mi hermano al cabo de un rato—. Creo que tiene un problema. De lectura.

—Tiene once años y no le gusta leer. Eso es normal.

—Diez —repuse.

—¿Cómo?

—Diez. Que Tomi tiene diez años.

Estudié el rostro de Manny y me pregunté si se parecía a nuestro padre a esa edad. Dos líneas largas se extendían desde los lados de la nariz hasta las comisuras de la boca. Sus ojos oscuros brillaban, pero tenía unas bolsas pronunciadas. Mientras estaba en La Vista, a menudo me lo imaginaba cuando era pequeño, con su cara seria y la mirada

severa, pero para mí nunca fue niño, siempre fue el hermano mayor, el adulto.

—¿Por qué no me visitaban? —le pregunté. Manny bajó la vista y se miró el regazo.

—Natalie no quería ir. Decía que no era bueno para Tomi.

—Pero los necesitaba —respondí en voz baja.

—Yo no quería verte en un sitio como ese. ¿Qué quieres que te diga?

—Que lo sientes.

Manny negó con la cabeza y sirvió otro chupito de mentira. Lo levantó en mi honor.

—Te juro por la vida de nuestros padres que si algún día, en estado de embriaguez, estrellas otro vehículo robado contra un edificio residencial, iré a visitarte a la cárcel.

Yo tragué saliva con intención de calmar el temblor de la garganta.

—Cállate ya, imbécil.

Tomi y yo terminamos *Luna azteca* un miércoles por la tarde. Leímos la última página en voz alta, los dos a la vez, y tras la última frase Tomi me miró emocionado y dijo:

—Nos espera *La nave espacial azteca*. —Se empujó las gafas por el puente de la nariz—. Vamos a la librería ahora mismo.

No me quedaba dinero y, aunque pensé en pedirle ayuda a Manny, sabía que me diría que buscara trabajo.

—¿Por qué no vamos a la biblioteca? Podemos ir en autobús. Todos los trayectos son una aventura.

—Sí, claro —contestó él—, para los pobres.

—Es que yo soy pobre. Y tú tienes diez años. Eso te convierte en pobre por defecto.

El autobús atravesaba una zona del centro donde los nuevos bloques metálicos de apartamentos se proyectaban hacia el horizonte imitando las vistas de las montañas. El tráfico enjambrado tosía bajo la neblina de la ciudad y los jóvenes de aspecto saludable que iban en bicicleta por la calle se cruzaban con los sintecho que se acurrucaban bajo cartones marchitos. Tomi, a mi lado, miraba por la ventana. Cuando nos acercábamos a la biblioteca, se me echó encima como un cachorro a punto de hacerse pis.

—¿Ves esa casa? —me preguntó, y señaló con entusiasmo una vivienda de una planta recién reformada—. Creo que es la casa de Ronald. Donde vive mi madre.

Miré la vivienda e intenté imaginarme a Natalie en un lugar como aquel. No me parecía plausible. Tenía un cuadrado de césped limpio y, en lugar de un álamo ancestral, había árboles jóvenes sujetos con cuerda fina. La casa tenía un garaje para tres carros y una canasta de baloncesto debajo de la bandera estadounidense.

—No creo que viva ahí —le dije—. A tu madre no le gustaría una casa como esa.

Sin embargo, cuando el autobús doblaba la esquina, el Honda de Natalie se detuvo delante de la vivienda, y los dos nos quedamos callados.

En la biblioteca central, nos saludó un guardia de seguridad plantado debajo de una hilera de banderas enormes de Colorado. Era un espacio amplio y fresco, con suelos de mármol. Tomi me daba golpecitos en la tira del bolso mientras yo buscaba *La nave espacial azteca* en la base de datos. Sabíamos por la contracubierta del primer libro que ese volumen incluía un sacrificio en el espacio y ambos teníamos muchas preguntas, como hacia dónde salpica la sangre cuando hay gravedad cero y si los dientes de jaguar y las puntas de obsidiana seguían siendo las armas preferidas. Escribí el nombre del autor en una hoja cuadrada de papel y le dije a Tomi que me siguiera. Fuimos zigzagueando entre los pasillos con la barbilla inclinada hacia arriba hasta que, al final, dimos con nuestra estantería y tuvimos toda la serie de *Intergaláctica azteca* ante nosotros.

—No lo entiendo —dije mirando el papel—. Debería estar aquí.

Tomi saltó para ver más alto.

—¿No está?

—Es justo el que falta.

—Qué lío —se quejó Tomi—. Claro que no está.

Le dio una patada a la librería; se le salió la zapatilla acolchada y dejó el calcetín blanco al descubierto. Fijó sus ojos oscuros en un punto concreto y parecía que buscase en la estantería que estaba a mi espalda, pero no era así.

Me miró a la cara.

—Cole, ¿qué te pasó con el diente?

—¿Perdona?

—El diente. —Toni me señaló la boca—. Mientras leíamos vi que te faltaba. Pero no quise decirte nada. Mi madre dice que no debería fijarme en esas cosas.

La última persona que me había mencionado el diente era el dentista de la cárcel, que me propuso ponerme una prótesis. «¿Por qué no aprovechar el seguro dental gratuito?», había dicho. Me palpé el interior de la boca, el espacio negro que había dejado años atrás el molar desaparecido.

—Me lo tragué. Un día que estampé un carro.

—¿El que robaste?

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Antes bebía mucho, pero ya no soy así.

Tomi volvió la cara hacia un lado e inclinó la cabeza como si de repente comprendiera algo muy importante. Tenía un aspecto ajado, mayor de los años que tenía. Se parecía mucho a Manny.

—Mi madre me dijo que me robaste.

—Sí —me oí responder—. Eso también lo hice.

Busqué en la estantería y todo era una hilera interminable de lomos coloridos. Cuando volví a mirar a Tomi, le había cambiado la expresión y de pronto su mirada oscura parecía ausente.

—Quédate aquí —le pedí—. Voy a preguntárselo a alguien del personal.

Me puse en la cola para hablar con el bibliotecario, un chicano mayor que llevaba un montón de oro colgado del cuello. Tenía pelo de puercoespín, del color de la leña quemada. Cuando por fin llegué al mostrador, me dijo que *La nave espacial azteca* no aparecía por ninguna parte. Entonces se remangó la camisa y me pasó por delante de la cara un libro sin cubierta.

—Este te gustaría más. ¿Lo has leído?

—No sé qué es —respondí.

—Supongo que por lo joven que eres. Es buenísimo, jita.

Me alejé de él y miré por el pasillo donde había dejado a Tomi. Pero

no estaba. Volví a hablar con el bibliotecario.

—Estaba con un niño. Es mi sobrino. ¿Lo ha visto? El hombre se encogió de hombros.

—Ciruelas pasas.

—¿Cómo?

—Igual ha tenido que ir a cagar o algo.

—No, no —respondí nerviosa—. Estaba aquí hace un momento.

El bibliotecario soltó una risa desde la barriga.

—Enseguida vuelvo.

Después de ver cómo se dirigía con calma al mostrador principal, busqué a Tomi en la sección infantil, entre las estanterías de la colección y en el baño vacío de caballeros. «Tomi», repetí una y otra vez, hasta que mi voz se convirtió en un grito frenético. Miré si estaba fuera, cerca de una estatua de latón de unos niños cogidos de la mano, y corrí hasta las mesas de pícnic que había junto al parqueo. Pero Tomi no estaba en ninguna parte. ¿Se había escapado o se lo habían llevado? Me lo imaginé subiéndose con torpeza a la camioneta blanca de algún desconocido que llevase un frasco de regaliz a modo de cebo. Había entrado en pánico y me notaba el pulso en todas las venas del cuerpo.

—¡Tomi! —chillé—. ¡Vuelve, por favor!

El bibliotecario había salido con uno de los guardias de seguridad y ambos habían adoptado la postura rígida del que tiene que dar malas noticias. Me acerqué a ellos, y el bibliotecario me puso la mano derecha en el hombro.

—Malas noticias: Rik cree que lo ha visto salir.

—Salir —repetí—. ¿Hacia dónde?

—¿Cómo lo has perdido?

—¿Qué cómo lo he perdido? Pero ¡si estaba aquí! Se llama Tomi y tiene once años. No, diez. Son diez. Tiene el pelo castaño oscuro y lleva gafas y unas zapatillas enormes. —Noté una especie de hipo en el pecho—. Es demasiado pequeño para estar solo.

El bibliotecario y el guardia de seguridad se miraron. No pintaba bien.

—¿Se te ocurre algún sitio al que podría haber ido? ¿A casa de algún amigo o un parque?

—Es de noche. No sabe nada de nada.

—Señora —me preguntó el guardia—, ¿ha bebido?

—¿En serio?

Me dijo:

—Ya te he visto otras veces. Ya sé cómo son las chicas del Northside.

—Ay, no me digas —protestó el bibliotecario—. No creo que sea para tanto.

La gente que salía de la biblioteca se volvía a mirarnos. Una mujer delgada que llevaba unas mallas de licra y una niña pequeña apoyada en la cadera se dio la vuelta para que su hija mirase hacia la pared de ladrillo. Entonces supe adónde había ido Tomi.

—No era yo —le dije—. Debe de confundirme con otra persona.

Hubo una noche, hace mucho tiempo, en la que no volví de una fiesta conduciendo borracha. Volví en el asiento de atrás de un taxi, maravillada con el montón de cintas de luces verdes y azules que era la ciudad. Tal vez fuera el abotargamiento de la maría o la pesadez de la bebida, pero me sentía sumergida, como si por fin hubiera llegado a la ciudad de verdad, a la planta baja, al lugar donde nacía todo. Le pregunté al taxista cuál era el sitio más raro que había visto de todo Denver, la peor zona. Pensaba que respondería que mi vecindario, antes de que cambiara. Pero no fue así.

—Cherry Hills —dijo—. Todas esas mansiones me dan escalofríos. Es como si todo el barrio, toda la ciudad, hubiera muerto mientras dormía.

Así es cómo me sentía en el nuevo porche blanco de Natalie; solo de ver la camioneta de Manny me daba vergüenza y miedo a partes iguales. Llamé fuerte a la puerta con los nudillos.

Una mujer blanca de mediana edad abrió vestida con ropa de senderismo. Me habló sin quitar la cadena.

—¿Qué desea?

Le dije que buscaba a Natalie. Natalie Morales.

—Me dijo que se llama de otra manera. ¿Durán?

—Sí, ese es su apellido de soltera. ¿Está aquí?

La mujer soltó la cadena de seguridad. Salió de la casa y arrastró

consigo una oleada de calidez.

—Natalie está en la parte de atrás. Ella y Ron alquilan la casa para invitados. —Me indicó un camino de piedra arenisca iluminado por lamparitas a ambos lados—. Qué bien que tenga invitados —continuó con desdén.

Manny y Natalie estaban en la parte de atrás, entre las dos casas, gritándose de manera cortante por encima de la hierba oscura. Tomi se había sentado en una silla de plástico a la entrada de la casa de invitados, y a su lado había un tipo blanco y desgarbado que supervisaba el altercado mirando como un búho de mierda.

«Ronald —pensé—. Menudo partido».

Cuando Tomi me vio, se quitó las gafas y se las puso encima de las piernas. Natalie se volvió de golpe como un tiburón y la melena larga, que se había aclarado para que tuviera el color del caramelo, ondeó en el jardín. Se me plantó delante y me pareció pequeña y ridícula con ese pelo tan claro. También había perdido peso, como si llevara el esqueleto por encima de la piel.

—¡Con ella! —le gritó Natalie a Manny, y me señaló—. Dejas a Tomi con una expresidiaria cualquiera. —Entonces me miró con los ojos encendidos de rabia—. Nicole, eres un pedazo de mierda que no vale para nada. No vuelvas a llevar a mi hijo a ninguna parte.

Me eché a reír.

—¿Adónde quieres que lo lleve? ¿A verte a ti?

A nuestra espalda, las luces de la casa grande se encendieron y se oyó un ruido que parecía alguien tropezando por una escalera. Ronald le dio un trago a la botella que tenía en un enfriador individual.

—Nena, nena, hay que ser más respetuosos con Shauna —le dijo.

Yo miré a Natalie.

—¿Te marchaste para vivir con ese feo que huele a hurón?

Natalie se acercó y me asestó un puñetazo en la boca. Me salió un chorro de sangre del labio inferior. Me limpié el líquido rojo con las manos mientras buscaba algún sitio donde escupir el sabor a hierro. Entonces vi el huerto de hierbas aromáticas que había plantado bien ordenado bajo un toldo traslúcido. Me acerqué, aparté la cubierta de plástico de una patada y tosí sangre por todo el romero seco.

—¡Le has pegado! —oí que gritaba Tomi.

Lo miré y vi lo asustado y triste que estaba, lo pequeño que era. Se había vuelto a poner las gafas, que le ampliaban los ojos marrones. Se tiraba de las manos por delante de la barriga. Al instante me sentí peor por estar allí. ¿Qué clase de personas éramos? Tomi había visto a su tía pelearse con su madre en el jardín de la casa para invitados que compartía con un imbécil que tenía fundas de neopreno para las cervezas. Su padre estaba a un lado, avergonzado, cara a cara con el nuevo novio blanco de su esposa.

—Si me tocas —chilló Natalie—, llamo a la policía y te meterán otra vez donde te mereces estar.

—Nos vamos —dijo Manny.

Se acercó a Tomi a grandes zancadas y lo agarró del antebrazo.

Cuando íbamos hacia la camioneta, Manny se volvió y le pidió las almohadas con toda la educación que pudo. Natalie no le hizo caso y le cerró la puerta en las narices. En ese momento me dio lástima. Sabía que se avergonzaba de sí misma y que llevaba así toda la vida. Siempre se sentiría como la típica chica de piel oscura del Northside que había tenido un bebé a los diecisiete años y vivía en la casa decrépita de su marido. Me acordé de una cosa que mi padre siempre decía en español: «Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza».

Una vez en casa, Tomi corrió a su dormitorio, mientras que Manny fue a la cocina y llenó un vaso de agua. Me lo dio, se sentó a la mesa y me hizo un gesto para que también tomara asiento.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Nada, ha ido caminando hasta allí —me explicó Manny—. Supongo que echa de menos a su mamá.

—¿Ha pasado miedo? ¿Se ha perdido?

—Está bien, pero no vuelvas a hacer algo así. Tienes que vigilarlo mejor.

Le conté que había sido un accidente, que Tomi se había marchado por su cuenta. Pero cuanto más hablaba, más familiar y dolorosa me resultaba mi voz, como si fuera una grabación de años antes.

Callé y escuché los ruidos de la casa. La nevera emitía un zumbido. Los tablones del suelo crujían. La casa parecía un anciano con tos por culpa de la humedad.

—Creo que me pasa algo —admití.

—Tienes los reflejos un poco oxidados. La próxima vez, agáchate.

—No, me refiero como persona.

No fui capaz de reprimir las lágrimas, que me fluyeron por la nariz y me escocieron en la brecha del labio.

—Siempre la cago. Siempre le hago daño a mi familia.

Manny miró a su alrededor buscando servilletas, pero no encontró ninguna. Con dedos ágiles, se desabotonó la camisa de franela y me la puso entre las manos.

—Sécate la cara. No te pasa nada malo. Y nunca te ha pasado.

Se levantó de la silla y empezó a subir la escalera con la espalda encorvada y un aspecto demasiado delgado ahora que llevaba solo la camiseta blanca de tirantes.

—Mañana te ayudaré a buscar trabajo. Nos pondremos a primera hora, así que despiértate pronto —dijo, y bajó la voz—. Siento mucho no haber ido a verte, Cole.

—Gracias, hermano.

—Estás mucho mejor que antes. Muchísimo mejor.

Cuando subió arriba a acostarse, la casa quedó en silencio. Yo estuve un buen rato sentada a la mesa pensando en muchas cosas: en mi madre y en mi padre, en mi hermano y yo cuando éramos pequeños, en lo negro que él tenía antes el pelo, en lo poco que había cambiado nuestro hogar. Los suelos antiguos de roble, la extraña cualidad polvorienta del aire, el revoloteo de las cortinas verdes y la suavidad de la noche. Esa casa era todo lo que teníamos.

Al cabo de varios minutos, bajé al sótano, me acosté en el sofá cama y, sin hacer ruido, con la cara hundida en la chaqueta, volví a llorar. Poco después, alguien abrió la puerta del sótano. Bajó deprisa sin encender las luces, y supe que era Tomi.

Se sentó al borde del sofá cama, cerca de los pies. No dijo nada, y a mí tampoco me hacía falta. Era una sensación que recordaba de cuando era niña, la de tener a alguien a quien quieres sentado a los pies de la cama, después de contarte un cuento, cuando no queda nada que decir. Escuché a Tomi mientras respiraba, pulmones pequeños, nariz tapada. Cogió aire un par de veces como si quisiera decir algo, pero siguió callado. Entonces noté que el peso se retiraba del colchón

poco a poco; sin embargo, antes de subir, Tomi dio media vuelta y me dejó algo al lado de la cara. Escudriñé en la oscuridad. Una almohada.

—¿Las tenías tú desde el principio? —le pregunté.

Tomi se detuvo en mitad de la escalera. Miró por encima del hombro y las lentes de las gafas reflejaron la poca luz que había entre nosotros.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Necesitas otra?

Un poco más hacia el oeste

Crecí con mi madre y mi abuela en una casa de adobe en Saguarita, Colorado. Éramos solo nosotras tres, nunca hubo ningún hombre. Mi madre decía que su padre había muerto a manos de un loco por culpa de un reloj de oro, pero más adelante mi abuela mencionó que las únicas manos que lo habían matado habían sido las suyas propias. En cuanto a mi padre, un día salió con mi madre y la llevó a un autocine de Alonzo Lane. «Y tú, mi amor —me diría mi abuela años más tarde—, eres la razón por la que las chicas buenas no se suben a los carros de los chicos».

Era una mujer menuda y sombría, mi abuela. Tenía un huerto de hierbas aromáticas en el jardín, colgaba la ropa lavada en alambres y de vez en cuando le retorcía el pescuezo a un pollo con un giro elegante de la muñeca. Todas las mañanas de su vida despertaba exhausta. «Maldita sea, estoy demasiado vieja para criar niños —decía—. Y no me refiero a ti, Neva». Hablaba de mi madre, Desiree Leticia Córdova, que toda la vida había tenido problemas con la bebida y las drogas y con ese montón de hombres que no valían para nada. Con veintipocos años bailaba en un club de estriptis en las afueras de la ciudad que se llamaba Wishes. Cumplidos los treinta, durante la pequeña parte de esa década que alcanzó a vivir, me arrancó de Saguarita y nos fuimos a vivir a California aprovechando uno de los descansos extáticos que le daba su tristeza perpetua. Esos respiros eran escasos pero potentes y le conferían la fuerza de diez mujeres que no necesitan dormir y viven para satisfacer sus caprichos.

Yo tenía doce años cuando una tarde, antes de irse a trabajar, mi madre me llamó a su habitación. Iba dando traspiés mientras buscaba un biquini dorado; tenía la radio puesta en una emisora de música pop de los cincuenta y el aire apestaba a las tenacillas para el pelo. Después de desenterrar el biquini de un montón de ropa arrugada en

el suelo, se recogió la camiseta de tirantes y se puso maquillaje en la cicatriz de la cesárea. El tajo rojo desapareció poco a poco, y ella se observó en el espejo polvoriento del tocador.

—Esta ciudad es un agujero negro —me dijo—. Aquí no tenemos suficientes oportunidades. Pero estoy planeando algo grande. Estoy pensando en San Diego y en todo ese sol.

Nos marchamos dos meses después. Mi madre convenció a un vaquero de pelo blanco que trabajaba en el sector petrolero para que le diera dos mil dólares. Según decía, para él el dinero no era nada porque tenía más que Dios. Mi abuela opinaba que eso era una patraña. «El dinero viene con cadenas», me explicó. Yo me imaginaba unos hombres bigotudos con sombrero de vaquero que agitaban unos brazos hechos de eslabones de acero. No quería marcharme de casa, pero sabía que, si me quedaba con mi abuela en Saguarita, mi madre no tendría nada más que esas cadenas.

El día que nos marchamos, cargué el carro a medida que mi madre me pasaba el equipaje y los suministros: libros de cocina, chubasqueros, pilas, bolsas de papas fritas. A través de la niebla de primera hora de la mañana, vi nuestra casa anclada a la tierra, una pequeña inclinación sobre las matas de gramíneas, delante de las montañas de zafiro. Mientras el sol despuntaba por todo el paisaje, mi abuela salió afuera con un delantal acolchado y zapatillas de color rosa. Llevaba en la mano una taza de té y las volutas del vapor le llegaban casi hasta la mandíbula. Nos miró con los ojos entornados.

—Va a llover por el camino. Si cae con fuerza, para en el arcén.

—Como si no lo supiera, mamá —contestó mi madre.

Mi abuela me miró.

—Cuídala. Y por el amor de Dios, Desiree, cuídate tú también.

Eula Court se curvaba como la aleta de un tiburón entre dos barrancos verdes llenos de basura. Pasamos por delante de un arcoíris de hileras de casas, hasta que mi madre parqueó delante de una vivienda cuadrada del color de los rayos del sol con detalles blancos. Se miró en el espejo retrovisor y, con una servilleta, se secó la frente ancha, el escote pronunciado. Se puso brillo de labios. Se colocó bien los tirantes.

—¿Aquí es donde vamos a vivir? —pregunté señalando con el índice.

—En el número dos —contestó—. El sitio de atrás. Es una cochera.

Seguí a mi madre hasta la casa principal, donde llamó al timbre y también con los nudillos, pero flojo. Desde atrás, se le notaban los huesos de los hombros, huesos serrados como si se le hubiera hecho añicos el esqueleto y alguien se lo hubiera recompuesto con cola y a toda prisa. Cuando un hombre de voz aguda nos abrió la puerta y nos hizo pasar, la espalda de mi madre desapareció en la penumbra del interior. En el salón solo había un sofá de cuero negro y un televisor. El joven, que llevaba chanclas y un collar de conchas, se plantó delante de nosotras con su pelo castaño y lacio peinado a la manera que las niñas de mi viejo colegio habrían descrito como fresco y perezoso. Se presentó y dijo que era Casey, el casero.

—Espero que el viaje no haya sido pesado, señoritas —dijo apuntando la barbilla hacia arriba—. Este sitio les va a encantar.

Casey nos ayudó a descargar el carro. Se movía con un entusiasmo descoordinado. Nos explicó que la cochera era muy parecida a su casa, pero en miniatura. Después de señalarnos la cocina de gas y el calentador y de demostrar la vibración que podíamos sentir cuando se abriera o se cerrase la puerta del garaje de la planta baja, se palpó los bolsillos de las bermudas de camuflaje y sacó dos juegos de llaves.

—No las pierdan. Tendría que cobrarles un millón de pesos.

Mi madre se rio y le pasó la mano por el hombro.

—Debes de tener los cerrojos más difíciles de forzar de toda California.

—Pues sí. Aunque casi nunca cierro la puerta con llave. Cuando nos preguntó si necesitábamos algo más, mi madre contestó que todo estaba bien y le dio las gracias. Lo miró mientras regresaba a la casa principal. Entre las dos viviendas había un patio pequeño con césped donde las ventanas ensombrecidas de la parte de atrás de su casa se enfrentaban a las de nuestra fachada soleada.

—Me cae bien —dijo mi madre al cabo de un rato—. Parece de fiar.

La casa del garaje no tenía nada que ver con la casa de Saguarita. Había palmeras e hibiscos pegados a la puerta, que se abría a unos

escalones de cemento con una barandilla de hierro blanco que bajaba hasta el jardín de Casey. La cocina, las encimeras y los azulejos eran de color verde aguacate. Mi dormitorio era un espacio diminuto de color blanco roto, mientras que la habitación de mi madre era grande y espaciosa, y tenía una cama de metro cincuenta justo en medio, debajo del ventilador del techo. Los vestidos de encaje de las tiendas de segunda mano colgaban en el armario, mientras que la bisutería de plástico, de la pared con chinchetas. Los perfumes, avainillados y de especias, florales y orientales, estaban expuestos en el tocador. Dejaba las ventanas siempre abiertas y por ellas entraba la luz intensa del sol y el olor de la ciudad: salitre lejano, el humo de los tubos de escape, hamburguesas del In-N-Out.

—Por el amor de Dios —me decía mi abuela por teléfono—, menudo paraíso de mentira.

Enseguida quedó claro que mi madre necesitaba un trabajo, ya que solo tenía dinero para cubrir los gastos de la mudanza y los dos primeros meses del alquiler. Como mi abuela no estaba allí para quedarse conmigo por las noches, mi madre dejó de bailar. Le daba igual, me aseguraba; tenía ganas de hacer otras cosas. La mayoría de los días, antes y después de clase, me la encontraba en la cocina, marcando con aire frenético los anuncios de empleo del periódico. Se ponía de pie delante de la encimera con el bolígrafo en la mano y una pierna levantada hacia atrás, como un flamenco. «Creo que esto lo puedo hacer», decía, y señalaba un anuncio en el que pedían clientes de incógnito o gente que paseara perros. En la tele yo veía anuncios de cursos de higienista dental y masaje terapéutico. Cuando le sugería que hiciese algo así, mi madre siempre se reía. «No tenemos dinero para estudios, jita. Además, no se me dan bien».

A pesar de que la posibilidad de que consiguiera un empleo decente y bien pagado parecía remota, nunca dejó entrever que tuviéramos que preocuparnos por el alquiler o la comida. Ni por una tarta de cumpleaños.

En noviembre cumplí trece años.

—Para mí lo eres todo, mi vida —me dijo mi madre mientras empujaba el carro por la tienda de alimentación.

Llevaba un bolso grande colgado del hombro y unas sandalias de plataforma sucias. Se le había corrido la raya negra del párpado, y yo me temía que había estado llorando. Por la mañana, me había dado una caja de zapatos; dentro había una hoja de papel blanco en la que había escrito: «Cuando tenga trabajo, esto será lo que tú quieras. Con amor, mamá». Yo llevaba la nota en el bolsillo y el carrito chirriaba y repiqueteaba por los pasillos. De los altavoces del techo salía música pop de los sesenta. Mi madre mecía las caderas al compás y solo paraba para enseñarme distintos artículos: galletas Milano, cortes de helado, pastel de tres leches.

—¿Quieres? —me preguntaba.

Una mujer blanca que pasó por nuestro lado con unas sandalias brillantes nos miró. Yo respondí en voz baja.

—Mamá, no nos llega para eso.

—Vamos, Neva. Pide lo que quieras: hoy es tu día. —Me agitó una caja de galletas Nutter Butters en la cara—. Son tus favoritas.

Yo negué con la cabeza.

—No podemos.

Mi madre me dio un beso en la frente y me dejó la sensación cerosa del pintalabios de color melocotón. Me volví mientras ella metía las galletas de manteca de cacahuete en el carro. Recorrió los pasillos y fue echando más cosas: magdalenas, velas aromáticas, aguacates, aceitunas, guindas. Al cabo de un rato, mi madre escondió el carro detrás de una pirámide de latas de refresco, abrió la cremallera del bolso y este se lo tragó todo como si fuera una boca hambrienta e insaciable. Cuando acabó, lo único que quedaba en el carro eran las galletas Nutter Butters y un frasco de mayonesa. Mi madre hacía pompas de chicle mientras la cajera le cobraba los siete dólares con treinta y cuatro centavos. Le entregó un billete sobado de diez dólares que se había sacado del sujetador. Mientras tanto yo miraba el suelo, mis sandalias de goma, la mugre de las grietas del cemento pulido, la inmaculada laca de uñas azul de mi madre. Entonces vi unas chanclas. Casey estaba detrás de nosotras con una cesta llena de humus y huevos.

—Parece que van a hacer una fiesta —dijo mientras se fijaba en las galletas y la mayonesa.

Mi madre se volvió y alegró la mirada con una sonrisa.

—Pues sí. Hoy Neva cumple trece años. Vamos al parque Balboa a celebrarlo.

—Bienvenida a la adolescencia, chiquita.

Casey sostuvo los dedos por encima de la selección de chocolatinas que había junto a la caja y dijo que estaba viendo cuál le daba vibraciones. Lanzó un paquete de M&M's a la cinta negra, junto con el humus y los huevos.

—Felicidades, Neva. Espero que te gusten los de cacahuetes.

—Me dan alergia —mentí.

Mi madre me dio un toque con el bolso.

—Si no tienes nada que hacer, podrías venir con nosotras. Nos sentamos los tres en el césped sobre una manta mexicana, cerca de un estanque de carpas koi, en el extremo este del parque Balboa. Mi madre sacó la comida robada, y si Casey era consciente de que no habíamos pagado por ella, no dijo nada. Se tumbó con los brazos cruzados debajo de la cabeza, la mirada de ojos verdes nublada y la sonrisa de dientes blanqueados ligeramente torcida. Con mi madre acurrucada a su lado, nos habló de accidentes de surf, de terremotos desoladores y de pasar toda la noche en la playa, alrededor de una hoguera. Mi madre le contó que le encantaba el mar y que de pequeña soñaba con las criaturas brillantes de las profundidades. Cuando el sol empezó a bajar, una brisa cálida rizó la superficie del estanque y los dos me cantaron «Cumpleaños feliz». Soplé una vela robada clavada en una magdalena también robada, sin dejar de preocuparme por que algún desconocido pensase que éramos una familia.

Casey no trabajaba; a duras penas era capaz de arreglarnos los desagües cuando se atascaban con marañas de pelo negro. Más que nada, cobraba el alquiler de las diferentes propiedades que sus padres le habían regalado cerca de la frontera y también más hacia el interior, en esos vecindarios que no llegué a ver. Todas las mañanas corría por la orilla del Pacífico atravesando la niebla de película de terror que envolvía la ciudad. Cuando regresaba a casa, se duchaba y llamaba a nuestra puerta, flirteaba con mi madre apoyado en el quicio. El cielo, a su espalda, era de un blanco cegador. A mediados de octubre nos

arregló el precio del alquiler, y llegado noviembre ya no había alquiler que pagar.

El Día de Acción de Gracias, un día en el que las montañas de Saguarita se blanqueaban con la nieve, nuestro jardín de California era una erupción de fucsias y hojas de palmera laberínticas. Me alegré de no tener que ir a clase. A pesar de que me llevaba bien con unas cuantas chicas que, a la hora de comer, leían revistas para adolescentes como *Teen Beat* y *YM*, en general no me relacionaba mucho. Tal vez ese sea el motivo de que la profesora siempre me llamase Natalie o María: cualquier cosa menos mi nombre. Cuando se lo conté a mi abuela por teléfono, gruñó molesta.

—¿Y tu mamá ha encontrado trabajo?

No le dije que ya no lo buscaba. Que no hacía gran cosa, aparte de pasar el rato con Casey.

Un viernes por la tarde a principios de diciembre, volvía de la escuela caminando y cuando ya llegaba los oí discutiendo en la casa grande. Las ventanas estaban abiertas y el ruido del rock clásico y de los gritos de mi madre se vertían a la calle.

—Hicimos un trato, nos lo prometiste —repetía ella—. Tendré que volver a bailar.

Un grupo de chicos de mi escuela de secundaria pasaban por nuestra calle hacia uno de los barrancos llenos de basura, de camino a su casa. Dos de ellos se rieron, les dieron palmaditas en la espalda a los demás y les hicieron un gesto para que escuchasen. Yo solté la mochila en la acera.

—Eh, imbéciles —les grité—. Métanse en sus propios asuntos.

Los chicos se volvieron hacia mí. Parpadearon, arrugaron las narices. Uno de ellos habló moviendo los labios: «Pero ¿qué…?». Levantó la mano derecha y me enseñó una Game Boy de color naranja, chillona como una bengala. No escuchaban a mi madre y a Casey: intentaban conseguir un récord de puntuación. Con las mejillas ardiendo, di la vuelta a la manzana tres veces antes de entrar en casa.

Cuando llegué, Casey salió al porche de su casa con las gafas de sol puestas y una toalla de playa colgada del hombro. Mi madre emergió de la oscuridad de la casa detrás de él y le deslizó el brazo por encima del hombro.

—¿Quieres venir a Mission Beach con nosotros? —me preguntó—. Hay una montaña rusa.

Era evidente que estaban borrachos o fumados, o puede que las dos cosas. Mi madre me preguntó de nuevo si quería ir. Salió afuera y se arrodilló a mi lado. Me acarició el cuello con las uñas largas y sentí una oleada cálida en la columna.

—Ven, por favor —me pidió—. Y te compro una cometa. A todo el mundo le gustan las cometas.

En Mission Beach, Casey me compró una torta de masa de buñuelo frita y me dio monedas para jugar a las máquinas recreativas de las de antes. Paseamos por el muelle elevado y mi madre compró una cometa con el mango de plástico. La echó a volar antes de dármela, y la cometa se elevó, cayó al instante y se enredó debajo de la plataforma. La dejé colgando sobre la espuma de las olas. En el paseo marítimo, hicimos cola para la montaña rusa, y Casey le metía la mano a mi madre en el bolsillo de atrás. Ella se reía y se acurrucaba junto a él. Subimos a la atracción antes de que anocheciera. Yo estaba detrás de ellos y me maravillaba que ambos dieran sacudidas un poco exageradas y un poco tarde cada vez que el carro giraba.

Ese domingo, mi madre durmió hasta la tarde. Mientras ella estaba en la cama, yo leí una novela de misterio en el suelo del salón. Había unos niños que eran experimentos fallidos: tenían alas rotas y rayos X en los ojos, y sus padres eran científicos locos. Acabé el libro justo antes de que la habitación pasara de la penumbra de la tarde a la oscuridad de la noche en cuestión de varios minutos prolongados. Entonces intenté despertar a mi madre; primero con unas sacudidas y después con algo de comer. En la cocina de gas, calenté unas tortillas de harina, las cubrí de mantequilla y azúcar y se las llevé. Ella soltó unos ronquidos húmedos y se volvió hacia el otro lado. Me comí las tortillas yo sola y luego me acurruqué a su lado. Más tarde, cuando se despertó, le pregunté qué pasaba.

—Todo sigue igual —me dijo—. No cambia nada. Me hace sentir como si me hubiera muerto.

—Es que hoy estás triste, mamá. Nada más. Mañana te sentirás mejor.

La abracé y, al cabo de un silencio largo, le pedí:

—¿Me cuentas alguna historia?

—¿Sobre qué, Neva? Ya te las sabes todas.

—Una sobre mí. ¿Cómo fue el día que nací?

Mi madre hizo un sonido gutural y se acomodó. Le cogí la mano y entrelacé los dedos con los suyos, finos y lacios como el encaje.

—Ese día nevaba. Estaba muy cansada y la abuela también. Me hicieron un corte para sacarte porque tardabas horas y horas en salir.

Metió las manos, la suya y la mía, debajo de las sábanas y las mantas, y las llevó hasta la cicatriz de la cesárea.

—Aquí. Saliste por aquí. Y no parabas de llorar. Los médicos me dijeron que llorabas tanto que no volverías a llorar nunca más. Y tenían razón, porque tú no lloras, Neva. Eres muy fuerte.

Hizo una pausa y las dos nos quedamos calladas.

—Ahora tú —dijo con un tono esperanzado—. Cuéntame tú una historia.

Yo no tenía ni idea de qué decir: todas mis historias eran las suyas. Pensé en las cosas que sabía y que quería que ella también supiera, como lo mucho que odiaba California, lo poco que sabía de Casey y lo mucho que lo despreciaba. En cambio, le dije lo siguiente:

—¿Sabías que las palmeras de este jardín y de todo este vecindario no son de San Diego? Ni siquiera son de California. Lo hemos aprendido en clase. No pertenecen a esta zona, pero alguien pensó que quedarían bien.

—Pues no —respondió mi madre—, no lo sabía.

Entonces dejó de hablar y se quedó dormida. Yo me habría quedado allí con ella para siempre de no ser porque, una hora más tarde, Casey pasó por casa y nos invitó a cenar.

Cuando le conté a mi abuela que mi madre tenía un novio nuevo y que se quedaba en la cama hasta que se hacía de noche, quiso que volviéramos a casa de inmediato. Empezó a llamar a mi madre todos los días para hacerla entrar en razón. Le aseguraba que aquello no era bueno para mí, que yo necesitaba organización y una familia. Que mi madre debería ir a misa con frecuencia, confesarse. Cuando mi madre dejó de contestar a sus llamadas, mi abuela empezó a enviar cartas dirigidas a Desiree Leticia, escritas con letra elegante y temblorosa.

Aunque no tenía dinero para un billete de avión y era demasiado vieja para conducir ni un poco más hacia el oeste, mi abuela se encargó de que notásemos su presencia. En una de sus cartas, le suplicaba a mi madre que se acordase de su padre: «Él dejó que el mundo lo derrotara, que lo destrozase —escribía—. Permitió que el mundo se saciara con su tristeza».

Una semana antes de Navidad, Casey y mi madre estaban comiendo semillas de girasol en la playa y pasándose una botella de whisky. Le daban tragos largos y languidecían el uno sobre el otro, indolentes y eufóricos. Estábamos cerca del muelle elevado de madera, el mar había blanqueado la parte inferior. Había surferos con trajes de neopreno corriendo bajo los pilones de madera con la tabla en la mano. Los mayores tenían viejos tatuajes azulados en la espalda y salitre en el pelo. El rugido del viento era salvaje.

—Neva —dijo Casey—. Significa nieve, ¿no? En latín o algo así.

Yo me encogí de hombros y enterré la mano en el frescor de la arena.

—Claro que sí —respondió mi madre—. Lo escogió su abuela. Cuando nació, había una tormenta de nieve. Si hubiéramos vivido aquí, quizá la habríamos llamado Sol o Clara.

Mi madre se rio y le salió una semilla volando de la boca.

—Me gusta —contestó Casey—. Es diferente. ¿Te gusta la playa, Neva?

Le dije que no estaba mal.

—Eso no es verdad —me espetó mi madre—. La playa te encanta. —Se volvió hacia Casey—. Cuando llegamos, no había manera de sacarla de la orilla. No paraba de salpicar y de dar gritos cuando las olas le tocaban los deditos de los pies.

Casey se rio.

—¿Qué les parece si el día de Nochebuena hacemos un viaje por la costa? En Solana hay un motel pegado a la playa. Un amigo mío puede conseguirnos un barco a buen precio. Como aquí ustedes no tienen familia y mis padres están en Florida, he pensado que podríamos ir todos juntos.

Mi madre se dejó caer sobre él y le plantó un beso más o menos en

la boca.

—Parece un plan perfecto, cariño.

Casey me dio un empujoncito con el hombro.

—Vamos, chiquita. Invito yo.

Me levanté de la manta y me dirigí a la orilla.

—Ve con cuidado —oí que gritaba mi madre—, que estará helada.

No había división entre el océano y el cielo. Las gaviotas blancas, a la sombra de las nubes, parecían negras. Me bajé la cremallera de la chaqueta y me remangué los jeans hasta las rodillas. Aunque la arena era irregular y fina y el agua estaba turbia, caminé al frente hasta que se me empaparon las piernas. Quemaba solo durante un momento, después se me entumecía la piel. En la escuela nos habían enseñado que, tiempo atrás, todo el desierto del suroeste había estado bajo el agua. Por todas partes no había más que un mar somero. A veces mi madre me decía que tenía la sensación de ahogarse. Soñaba que despertaba muerta, soñaba que dormía para siempre. Pero ¿y yo? Se lo había preguntado más de una vez y ella siempre respondía que yo tenía suerte. Tenía suerte porque sabía nadar. Mientras avanzaba contra las olas, mi madre y Casey seguían en la playa con las piernas entrelazadas como cuatro eslabones pálidos de la misma reja. Uno de los surferos pasó por mi lado y me gritó que volviera a la orilla.

Me planté junto a la manta, de pie junto a mi madre y a Casey. Había salido el sol, y mi sombra les tapaba la cara.

—Tenías razón, mamá —admití—. Está helada.

—Serán unas Navidades geniales —me dijo mi madre mientras llenaba cuatro bolsas para una estancia de una noche en Solana Beach —. Seguro que será la mejor Navidad hasta la fecha.

Estaba de pie delante del armario, seleccionando vestidos de verano, a pesar de que era pleno invierno. Sandalias de cuña, sandalias de corcho y sombreros de ala ancha. Yo me había tumbado encima de la colcha y me fijaba en cómo la oscuridad se la tragaba cada vez que rebuscaba en el armario. Se volvió con los brazos cargados de trajes de baño y me pidió que escogiera uno. Le señalé un biquini de lunares rojos. Mi madre se bajó las pantis por debajo de la camiseta para cambiarse delante de mí; se puso la parte de abajo del biquini, se ató

los tirantes de la parte de arriba y se volvió hacia mí con aire avergonzado, tapándose el vientre con el brazo izquierdo.

—¿Este? —me preguntó—. ¿No me hace gorda?

—Claro que no, mamá.

Aunque tenía el cuerpo tonificado y esbelto, legado de sus años de bailarina, en la naturaleza la iluminación no te ocultaba los defectos como en los clubes. Solo había el sol y su brillo incesante. Mi madre me lo recordó mientras hacía una pirueta, toda ella melena negra y brazos abiertos.

—¿Y la cicatriz?

—Te la he visto mil veces.

—Pero Casey no. No se la dejo ver a la luz.

—¿Qué más da? —sugerí.

Mi madre me hizo escoger otro bañador. Al final, se quedó uno de una pieza, todo blanco con las caderas a la vista. Entonces volvió a desaparecer en el armario y emergió de él con una caja pequeña de madera. Me la puso delante y me animó a abrirla. Yo abrí el cierre de latón con delicadeza, pero mi madre se echó a reír y me cogió la mano.

—No hace falta que tengas tanto cuidado, cariño. Lo especial no es la caja.

Dentro había una pulsera de colgantes, pero solo tenía tres: un sonajero, un pollo y un guardapelo. Mi madre me la puso en la muñeca y la hizo girar. La paró donde el guardapelo.

—Cuando tenías dos años, tuviste una fiebre muy mala —me contó —. Estabas tan caliente que casi no podía ni tocarte. —Abrió el guardapelo y descubrí dos mechones de pelo negro—. La abuela dijo que, si no te la bajábamos, morirías. Así que te daba baños fríos. Y tú no lloraste ni una vez, nada más tiritabas sentada en la bañera. Recé toda la noche y por la mañana, de repente, estabas mejor. Tranquila y sonriente y con la temperatura correcta. ¿Sabes lo que hice?

—No —contesté—. No me acuerdo.

Mi madre me dio un beso en la cabeza.

—Te corté un mechón de pelo. El pelo de la fiebre, lo llamé. Lo metí en este guardapelo con un mechón mío. No sé por qué, pero me pone contenta que estemos juntas, así.

Sentí el peso de la pulsera en la muñeca. Pensé en lo extraño que debía de ser tocar a alguien con una fiebre tan alta que no la puedes sostener en brazos. Nunca había notado nada por el estilo y me pregunté si alguna vez lo haría.

Por la noche, navegando entre la vigilia y los sueños, tenía la mente llena de un ruido blanco como de televisor o una nevada. Imaginaba risas de las que se oyen al pasar por un parque infantil en el que los niños aprovechan todos los objetos, le pegan a la reja con un palo o se llevan un pie a la oreja para llamar a casa. Vi flores vistosas, naranjos y limoneros, y jardines de rocas volcánicas que me parecían bonitos en lugar de extraños por ser Navidad. Me imaginé que Casey nos llevaba a Solana Beach en carro y que íbamos a toda velocidad por la costa escarpada, viendo casas de cristal que valían varios millones de dólares. Noté la neblina salina de los acantilados de La Jolla y oí el ladrido de las enormes focas. Pensé en mi madre. Pensé en hacer la siesta a su lado en una gran cama de motel, delante de una ventana que se abría al mar.

Sin embargo, Casey no vino a por nosotras y, aunque a mí no me sorprendió, mi madre pasó por varias fases de incredulidad. Se sentó muy quieta en la cocina a beberse los restos de vodka que encontró en el congelador. ¿Podía ser que estuviese enfermo? ¿Había tenido un accidente? ¿Necesitaba ayuda? Se fumó un paquete de Marlboro Light sin molestarse en abrir las ventanas. Le salió una línea entre las cejas que era difícil de interpretar bajo la nube baja de humo. Cuando por fin se dio cuenta de que él no aparecería, lo llamó de todo y fue encadenando insultos como en un tren infinito de inútiles, hijos de puta e imbéciles.

—Es mala persona —dijo convencida con el último cigarrillo sujeto entre dos dedos, pegado a la sien—. Otro mierda.

Intenté detenerla cuando se abalanzó escalones abajo hacia la casa principal. Iba a destruir algo: a ella misma, u otra cosa. La contemplé asombrada mientras montaba en cólera con la misma facilidad con la que se había puesto el bañador. Aporreó las ventanas con los puños y le tiró piedras al buzón. Le lanzó barro a la puerta. Cuando acabó, tenía las uñas rotas y llenas de tierra, y no quedaba mucho que hacer,

aparte de sentarse a la puerta y contemplar las luces de Navidad que iban encendiéndose una a una por toda la calle. Al cabo de un rato, mi madre se echó a llorar; al principio sin hacer ruido, pero después sollozaba desconsolada. De espaldas a mí, la silueta serrada de sus omoplatos temblaba. Me arrodillé a su lado, le cogí la cara entre las manos y me la acerqué. Sus lágrimas nos mojaron el pelo a ambas.

—¿Te echas una siesta conmigo, cariño? —me pidió.

Respondí que sí. La levanté del escalón de casa.

Se tumbó a mi lado en la cama. Hacía calor, a pesar de que las ventanas estaban abiertas y el ventilador giraba deprisa. Cuando a mi madre se le puso la espalda pegajosa del sudor, tiré las sábanas al suelo. Ella apretó los párpados, movió las pestañas.

—Creo que ya no hay nada que hacer aquí, Neva. Creo que lo mejor será volver a casa.

A las cuatro de la mañana, una fuerte vibración sacudió la cama. Era la puerta del garaje al abrirse. Casey había vuelto. Mi madre se despertó e hizo un ruido como si cogiera mucho aire. Corrió a buscarlo al jardín, y por la ventana los vi pelearse: algo de una rueda pinchada, la rueda pinchada de un amigo, propiedades difíciles en la frontera. A mi madre le caía el pelo delante de la cara y le cubría los ojos. El camisón era transparente y debajo de la tela fina no llevaba nada. Mientras hablaba con Casey, se tapaba la tripa para ocultar la cicatriz del vientre. Entonces volví a la cama y los oí discutir hasta que mi madre volvió a casa poco antes del amanecer. Cogió el gel facial del baño y se asomó a mi habitación. Nos miramos.

—No te preocupes —dijo sin aliento—. Ya no estoy triste.

Dio media vuelta, salió al pasillo y cerró la puerta de la vivienda antes de irse a la de Casey.

El día de Navidad, me desperté soñando con la nieve. Cuando vivíamos en Saguarita, yo corría al salón a darle un abrazo a mi madre, un beso a mi abuela y a abrir el calcetín lleno de regalos prácticos. De esos que nadie quiere, pero que todos necesitamos: calcetines, ropa interior, seda dental, bálsamo labial. Fui a la habitación de mi madre y abrí el armario. Pegué la cara a sus cosas. Mejilla con manga, labios con cuello, nariz con algodón. Me dejé caer

sobre chaquetas y blusas, vestidos y faldas. Respiré hondo y olí mil especias diferentes, todas dulces.

Fuera había una niebla pegada al suelo que humedecía el asfalto y la hierba. Encontré a mi madre cargando el carro, encorvada delante del maletero con un vestido blanco, un sombrero de paja y un par de trenzas que le caían por los hombros. Me saludó cuando salí descalza al camino de cemento que llevaba a la calle desde nuestra casa. El cielo era todo nubes y una línea prominente: la estela de un avión que volaba hacia el este. Mi madre cerró el maletero de golpe y se volvió hacia mí. Sus ojos eran un par de pozas negras y grandes, y tenía la cara fresca como el rocío, rejuvenecida, justo como la tenía el día que llegamos a California.

—Vamos, date prisa —me mandó—. Coge tus cosas.

—¿Adónde vamos? —pregunté—. ¿A casa?

Mi madre chasqueó la lengua y ahogó una risa.

—Nos vamos a la playa con Casey. ¿No te acuerdas?

La miré a la cara un buen rato con la esperanza de descubrir una pizca de sarcasmo: una ceja enarcada, el labio levantado. Sin embargo, mi madre sonreía, sin más, con los labios un poco azules, y movía los dedos y sus uñas anchas y bonitas en el aire para indicarme que fuera a por las cosas. A mi espalda, Casey salió con las gafas de sol puestas y se las quitó un momento para darle un beso a mi madre. Con los ojos cerrados, chocaron con la puerta del carro. A mi madre se le cayó el sombrero, que le dejó al descubierto la frente ancha antes de flotar un instante y aterrizar a mis pies. Yo lo recogí y se lo acerqué, y ella me lo cogió con cuidado. El arco noble de sus pulgares era un reflejo del mío. El aire se detuvo entre nosotras cuando le rocé la piel, tan fresca y desconocida, casi muerta.

Casey preguntó:

—¿No te encuentras bien, chiquita?

Le contesté que estaba bien.

—Pues date prisa —repuso mi madre.

Su postura era insegura y poco refinada, como si le hubiera prestado el pellejo a otra persona. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi madre estaba atrapada para siempre en su propia corriente, que la arrastraría de un remolino profundo a otro. Y jamás me sacaría a mí

de ese mar. Nunca pararía a llenarse los pulmones de aire. Muy pronto, el mundo tiraría de sus cadenas de tristeza hacia todas las orillas, todas las rocas, todas las playas llenas de cristales, y al final no quedaría nada más que el casco roto de una mujer ahogada. En ese momento di media vuelta y me dirigí hacia la casa del garaje repitiendo en un susurro que no no no tantas veces que parecía una paloma arrullando. Mi madre insistió en que por favor parase. Cuanto más me alejaba de ella, más estridente y menos risueña era su voz, hasta que se elevó por encima de las palmeras y de los hibiscos e hizo eco con la casa grande y la puerta de nuestra casita.

Todos sus nombres

Michael empezaba a hacerse viejo. Su sonrisa era joven, pero la piel flácida y el rostro enjuto eran propios de una persona mucho mayor de treinta y tres años. Era jefe de ventas en un dispensario de marihuana de tamaño medio ubicado en la avenida Colfax que parecía una tienda de móviles con quiosco de comestibles y cajas de utensilios. Siempre que su marido, Gary, se marchaba de la ciudad para asistir a la convención anual de subastadores, Alicia llamaba a Michael. Reconocía que era incapaz de pasar una velada sola. Pero es que, además, todavía le quería. Era posible que fuese a quererle siempre.

Cuando se hizo de noche, se subió al viejo Nova de color verde azulado de Michael: una visión sacada de una revista para *lowriders*, a pesar de que el interior era una auténtica pocilga. Alcanzó a ver una sudadera echa un gurruño, las medias negras de alguna mujer y tres aerosoles de pintura negra vacíos en el suelo. Alicia recogió uno y se lo tiró a Michael en el regazo; sonó como si tuviera piedras dentro.

—Guarda esta porquería en el maletero. El verano pasado denunciaron a Joaquín por delito grave.

—Solo porque ese pendejo no supo escapar del guardia. Además, alguien tiene que incomodar a la invasión de yupis. Esos hijos de puta son una plaga, salen hasta de debajo de las piedras.

Michael, que llevaba una chaqueta de cuero desgastado, señaló la casa de hormigón y cristal de Gary y Alicia: un cuadrado negro entre casas victorianas modernizadas.

—¿Adónde vamos, mi pequeña Malinche de la gentrificación?

—A la calle Lawrence.

—¿Por qué diablos vamos allí, Cia?

—Es por los perros. Tienen pulgas. En los tobillos y detrás de las orejas.

—¿Y no se te ha ocurrido llevarlos al veterinario?

—No, qué va —contestó Alicia—. Lo que necesitan es medicina de verdad, hierbas de esas.

Se llamaban Kane y Oscar, y eran de Gary, de antes de que se casaran: labradores negros, siempre fuera de sí. Alicia los toleraba y solo se estremecía con sus galopes torpes, con cómo retorcían el cuerpo estrecho al sortear las mesitas y las sillas. Esa mañana, después de forcejear con ellos para sacarlos al jardín de atrás, donde Kane, el que menos le gustaba, mordisqueó toda una rama que había caído de un árbol, Alicia había subido al piso de arriba y, por segunda vez en su vida, había descubierto que estaba embarazada. Tenía veintinueve años y cumpliría treinta al cabo de una semana, una edad del todo aceptable para tener hijos; no obstante, Alicia sintió temor. Casi pena. Llevaba una toalla blanca enrollada y, encorvada sobre el inodoro, rompió el test de embarazo de plástico en dos y lo enterró entre los tampones sin usar y los pañuelos de papel arrugados. No pensaba decírselo ni a un alma, ni siquiera a Gary. A él menos que a nadie, que últimamente tenía tanto que decir sobre el reloj biológico de su esposa.

Llevaban dos años casados. Gary tenía cincuenta y cuatro: un subastador de Nebraska, vivaracho y de pelo blanco que tenía la granja y la casa de subastas de equipos de automoción más grandes de Denver. Estaba interesado en llegar a un público más amplio entre los hispanohablantes cuando vio a Alicia en una reunión del canal Univision. «Tienes una nariz muy bonita», le había dicho a la diseñadora gráfica de veintiséis años. Alicia se acostumbró a llamarlo su ranchero, su vaquero, su papi. Gary la llamaba por uno de sus motes de la infancia: Alimaña. A ella le gustaba que, cuando estaban en la cama, dijera su nombre con su voz de subastador. A decir verdad, todos sus nombres: Alicia Mónica del Toro y, más adelante, Alicia Mónica del Toro Parker.

No mucho después de la boda, Gary la llevó de fin de semana a Cayo Hueso, donde alquilaron una lancha motora que se llamaba *Contrincante* y salieron a buscar la puesta de sol sobre la llanura acristalada. Con la brisa del mar de una tranquilidad extraña y con los rostros calentados por el ron, Gary abrazó a su esposa por la espalda.

—Haríamos unos niños tan guapos… —le dijo.

—Ya tienes dos perros. ¿Qué más necesitas?

—Dame aunque sea uno, Alimaña. Un hijo para que mi apellido no muera.

—Para eso no necesitas un hijo —repuso ella—. Yo llevo tu apellido.

Botánica del Cobre estaba pegada a Tacos Jalisco, un local estrecho con una selección limitada de carnitas y tequila. Michael había insistido en parar allí antes de ir a cualquier otra parte.

—Nada, un chupito o dos, para empezar la noche.

Estaba lleno: unas cuantas familias mexicanas, varias parejas de *rockabillies* chicanos y, cómo no, algún que otro anglo recién llegado, muchachos blancos con sudaderas de Carhartt y botas Red Wing, la ropa pensada para los trabajos que jamás tendrían que hacer.

—Las odio —dijo Michael, y se limpió la sal del labio inferior.

Una joven con el pelo decolorado y una camiseta corta lo observaba desde el dispensador de refrescos, motivada y sin disimular.

—Me acuesto con ellas, pero las odio.

—La historia de tu vida.

A Alicia ese tipo de residentes de Denver no la irritaba tanto como a Michael. Suponía que, en general, era porque vivía entre ellos, los saludaba llamándolos por su nombre en el parque para perros y los sábados por la mañana caminaba junto a sus cochecitos de diseño.

—Tú puedes con eso, Cia.

Michael le acercó un chupito de Hornitos desde el otro lado de la mesa.

—No, que estoy a dieta. —Alicia no estaba segura de creerse lo que había dicho, pero sonaba plausible—. Dale, vamos. Que del Cobre cierra pronto.

Michael se bebió ese tequila de golpe. Por debajo de la mesa, le rodeó la rodilla con la mano, una palmadita por costumbre.

—Ese es uno de los sitios —dijo él— que me gustaría ver cerrado para siempre. —Sonrió a Alicia—. Que conste.

Hacía más de una década, pensó ella, desde que habían ido por primera vez a la botánica. El padre de Alicia se moría de un cáncer de hígado provocado por años de trabajar en las minas de uranio de alrededor de Denver. Los médicos le habían recetado morfina,

oxicodona y parches de fentanilo, pero no había nada que enmascarase el dolor sin bloquearle el cerebro. «Ya está bien —le dijo la abuela López a Alicia una tarde de otoño—. Tu papá merece morir con la cabeza en condiciones dignas». Mandó a Alicia y a Michael a la calle Lawrence con una hoja de papel en la que había escrito una lista de hierbas con letra temblorosa. Cuando volvieron junto al paciente, él le cogió la mano a Alicia y preguntó con voz hueca: «¿Estabas en el jardín, Stephanie?». Esa era la peor parte, que hacia el final la confundiese con su madre, Stephanie Elkhorn, una mujer anglo que recogió sus bolsos y sus vestidos de segunda mano cuando Alicia tenía cuatro años y no regresó.

Entraron en la botánica al son del tintineo de unas campanillas. Alguien había atado una piel de plátano alrededor del pomo de latón. Protección o advertencia. Fuera como fuese, se trataba de algún tipo de brujería. Las paredes estaban cubiertas de crucifijos y espejos, cráneos de roedores y velas de santos. Un anciano que llevaba varios collares de color naranja y negro descansaba en una silla plegable mientras escuchaba el final de algún programa de deportes en una radio que contaba décadas de vida. Toqueteó la antena, saludó a Michael y a Alicia, y les señaló un cartel bilingüe que había sobre el mostrador: «Pregúnteme por las limpiezas gratuitas para el Año Nuevo. Traiga ocho lirios y un coco. Debe vestir de blanco».

Michael tiró de Alicia para acercársela y le habló con el aliento cálido a través del pelo.

—Es para los perros, ¿verdad?

Ella lo hizo callar y lo apartó empujando con la palma abierta.

—Disculpe —le dijo a la dependienta.

De detrás de la cortina de cuentas, salió una mujer con un vestido rosa y la espalda algo curvada. Se subió a un cajón de madera y se alzó tras el largo mostrador donde había vitrinas con corazones de vaca frescos y pieles de cobra secas.

—¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó en español.

A Alicia el español le alcanzaba a duras penas para manejarse en una transacción comercial. Cuando era pequeña, la abuela López a veces le hablaba en un dialecto del sur de Colorado, una lengua casi

arcaica. En cambio, la familia de Michael era de Bakersfield y eso significaba que él no le servía, a menos que necesitara términos coloquiales referentes al sexo o a litros de cerveza. Alicia se aseguró de que él estuviera lejos cuando le pidió, en su español chapurreado, una hierba que se llamaba nim.

—¿Para qué?

Alicia le dejó ver el diamante amarillo de la mano izquierda, no sabía si por vergüenza o soberbia. Entonces le dio la espalda a Michael y se señaló el útero.

—No se garantiza que funcione —respondió la mujer en español—. Y, además, duele.

Alicia asintió con la cabeza.

—Entonces ya lo sabe —dijo la dependienta—. Lo sabe mejor que yo.

—No fastidies —voceó Michael desde el otro extremo del herbolario —. Este incienso está hecho con esperma de víbora. Va en serio. Pero ¿qué coño?

Alicia no le hizo caso, y la mujer se dirigió a la trastienda. El sonido crepitante de la radio pasó de emitir los deportes a música de conjunto. Cuando reapareció, la dependienta tenía en la mano una especie de urna y le dio instrucciones explícitas: debía dejar reposar las hojas en agua hirviendo durante media hora. Alicia le dio las gracias en español y pagó en metálico.

Fuera la luna estaba casi llena.

—Conque pulgas —dijo Michael mientras proyectaban sombras esbeltas sobre el asfalto granuloso de color ámbar de camino al Nova. Al llegar, abrió la puerta del copiloto con la llave—. No me gusta que me mientas, Cia.

Ella lo miró a la cara y le estudió la arruga en forma de ele mayúscula que tenía en la mejilla.

—Estoy embarazada. No quiero tenerlo. Fin de la historia.

—Deberías decírselo a Gary, si no lo has hecho aún. Es lo correcto.

Alicia miró hacia otra parte y él cerró la puerta del carro con ella dentro. Hacía más frío que antes y la luz brillaba de tal modo que el momento parecía transcurrir despacio, como si el tiempo se hubiera acompasado a otro ritmo.

—En realidad no es asunto suyo —respondió ella—. Y tuyo tampoco.

Aparcaron el Nova fuera del cine porno de la calle Veintitrés que estaba abandonado. El parqueo hacía cuesta y acababa en un camino de hormigón que bordeaba el río Platte Sur en dirección al patio de maniobras de la Union Pacific y al parque Confluence, lugar donde, según la asignatura de Historia de primero de la Universidad de Colorado Denver, se había fundado la ciudad más de ciento cincuenta años antes, cuando un anglo de nombre William Greeneberry Russell descubrió oro y la población surgió de la nada. Antes de eso, había sido un campamento arapaho; en cambio, ahora era una loma desolada llena de fumetas y gente sin techo, flanqueada por edificios de viviendas multimillonarias y arte público. La nueva reina de las llanuras.

Fueron hacia el río y pasaron por delante de un edificio de viviendas subvencionadas que había a mano izquierda. Alicia se acordó del primer apartamento que tuvo después de que muriera la abuela López y el banco se quedara con la casa de la calle Galapago. Era un estudio en un sótano con ventanas subterráneas y una iluminación cruel. A menudo había telarañas y sacos de huevos de araña. Alicia abría la ventana, les pulverizaba a los huevos un chorro de amoníaco y los rompía contra la chapa ondulada que rodeaba el cristal. En Galapago nunca habían tenido problemas de insectos; sin embargo, en una ocasión, cuando pasaba en bicicleta por delante de su vieja casa, Alicia vio a una mujer anglo con un vestido morado acompañando a un grupo de controladores de plagas al interior. «Cuidado por donde pisan —había dicho la señora—, los dueños nuevos todavía están arreglando los cimientos».

Michael y Alicia se detuvieron delante de una abertura de tamaño humano en una cerca de alambre. Todo el patio de maniobras de la Union Pacific quedaba a la vista: una explanada elegante de vías que enviaban a los trenes hacia el norte en dirección a Wyoming, hacia el este en dirección a Kansas y hacia el oeste, a través de los puertos de montaña y los valles blanqueados, en dirección a Utah, aunque ese trayecto no acababa ahí, sino con los rayos de sol de California. A

Alicia le encantaba la idea de que su nombre llegara tan lejos. No Alicia del Toro Parker, sino el nombre con el que firmaba: K-SD, cuya pronunciación más fácil en inglés era *cased*. Encajonada. Protegida. Michael fue a cogerla de la mano, pero ella se la apartó de un manotazo. Entró por el agujero, sin problemas. Él la siguió, y la valla tembló.

En el lado oeste de la explanada, buscaron un vagón de carga que estuviera limpio. Entre las vías, Michael y Alicia pasaron junto a las siluetas fantasmagóricas de las tolvas y entre ratones perseguidos por gatos callejeros. Las figuras de hombres sin hogar se hundían en las zanjas irregulares de la explanada; las botas rotas y los sacos de dormir apelotonados, montículos grises entre la tierra. Michael encendió un cigarrillo. A la luz de las farolas, su rostro parecía más joven; sus dientes, de marfil; los ojos, brillantes. Continuaron pasando junto a vagones vacíos con firmas vulgares de aficionados. Había firmas enormes con la palabra deko, de una pandilla de Denver con mucha historia y gusto por las violaciones en grupo. Michael sopló el humo y señaló una firma acompañada de un dibujo: SNOOPY. Debajo, escrito con pésima letra, decía: mile hi city. La ciudad de la milla de altura. Michael odiaba esas mierdas, y ella estaba de acuerdo. Fueron detrás de una locomotora de maniobras amarilla desde donde, veinte metros más adelante, se veía una torre de agua con la firma K-SD. Michael dijo:

—Lo único que recuerdo es subir por esa escalera destartalada. —Hizo una pausa y, como por si acaso, añadió—: Con tu culo por delante todo el camino.

—Ay, por Dios. Vamos a escribir en un tren de una vez.

Con las mochilas pesadas colgando de los hombros, se apresuraron por entre las vías; los vagones de hierro formaban un cañón en mitad de la noche. Era como en los viejos tiempos, cuando eran jóvenes y a ella le bastaba con Michael. Alicia le dio un golpe con el hombro derecho.

—Siempre pienso en ti, Mikey. Cuando pasa un tren cerca de casa a la una de la mañana, tú eres todo lo que hay.

Le encantaban los trenes, cómo iban siempre hacia delante y creaban su propia línea temporal.

—A mí también me pasa —dijo él—. Oigo el traqueteo de las vías, las bocinas y el ruido de las barreras al bajar, y me vienen los calores. Entonces me vuelvo hacia la chica que esté a mi lado en la cama y le digo: «Esto me recuerda a mi exnovia».

Alicia se detuvo y la suela de las botas sonó contra la grava como una bofetada.

—Eres un imbécil. Eso no lo quiero ni oír.

—¿Por qué no, Cia? Tú eres la que está casada. El mismo plato todas las noches.

—Pero no sé por qué tienes que restregármelo.

A lo lejos, divisó el vagón, limpio y entre las sombras, en una vía que apuntaba hacia Kansas.

—¿No sabes por qué? —le preguntó Michael.

La primera vez era de Michael. Alicia tenía diecinueve años. En el supermercado King Soopers del bulevar Speer, escondió un test de embarazo debajo de un abrigo demasiado grueso para la época del año y volvió en bicicleta a la casa que compartía con su abuela López. Se hizo la prueba en el baño de arriba y después vació la papelera en un parque cercano. Un médico de una clínica le recetó una pastilla que le acuchilló las entrañas durante tres días y dos noches. El tercer día, mareada y medio ciega del dolor, Alicia se acercó como pudo a la cocina, donde encontró a la abuela López de pie delante de la encimera, cortando cerdo con un cuchillo de carnicero. Era primavera. Las ventanas estaban abiertas. El perfume de las lilas se metía en casa y se mezclaba con el hedor de la carne cruda.

—Abuelita —dijo—, tengo que decirte una cosa.

Antes de que Alicia terminase, la abuela López no acertó a dar con el cuchillo en el trozo de cerdo, se cortó el pulgar y salpicó la carne de sangre.

Ese día la abuela López llamó a su nieta muchas cosas. Egoísta, cruel, estúpida, infantil. Cuando controló la hemorragia y reprimió el mal genio, le dijo a Alicia:

—Antes de todas estas sandeces, solo teníamos hierbas, mija. ¿Por qué no me has preguntado a mí?

La abuela López sabía qué plantas utilizar, a qué temperatura había que beberse la infusión, cuántas tazas durante cuántos días, durante

cuánto tiempo se le retorcerían los adentros con los calambres y hasta qué punto podía esperar que le dolieran los pechos.

Se decidieron por un vagón. Michael fue por un lado y Alicia por el otro. Se quitó los guantes y pasó las manos por el acero frío. Semanas antes ya había planeado el diseño: una firma de color azul marino, centrada, con las letras finas, sombreado blanco degradado y un círculo negro en la letra ka. Michael siempre le decía que K-SD no le gustaba mucho, que Alicia debería escribir otra firma, algo que fuera femenino en sí. Sin embargo, la firma de Michael no era mucho mejor: SLOKE. ¿Quién firmaba así? ¿Y qué demonios significaba? Sacaron los espráis de la marca RustOleum de las mochilas y se pusieron a pintar. El funcionamiento era extraño. En el trabajo, Alicia hacía innumerables diseños; pero, cuando se trataba de trenes, un motor inescrutable le guiaba las manos. En más de una ocasión, en más de un descampado, Alicia había experimentado la sensación de ver aparecer la firma como si la hubiera descubierto bajo el metal sucio.

Con la nariz y la boca tapadas con la bufanda, hizo un descanso en mitad del guion largo para asomarse a un lado del vagón y mirar a Michael, que nunca estaba más guapo que cuando escribía. Manejaba el espray con elegancia, sus ojos oscuros centrados por completo en SLOKE. En el espacio triangular entre el brazo estirado y el cuello, una farola lejana formaba una espiral de luz.

—¿Cómo vas?

—A medias. ¿Tú estás todavía con la segunda letra?

—En el guion. Los bordes son muy limpios, perfectos. Tú no sabes de qué hablo.

Michael agitó el espray y siguió pintando.

—Ay, Cia, sé de qué hablas cuando hablas del guion.

—Eres idiota.

—Ya —contestó Michael orgulloso.

Una vibración grave sacudió la vía. El fantasma de un tren. Una locomotora en marcha. Michael y Alicia, tensos, examinaron las vías. Tiempo atrás conocían a un chico que había muerto en un patio de maniobras. No tenía mucho más de dieciséis años; era pleno verano, al principio de la noche. El guardia no había salido a patrullar. El

muchacho estaba pintando un tren cuando retrocedió un paso y un vagón le pasó por encima. Se corrió la voz entre las pandillas y enseguida había chicos yendo a ver la firma inacabada para escribir su pésame en negro. Apareció un poema: «Que tu viaje sea una vía sin fin / que tus trenes no paren de rodar / que tu nombre se complete cuando regreses».

Alicia le dio una patada al vagón y sonó un estruendo.

—Veo que has practicado.

—No te entretengas, Cia. Vete a saber cuándo volverás a…

Un destello de luz le pasó por la cara. No eran los focos ni las farolas de la calle, sino un haz concentrado. Michael entrecerró los ojos mientras Alicia intentaba esquivar los rayos blancos y se volvía para buscar entre las vías.

La policía. A unos veinte metros.

Tiraron las mochilas debajo del vagón y se marcharon; Michael iba delante, recortando esquinas, saltando entre las vías. Ya habían huido antes y conocían el terreno. En el límite entre la explanada y el parque Confluence, Alicia trepó etérea, ágil por una valla de alambre, como si fuera a elevarse hacia el cielo y unirse a las estrellas. En cambio, cayó a la tierra y dio con los huesos en el césped. Continuaron corriendo al mismo ritmo mientras dos voces masculinas les gritaban que se dieran por vencidos, que parasen, que se entregaran y cosas por el estilo. Alicia supuso que habría perros siguiéndoles el rastro. Estiró la pierna y le hizo una zancadilla a Michael. Antes de que él pudiera siquiera pronunciar una palabra, se le subió encima, se quitó la bufanda y se desabrochó la chaqueta. Se subió el suéter por encima de los pechos y se desató el sujetador.

—Tú calla —le susurró—. Ni una puta palabra.

Le cogió ambas manos por el dorso, le guio las palmas por el vientre y tembló con la suavidad fría de su piel. Al soltarlo, notó que él deslizaba las manos hacia abajo, hacia el centro. Arqueó el cuerpo hacia arriba y curvó la espalda como un resorte. El haz de luz de la linterna volvió a aparecer cuando los dos agentes llegaron a la cima de una cuesta y vieron a Alicia con la chaqueta acolchada abierta como el vientre de un animal destripado. Michael estaba en silencio, atrapado entre sus piernas. Alicia respiró expectante. Los policías llegaron.

—¿Qué hacen? —dijeron—. Tú, tápate.

Alicia se volvió de golpe y se echó a llorar. Los agentes no tenían más de veinte años, eran jóvenes de rostros ordinarios: uno blanco y rubio, el otro bajo y de piel oscura, posiblemente un muchacho con un apellido como Mendoza, quizá el primo de algún primo. Cuando el agente rubio le ordenó a la pareja que se levantase, Alicia se irguió y se inspeccionó las manos buscando pintura. Entonces enseñó con disimulo la mano izquierda, donde la piedra brillaba más que cualquier placa.

—Qué vergüenza —dijo mientras Michael se levantaba—. Estábamos de paseo, para celebrar. Vamos a tener nuestro primer hijo.

El mismo agente le preguntó a Michael si era verdad.

—Sí, señor. Este papi orgulloso se ha dejado llevar.

—¿Se ha dejado llevar? —preguntó el bajo.

Le miró las botas a Alicia, que tenían una mancha diminuta de pintura azul en la puntera derecha. Ella echó ese pie hacia atrás.

—¿Han visto a alguien pasar por aquí?

—No —respondieron los dos a la vez.

—Bueno, la verdad —dijo Michael— es que tampoco prestábamos atención.

Los agentes les pidieron alguna identificación, pero no se mostraron sorprendidos cuando ni Michael ni Alicia pudieron enseñar ningún tipo de documentación.

—Miren —dijo el rubio—, felicidades por el bebé. Yo tengo dos, un par de niñas pequeñas. Pero eso no significa que puedan hacer en público lo que estaban haciendo.

—No, claro —contestó Alicia—. Es que estaba, no sé, conmovida.

—Es comprensible —intervino el bajo—. Se han dejado llevar, estaban conmovidos. ¿Cómo se llama, señora?

—Stephanie. Soy Stephanie Elkhorn. Y este es mi marido, Gary.

Alicia no se atrevió a mirar a Michael, a pesar de que notaba la rabia con la que la miraba él.

—Quedan avisados, será la única vez. Cojan sus cosas y váyanse de aquí.

Dicho eso, los policías dieron media vuelta y echaron a caminar cuesta arriba mientras las piezas metálicas de las botas y las gorras

reflejaban la luz de la luna.

Michael y Alicia se quedaron en silencio, contenidos por el perfil de la ciudad como si fuera una tapa. Deshicieron el largo camino hacia el Nova y, después de varias manzanas, Michael se dirigió a Alicia. Le tocó la cara, le dio un beso en la mejilla. Le dio las gracias por salvarlos. Alicia imaginó que él era una de esas criaturas del mar de las que había oído hablar, pero que jamás vería. Vivían tan abajo, en una oscuridad tan grande, que eran traslúcidos y se les veían las entrañas como a los relojes rotos.

—No sería solo más de ti —dijo Michael—. Sería más de Gary. Más de ustedes dos.

Entonces le subió la cremallera de la chaqueta, le cogió la bufanda y, con delicadeza, se la pasó por detrás del cuello.

—Alicia del Toro Parker, no puedo volver a quedar contigo.

Para celebrar su trigésimo cumpleaños, Gary llevó a Alicia a la cabaña que tenía en unas tierras en el sur de Colorado, cerca del lugar del valle de San Luis de donde era su familia, donde pasaba los veranos de pequeña y donde habían enterrado a su padre. La cabaña estaba en un punto elevado del valle y desde allí se veían los montículos de tierra esculpida del desierto. El tiempo había mejorado y ese fin de semana de otoño la sensación era de finales de primavera. Había nubes bajas y sus sombras metamorfoseantes lamían los picos blancos de la sierra de la Sangre de Cristo. El paisaje estaba encendido.

Era tarde. Bebían gintonics a cielo abierto, cerca de una hoguera grande. Alicia había descansado de la bebida durante una semana y en ese momento el alcohol le corría veloz por las venas. Gary estaba recostado en una butaca de mimbre, Alicia delante de él. Mirando al cielo, se levantó y se alejó del fuego. Sostenía la copa con una mano y, con la otra, señaló las estrellas. Kane, a su lado, le lamió la corva de las rodillas. Alicia tensó la postura y llevó la mano libre al collar del perro. Pensó en la diosa Diana, pensó en la luna.

—¿Qué miras, Alimaña? —le preguntó Gary.

—Siempre he sido capaz de encontrar la estrella polar. Es una de las cosas que me enseñó mi padre, para que no me perdiese. ¿Qué significa que hoy no la encuentre?

—Significa que estás bebida, cumpleañera.

Gary se rio y señaló hacia lo alto.

El cielo se enturbiaba con el polvo de un trillón de estrellas, un vacío negro que parecía diseñado y eterno. Como un sol en miniatura, el calor del fuego le presionaba la piel a Alicia, le calentaba la cara y los brazos. Se quitó el suéter y lo dejó caer al suelo. A lo lejos, por encima de la carretera de tierra que conducía al pueblo, las luces de los focos describían curvas por la ladera y avanzaban hacia la oscuridad. Se oía el crepitar del fuego, los latidos machacones del corazón de Alicia, la respiración fuerte de Kane, a su lado. El viento cambió de dirección y un remolino de chispas saltó de entre las llamas. Alicia se arrodilló junto a su perro y se protegió los ojos llorosos del humo.

—Ahí está —mintió—. Ya la veo.

La enfermedad del fantasma

Ana está en un aula alargada con muchas ventanas y una pizarra verde de las de antes. La sala está medio vacía: es verano y en los cursos del Departamento de Historia de la universidad se ha matriculado poca gente. La profesora Samantha Brown se ha situado debajo de las manecillas negras del reloj. Es joven y tiene un doctorado de una universidad de la costa este de la que Ana no ha oído ni el nombre.

—Una anécdota interesante sobre Leadville —dice Brown— es la historia de dos hermanos: uno vivo y otro muerto. En 1875, el hermano vivo cavaba la tumba para su hermano muerto y de pronto dio con un filón de plata. Se fue de inmediato a reclamar la propiedad de la mina y dejó que el cadáver de su hermano se congelara en un banco de nieve.

En preparación para los exámenes finales, Brown está repasando todo el curso. Desde Lewis y Clark a los comerciantes de pieles y los parques nacionales. Ahora va por el *boom* de la plata. Ana tiene el cuaderno repleto de notas y su letra, escrita en tinta azul de bolígrafo, empeora a cada minuto que pasa. Se ha sentado en su sitio habitual, al fondo, cerca de las ventanas.

—Lo que esta historia demuestra es la auténtica depravación del Oeste.

Brown escribe la palabra *depravación* en la pizarra verde. Le traza un círculo alrededor.

—Reflexionen sobre eso.

Una alumna que se llama Colleen levanta la mano desde la primera fila.

—Pero ¿eso no es ilegal?

Brown responde a la pregunta de Colleen con cortesía y hace una observación sobre la ilegalidad. Ana hurga en la mochila y, con discreción, saca el móvil, se lo pone en el regazo y comprueba si tiene

algún mensaje de Clifton. Nada. Solo hay uno de su madre: «No sé nada de C. Quería que hiciera una cosa en casa. ¿Vendrás a cenar?». Ana contesta. Se revuelve en el asiento y mira por la ventana.

La ciudad suele ser verde, pero está marrón por culpa de la sequía. Cielo de color azul sombra de ojos. Un negativo polvoriento de los árboles. Ana espera que llueva pronto, aunque, más que nada, espera que su novio vuelva a casa, esté donde esté. El jueves pasado, Clifton le dijo que iba a visitar a sus abuelos cerca de Shiprock, Nuevo México: un llano ventoso salpicado de rocas erosionadas y ovejas con aspecto de nube. En esa parte de la reserva no hay cobertura de móvil, cosa que es una excusa oportuna, ya que Clifton desaparece a menudo. Tiene un problema de fatiga, tendencia a los excesos. Pero es que Clifton es así, escurridizo como un pez.

La madre pasa junto a Ana cargada de bolsas de la compra de las de papel. Se planta en el escalón de piedra de casa de su hija con el uniforme sanitario granate; tiene manchas de sudor desiguales debajo de los brazos. Es densa, sólida. A pesar de su peso, o quizá gracias a él, tiene la cara bonita, con rasgos afilados en las mandíbulas y las mejillas. Le ha llevado a Ana tres bolsas de tortillas congeladas, un frasco limpio de manteca de cerdo lleno de ternera estofada y seis plátanos. Ana abraza a su madre con más fuerza de la habitual.

La madre dice:

—Estoy harta de verte tan flaca. ¿Es que no comes?

—Pues sí, un montón de burritos congelados del bar de la facultad.

—Oye, ¿dónde está Clifton?

—Le han dado un par de turnos más en el restaurante —miente Ana, y levanta una de las bolsas.

—Quería que me hiciera un par de cosas en casa. Hay que mover tierra de sitio y pintar los baños.

La madre se inventa tareas como esas para Clifton como manera de cuidar de Ana. Cuando Ana y Clifton se fueron a vivir juntos hace dos años, no le hizo ninguna gracia. «Una chica no debería juntarse así —le había dicho—. Envejecerás enseguida». Sin embargo, hubo un tiempo en el que la madre cuidaba de Clifton más que Ana. Cuando tenía once años, el chico se mudó a la casa de al lado con su tío Virgil,

después de que sus padres murieran en la reserva, en una pelea de borrachos por diecisiete dólares. En aquella época sentía lástima por él, que a menudo la seguía a todas partes mientras hacía las tareas de casa. «Cuéntame otra historia», le pedía Clifton, mientras ella barría y limpiaba los cristales. «Cuando yo era pequeña, mi tía me llevó a un arroyo de Montrose, donde todo el mundo sabía que vivía el monstruo del lago». Ana, que ya se había hartado de esos relatos deslucidos, nunca se quedaba a escucharlos.

Las dos mujeres hacen la cena en el calor seco del apartamento, una caja de ladrillo de finales de los cincuenta donde solo hay un dormitorio y ni rastro de aire acondicionado. El calor sube desde el suelo de roble. La madre comparte los chismes más recientes. ¿Te lo puedes creer? Haciendo la compra para esta cena, dejó el carro en la cola y fue a buscar pilas. Al volver, una mujer anglo la acusó de colarse.

—Ay, que seguro que fue menos de un minuto y ya llevaba allí una eternidad. Y la mujer va y me dice: «¡No te había visto!». Increíble.

La madre niega con la cabeza mientras pica cebolla. Cambia de tema y le lanza una mirada severa a su hija.

—¿Cómo va la universidad, mija?

—Bien —contesta Ana mientras lleva unos tés helados a la mesa.

—¿Te preocupa alguna asignatura?

—Solo la de Historia. No se me quedan las fechas. Me confundo con todo.

—Más te vale hacerte fichas —se ríe la madre, y sala el cerdo que está friendo—. No puedes suspender más asignaturas.

Ana es consciente de ello. Si suspende, le quitarán la beca, los fondos para desplazados que conceden a los nietos de los residentes de Denver, sobre todo hispanos, que ocupaban el barrio del Westside antes de que lo derribaran para hacer sitio para un campus urbano. Entonces perderá el puesto de becaria en la biblioteca. Y, si eso pasa, Ana acabará en casa con su madre.

—Me esfuerzo —dice—. Mucho.

—De todos modos, ¿qué asignatura de Historia es?

—Historia del Oeste Americano.

La madre esboza una sonrisa con huecos entre los dientes.

—¿Cómo demonios vas a suspender eso?

Ana se ríe.

—Ya sabes que la Historia nunca ha sido mi asignatura favorita.

Esa misma noche, cuando ya está sola en su apartamento, a Ana le suena el móvil con una llamada de un número oculto. Ella contesta, aturdida por las pesadillas. Solo se oye el trino eléctrico del ruido estático rebotando entre los satélites. Debe de ser Clifton, no puede ser otro.

—Sé que eres tú —dice Ana.

Se incorpora y apoya la espalda en unas almohadas; la oscuridad del cuarto es una manta de niebla. Si pudiera obligarlo a hablar, tirar de su voz a través del teléfono… Cuando eran pequeños, Clifton se escondía durante horas en los armarios, debajo de la escalera, dentro del armario de los abrigos y en cualquier sitio donde pudiera desaparecer. Unas manitas que asomaban por las rendijas de las puertas. «Mamá quiere que bajemos a comer —le decía Ana—. Ya no tiene gracia».

—El jueves hay que pagar el alquiler —le dice por teléfono.

El resplandor ámbar de una farola se cuela a través de la persiana de lamas en el dormitorio que comparten. Franjas de luz que caen en fila. Luz que se posa en los cajones de la cómoda inclinada de Clifton o repta sobre la cara de Ana y su larga melena negra. Se imagina que es el aliento de Clifton en su oreja, cálido y pegajoso.

—Ven a casa, cariño. Por favor.

En la biblioteca William H. Moffat, Ana ficha a las once y media, consulta con la supervisora las tareas pendientes para ese día y después se adentra entre las estanterías con un carro de revistas y libros infantiles. Ha preparado un resumen para estudiar y de vez en cuando le echa un vistazo, entre un carro de libros y el siguiente. «Otter Mears, empresario de ferrocarriles, 1840-1931. Baby Doe Tabor, la encontraron muerta en una cabaña de Leadville, había pedido un pijama de diamantes para su hija pequeña. El jefe Ouray firmó acuerdos dudosos con los blancos».

Ana cierra los ojos, se pone a prueba y olvida los datos. Al cabo de

una hora de guardar libros en los estantes, hace un descanso de diez minutos y camina junto al Museo de las Casas del centro del campus, casas victorianas pequeñas pero elegantes que tiempo atrás estuvieron ocupadas por familias con apellidos como García, Santos, Ríos. Ana se acuerda de las historias que contaban sus abuelos sobre cuánta vida había en la zona: niños gritando y corriendo con sus botines de cuero y las canicas chocando en las aceras de piedra arenisca. «Ven a lavarte —les decían sus jóvenes madres, y hacían ondear el delantal como si fueran volantes de algodón—. Papá llegará pronto».

Al regresar a la biblioteca, Ana ve a Colleen y a otra chica de la clase de historia estudiando en la segunda planta, cerca de las revistas. Ambas son rubias y tienen rasgos afilados, cuellos largos de marfil. Ana piensa a menudo en las estudiantes como Colleen, nuevas denverianas con fondos fiduciarios y apartamentos de planta abierta. Llegaron con los trabajos de la industria tecnológica y la legalización de la marihuana, la gran fiebre verde, piensa Ana. Según Clifton, podrían ser peores. Viven en apartamentos nuevos recién pintados, les funciona el carro y casi nunca te hablarán en público: dos mundos en un mismo espacio. Pero cuanto más tiempo se queden, más le preocupa a Ana que el mundo en el que viven ellas aplaste al suyo. Trata de esquivarlas metiéndose detrás de una estantería de publicaciones gubernamentales.

—Tú eres Hannah, ¿no?

Colleen está detrás de Ana con los labios agrietados y cara de boba.

Ana la corrige y coloca una revista de golf en la estantería.

—¿Lista para el examen final?

—Bueno, estoy tan preparada como puedo.

—Tina y yo queríamos preguntarte una cosa. —Colleen señala a su espalda, donde la otra chica tiene la mirada de ojos claros fija en la pantalla del móvil—. Siempre llevas unas joyas estupendas de turquesa. ¿Eres de Colorado, en plan nativa americana?

—No lo sé, la verdad. Es complicado. ¿Y tú?

—Yo soy de Vermont —responde Colleen—. ¿Has estado?

Ana niega con la cabeza.

—¿Dónde el sirope de arce y la nieve? —le pregunta.

Colleen sonríe y se le ven mucho las encías. Asiente con entusiasmo.

—Y montañas también. Aunque pequeñas.

—Cuando pienso en esos estados lejanos —responde Ana, y continúa poniendo revistas en las estanterías—, pienso en gente blanca y brujas muertas.

Se ríe y observa mientras Colleen, confundida, entorna los ojos.

—Es broma.

Después de trabajar, con las ventanas del apartamento abiertas, la brisa cálida del atardecer ha esparcido unos papeles como si fueran palomas blancas. Ana se apoya en el quicio de la puerta y examina el desastre. Suena la radio en el dormitorio: «Esta semana la calle será un horno, amigos. Metan a los animales en casa. Hidratación, hidratación, hidratación». Ninguna de las mosquiteras está rajada y todo sigue donde le corresponde. Los libros de texto de Ana, la bicicleta vieja de Clifton, las láminas de Edward Curtis pegadas al frigorífico, las joyas de plata de ley y turquesa de su madre escondidas en el armario. También hay un fajo de billetes en la mesita de noche. Dinero para el alquiler. No la mitad, como suele pagar Clifton, sino todo. Ana pasa las manos por la cama vacía y una sensación abrumadora le aterriza en la cara como un puñado de tierra que, poco a poco, la hace sentirse enterrada. Marca su número dos veces y ninguna de las dos suena. Quizá el dinero no sea de Clifton. Tal vez sea de su madre. ¿Quién sabe? Ana tiene una cosa muy clara: esa noche prefiere no dormir sola.

—Maldito seas —susurra, y se prepara la bolsa para ir a casa de su madre.

La vivienda está en silencio, aparte del zumbido de los electrodomésticos y de los ronquidos sordos de su madre. Vive en un barrio residencial, en una casa estilo rancho, junto al bulevar Wadsworth. Hace una década, les vendió el adosado que tenía en el Northside a una pareja de jóvenes abogados de Filadelfia. Lo primero que hicieron en la casa amarilla fue pintarla de color gris, lo que la volvió irreconocible para cualquiera del pasado. ¿No vivía aquí Louisa García? ¿A qué barrio pertenecía esta zona? ¿Al de los hispanos o al de los italianos? Ya nadie pregunta esas cosas: nadie se acuerda y a nadie le importa.

En la habitación de invitados, Ana se quita la ropa y la deja caer al suelo. Se mete en la cama con el cabezal de latón que era de sus abuelos. Se agarra a unas de las barras durante un momento largo y el olor metálico como a sangre se le pega a la piel. Entonces se recorre el cuerpo bañado en sudor con las manos, desde el cuello hasta los muslos. Hace años, en esa cama, Clifton le apartó la larga melena, la abrazó e intentó desabrocharle el sujetador a tientas. Su madre se había ido a trabajar. No habían cerrado la puerta del dormitorio. Ana tenía dieciséis años, se acababa de enamorar. Cruzó los brazos y, casi como de repente, el gesto dejó a la vista sus pechos de luna llena. Con su boca hambrienta, Clifton le besó las cimas y se las sujetó fuerte con ambas manos.

«Me haces sentir lleno —le había dicho él más de una vez—. Estoy preñado de ti».

—Buenos días.

Ana le da un beso en la mejilla a su madre, que está delante del fregadero de la cocina, mirando el césped seco por la ventana. Un prisma de cristal cuelga inmóvil, sin arcoíris.

—Hay avena para gachas en la despensa.

Los ojos oscuros de la madre escudriñan el jardín de atrás. Un arrendajo azul vuela en picado desde el cielo, aterriza mal en la fuente seca de los pájaros, se golpea el pico contra el cemento y se marcha aleteando.

—Dicen que esta semana hará todavía más calor.

Ana coge un plátano y se sienta a la mesa.

—¿Quién lo dice?

—Los del tiempo. Dicen que es la peor racha de sequía en cuatrocientos años.

La madre se aparta de la ventana. Se sienta a la mesa con una postura perfecta; lleva su peso como una armadura y un collar de turquesa de Bisbee que le queda justo encima de los pechos.

—¿Un plátano nada más? Acabarás desapareciendo, jita. Cómete unos huevos. Ya te los hago yo.

Ana deja que su madre le haga el desayuno. Observa mientras saca la huevera de huevos marrones del frigorífico y los rompe en un bol

blanco con un golpe suave. Mientras bate, se le curvan las manos hacia los pulgares, que se unen a las palmas amplias y capaces. A Ana le encantan las manos de su madre, el mapa de líneas y las uñas elegantes.

—¿Cómo es que no estás en tu apartamento? —La madre la mira por encima del hombro—. ¿Echas de menos mi comida?

Ana se plantea contarle la verdad, que Clifton ha vuelto a marcharse. Que esta vez lleva fuera más tiempo que ninguna otra. Sin embargo, la madre puede ser más amable que Ana y también más perceptiva. Llamará al trabajo y lo buscará en los peores moteles, en los bares más oscuros, en cualquier sitio que se le ocurra. En todas las partes donde Clifton suele esconderse.

—Tenía hambre y no me quedaba nada de comer. Y hace mucho calor y no tengo aire acondicionado.

—O, a lo mejor —repone su madre—, te has estresado por alguna tontería de asignatura. Ni que hubieras heredado la capacidad de memoria de algún hombre blanco. —Se ríe y se vuelve a reír—. Ay, es verdad: sí que la heredaste de uno.

La madre bromea a menudo sobre el padre de Ana, que desapareció hace mucho. Era un blanco de Texas, el que se marchó antes de que naciese, el hombre que dijo: «Deshazte del bebé, no seas tonta».

La madre le sirve a Ana unos huevos revueltos con dos tortillas de maíz. Entonces alarga las manos hasta encima del aparador donde guarda el diploma de enfermería y las fotos enmarcadas de Ana. Coge una caja de cedro y la abre; dentro hay una bolsita hecha de cuentas.

—¿Te acuerdas de tu bisabuelo Desiderio?

Ana recuerda cosas sueltas del bisabuelo Desi. El reflejo borroso de su propia cara en el cristal de sus gafas, su piel caliente, cerosa y cuarteada, la fragancia del tabaco y de la loción Old Spice, el sonido adormecedor de las lenguas que hablaba: español y algo más.

—Murió cuando yo era muy pequeña, mamá.

—No tiene que ser un recuerdo en forma de historia —repone la madre—. Puede ser una imagen, una sensación.

La madre está sentada de lado en la silla y su silueta abundante se curva hacia fuera. Lleva un uniforme sanitario de color lila y el pelo trenzado y sujeto con una cinta a juego para mostrar su solidaridad

con una u otra causa, quizá con los veteranos de guerra o las víctimas de los tiroteos masivos.

—Esto era suyo. Dentro guardaba el tabaco para las ceremonias.

Ana levanta la bolsa pequeña de la mesa y se sorprende de cuánto pesa.

—¿Sabes? —dice la madre—. Clifton me explicó que esta bolsa representa el surgimiento, el lugar de donde nuestro pueblo salió de la tierra. Está en el sur, cerca de las montañas de San Juan.

Ana la examina. El dibujo es de cuatro montañas blancas, azules, amarillas y negras. Frota un dedo por el centro. Una hilera de cuentas se suelta.

—Tú vienes de esta tierra, jita. Tenerlo presente quizá te ayude con esa asignatura de Historia.

—La enfermedad del fantasma —dice Brown—. Es un síndrome propio de ciertas culturas como la de los navajos y otras tribus del suroeste. —Habla con la boca pequeña, llena de encías rosadas—. Fuera de su contexto cultural, la enfermedad no existe.

Ana toma notas con un bolígrafo azul y solo de vez en cuando se sale del margen para dibujar espirales y ojos pequeños con las pestañas largas. «Enfermedad imaginaria —escribe—, surge tras la muerte repentina/violenta de un ser querido. Pérdida del apetito, sensación de miedo; en casos extremos, alucinaciones».

—Hoy en día, si alguien acudiera al médico con estos síntomas, tendría lo que llamamos ansiedad o depresión. La medicina moderna se ocupa de ello sin danzas que duran toda la noche ni ceremonias de oración —continúa Brown con sarcasmo.

Colleen levanta la mano.

—¿Esto saldrá en el examen?

Brown se rasca la ceja izquierda y, al hacerlo, se raya la mejilla con el bolígrafo.

—No, Colleen —responde—. Pero muchas veces pongo una pregunta sobre los nativos americanos que es para subir nota.

Ana apunta las palabras «para subir nota». Continúa moviendo el bolígrafo, como si la memoria dependiera del movimiento constante. La guía de estudio que tiene en la mesa se parece más a un contrato

que a una herramienta de aprendizaje. ¿Qué pasó en Sand Creek? ¿Qué territorio reclamó Juan de Ulibarrí para España? ¿Qué provocó la rebelión de los indios pueblo de 1680? Ana sabe todo eso; lo jura. A raíz de la revuelta, los españoles quemaron las máscaras, los palos de oración, las bolsas hechas de cuentas. Hay historias sobre el pie derecho que les serraron a todos los varones de una tribu pueblo. Hay una imagen de carne y hueso goteando sangre fresca en la arena seca. Hay oraciones que se perdieron para siempre en la garganta cortada de los masacrados. Ana levanta la mano, el gesto la sorprende a ella misma.

—Sí —dice Brown, y busca en la lista de alumnos—. ¿Tienes una pregunta, Erica?

—Ana. Soy Ana García.

Brown se disculpa. Le pide que prosiga.

—Durante la rebelión de los pueblo de 1680, ¿no hubo también una sequía?

Brown permanece en silencio mientras mira hacia abajo y le da vueltas a la correa del reloj.

—Ana, lo mejor sería que siguieses las clases. Básicamente, les estoy dando las respuestas y ahora mismo estamos comentando la ley de tierras de 1820.

Ana murmura una disculpa e inclina la mirada hacia el regazo.

Durante el resto de la clase, Brown da la lección, responde las preguntas pertinentes y niega con la cabeza, «No, no es así», cuando una alumna de la primera fila compara las viviendas de las cuevas de Mesa Verde con la majestuosidad de Notre Dame.

Ana se sienta en el suelo de madera, delante del televisor, con el libro de Historia abierto entre las piernas pegajosas. En las noticias hablan de pequeños incendios de matorrales y de un anciano, hallado muerto en el sofá. Un golpe de calor, dicen los presentadores. Nadie se había dado cuenta de que llevaba días sin salir de casa, pero una vecina se quejaba de que el hedor era insoportable, como cuando se le quedó un ciervo pegado al morro del carro, cuatro años antes. Ana, nerviosa, se muerde las mejillas por dentro hasta que nota el sabor de la sangre. Intenta estudiar mientras, en la habitación, la tarde se

convierte en noche. Las paredes tienen un resplandor violeta. El suelo muda a gris. Ana da vueltas en la oscuridad, llama a Clifton una y otra vez, pierde la noción del tiempo. La sensación de vacío le crece dentro hasta que decide apagarla.

El agua de la bañera empaña el espejo de encima del lavamanos, y Ana limpia la distorsión con la mano. Ha traído unas velas de su habitación: una de vainilla y otra de san Miguel; las ha colocado en dos de las esquinas de la bañera. El agua tiene un tono rosado bajo los azulejos de color rosa de las paredes. Durante todo el verano, Ana ha evitado bañarse por el calor, pero esta noche se mete en el agua y se sumerge entera hasta que sus pulmones no pueden más. Debajo del agua, Ana oye clics y tintineos lejanos. Oye el ruido raspado de la arena, tierra removida. Se imagina desde arriba, imagina que es pequeña, que su cabellera oscura se ensancha formando zarcillos de tinta negra.

Entonces ve a Clifton. Va en carro por el estrecho puerto de montaña entre Silverton y Ouray, la carretera del millón de dólares, la que creían que sería imposible construir: una pendiente demasiado inclinada, un terreno desamparado. Es noche muy cerrada. El asfalto está muy seco y Clifton se inclina hacia la derecha y hacia la izquierda por la espiral de curvas. Va demasiado deprisa en una camioneta Ford, un cíclope con un solo foco que apura varias curvas de la carretera. Un oso negro emerge aletargado y confundido de entre los árboles oscuros. Clifton da un volantazo y la caída por el barranco es inconmensurable en tiempo real. La pequeña camioneta se despeña cientos de metros. Clifton se precipita cientos de metros hacia el cañón, hacia el mundo oscuro del origen. A medida que se abisma, la camioneta parece una estrella fugaz.

Con un gesto violento, Ana se obliga a traspasar la pared de agua. Tiene la mano izquierda sobre el borde de la bañera y la muñeca y los dedos le gotean sobre el suelo de cuadros blancos y negros. Coge aire de golpe y el sonido de sus pulmones hace eco en el espacio iluminado con velas. Durante varios instantes, su pecho tierno se llena de aire húmedo. Se echa a llorar.

Ana sabe, con la misma certeza que ella está viva, que Clifton ha muerto. Permite que esa sensación se extienda: un sentimiento tan

vasto que podría planear sobre las ciudades, sobre las praderas, sobre las rocas de granito y abalanzarse en picado hacia el suelo frío. Con el pie izquierdo, Ana suelta el tapón de goma y se recuesta hacia atrás mientras el agua fluye hacia delante.

—Tengo miedo —dice más tarde, cuando llama a su madre—. Creo que Clifton ya no está.

—No quiero ver nada —los avisa Brown—. Solo el examen y vuestros lápices. Nada de móviles ni de hojas de repuesto.

Escribe las horas de inicio y final del examen en la pizarra verde. Les ha pedido a los estudiantes que, cuando acaben el examen, lo dejen boca abajo encima de su mesa antes de y cuarenta y cinco. Recorre los pasillos entre los pupitres con un par de zuecos modestos y va repartiendo los exámenes uno a uno.

—Les deseo toda la suerte del mundo y espero que las horas de estudio hayan merecido la pena.

Brown se dirige sin prisa a los ventanales del fondo. Ana mira por última vez la hierba seca de fuera, la extensión de abedules. Se oye un ruido como el del hielo al caer a medida que las lamas polvorientas tapan las ventanas del aula.

El examen es tal como Ana esperaba: tipo test, cientos de preguntas. A, B, C o D. Nada más. Nada menos. El reparto de personajes es largo y el tiempo, ausente. ¿Qué año fue la ley de asentamientos rurales? ¿Qué grupo religioso se estableció en el Oeste para escapar de la persecución? ¿A quién se conoció como «Boy General»? Ana contempla la parte trasera de las cabezas de sus compañeros y sueña con las respuestas, con su claridad de pensamiento. Se da cuenta de que golpetea las letras con el lápiz, de que son demasiadas las veces que contesta al azar. Sacude las piernas. Se recoge la melena y se la suelta, barre a la alfombra del suelo los pelos que le caen sobre la mesa. Pronto, otros alumnos se levantan de la silla y le entregan el examen a Brown con expresión triunfal. Ana se queda en su sitio. Continúa contestando al azar. Colleen se levanta de la silla y se dirige hacia el frente del aula con la cabeza rubia bien alta, como un caballo de guerra. Le susurra las gracias a Brown y sale de allí de una vez por todas.

Cuando Ana hace un recuento de las respuestas que está segura de que son correctas, el resultado no es bueno. Doce o quince como mucho, una cantidad deprimente, otro suspenso. Y justo cuando Ana baja la cabeza con cierta vergüenza, pasa a la última página. La pregunta para subir nota.

«Para subir la nota, describe al detalle la leyenda del origen del pueblo navajo».

En una ocasión, Clifton le sujetaba la melena a Ana por encima del cuello. Ella, de espaldas a él, de pie en la luz fría del cuarto de baño del apartamento al que se habían mudado una semana antes. A Ana le encantaba estar con Clifton en su casa. Adoraba que la abrazase en ese espacio blanco y estrecho.

—Cálmate, vida —le pidió él.

Ana no paraba de llorar, las lágrimas y los mocos le caían por la cara y dejaban regueros brillantes. Mientras ella apretaba los ojos y torcía la boca en una mueca, Clifton se reía. Todo esto, le dijo, por una garrapata.

—Dime otra vez dónde la has notado.

—Justo aquí, donde tienes la mano.

Ana le indicó el sitio poniéndole los dedos de la mano izquierda detrás de su oreja derecha. Se los sostuvo allí, frenética, gimiendo. Esa mañana lo habían pasado muy bien. Habían ido de excursión al cañón Eldorado tras levantarse al alba. Los tiemblos empezaban a mudar y las hojas doradas brillaban. Respirar aquel aire daba una sensación virtuosa, un aire que los recorría con la misma emoción que el pulso, generaba su propio calor, su propio ritmo. Se habían reído y se habían perseguido por pasillos estrechos de granito, acariciando las rocas frías y húmedas con las palmas de las manos. Al final se habían colado en la cavidad vacía de una antigua cabaña del Servicio Forestal a hacer el amor deprisa y a medio desvestir.

—¡Ya la veo!

Clifton le explicó que ahí estaba la garrapata: escondida en el hueco suave de detrás del lóbulo derecho.

—¿No se pensará esta cabrona que le va a chupar la sangre a mi mujer? ¡Menuda falta de respeto!

Ana se inclinó hacia delante.

—No te rías. Quítamela, que contagian la borreliosis.

—Sujétate el pelo, voy a por un fósforo.

Ella levantó ambas manos, cogió la melena que le sostenía Clifton, y él fue a remover en los cajones hasta que encontró una caja amarilla de una licorería. Encendió una y quemó la aguja. Se acercó a ella con la punta al rojo vivo.

—Tienes que quedarte quieta —le advirtió—. Si no, no le daré en la cabeza.

A Ana le temblaron las piernas. Preguntó qué pasaría entonces.

—Nada bueno. Les puede volver a crecer el cuerpo dentro de ti y llegarte al corazón. —Clifton rompió a reír—. Lo siento, cariño.

Ana empezó a hiperventilar; temblaba tanto que era imposible extirparle la garrapata.

Clifton le suplicó que se calmase. Le dijo que no tardaría nada. Que le hiciera caso.

—¿Qué tal si te cuento una historia?

—¿Una historia? —respondió Ana perpleja—. ¿Cómo?

—Así te concentras en otra cosa.

Clifton le dio un beso en el hombro, la piel húmeda del miedo.

—Bueno, pues mi amigo Tyler y yo estábamos en el antro de McNard en Federal cuando entró un tipo que vendía televisores robados…

—¿Una historia que ocurrió en un bar?

Ana se rio, pero solo un poco.

—Bueno, disculpa. ¿Qué esperabas? ¿Un *thriller*? O, mejor aún, una historia de fantasmas.

—No —respondió Ana—, cuéntame algo bonito.

Clifton guardó silencio un rato, y Ana sabía que él tenía historias que contar; algunas eran de la madre, otras de su propia vida, cosas que no era capaz de sacudirse. Luego habló en voz baja y llena de admiración:

—¿Qué tal si te cuento una historia diné, el comienzo de todo?

—Adelante —contestó Ana, y las piernas le temblaron un poco menos.

—Tienes que prestar atención. La historia tiene giros. Y al final hay

amor.

Y así fue como Clifton le contó a Ana la historia del primer hombre y de la primera mujer del pueblo al que los españoles llamaron navajo, que nacieron del polvo de las estrellas y del suelo, treparon desde la tierra subterránea de la oscuridad y viajaron por muchos mundos hasta dejar atrás la negrura de los inicios a cambio de una vida de rayos de sol y aire fresco. Clifton le quitó la garrapata mientras Ana, tranquila y sin emitir ningún sonido, escuchaba de tal manera que supo que recordaría hasta la última palabra del relato durante el resto de su vida.

—Y esa —dijo él cuando acabó— es nuestra historia de todo.

Agradecimientos

Para empezar, quiero dar las gracias a mis antepasados que empezaron su labor como artistas y narradores generaciones antes de que yo naciera. Puede que me haya costado una década escribir este libro, pero el primer paso lo dio el espíritu imperecedero de mi pueblo, que ha residido en el suroeste desde el inicio de esta era. Nuestras historias no caen en el olvido.

A mi sumamente brillante editora Nicole Counts, gracias por confiar en mi visión, por guiar mi trabajo en su camino hacia el mundo y por cambiarme la vida. A todos los de One Word, Chris Jackson, Victory Matsui y Cecil Flores, qué regalo del azar que mi trabajo acabase en un sello tan revolucionario. Gracias por los libros que traen al mundo.

A mi agente, mi amiga Julia Masnik, mi más profunda gratitud por representarme, por dar impulso a mis capacidades, por proteger mi trabajo y guiarme en este viaje. Brindo por nuestro primer libro juntas.

Gracias a las residencias que me han proporcionado espacio y nutrimento: la colonia MacDowell, la corporación Yaddo y Hedgebrook. Y a mi máster en Bellas Artes de la Universidad de Wyoming, donde me dieron dos años para desarrollar una tesis que más tarde se convirtió en *Sabrina y Corina*. A los escritores que me alentaron y no dejaron que abandonase: Ann Beattie, Junot Diaz, Alyson Hagy, Mat Johnson, Rattawut Lapcharoensap, Beth Loffelda, Daniel Menaker, StephenPaul Martin, Brad Watson y Joy Williams. Y gracias a Michael y Kathy Blades por ayudarnos a mí y a mi trabajo cuando yo más lo necesitaba.

A mi comunidad de Denver: ¿qué tal, ciudad de la milla de altura? Gracias al taller de escritura Lighthouse Writers, al Departamento de Estudios Chicanos de la Universidad Estatal Metropolitana de Denver y a todo el equipo de West Side Books, sobre todo a Lois Harvey, mi segunda madre, adornada de libros.

A mis amigos que se han convertido en familia. Ivelisse Rodríguez, gracias por tu trabajo y por los años que hemos pasado como hermanas de escritura. Doy las gracias a Sebastian Doherty, que hizo que la vida como escritora me pareciese posible. Gracias a Trent Segura por sus geniales indagaciones y su gusto exquisito. Gracias a Lauren Treihaft, Jamie McKinney y Joey Rubin, que leyeron borradores de estos relatos y me ofrecieron consejo. Y gracias a Lauren Clabaugh, que me alojó en Tucson un verano ardiente mientras yo escribía el primer borrador de «Hermanas».

Pero sobre todo, gracias a mi enorme familia del Salvaje Oeste. Gracias a mi madre, Renee Fajardo, por su rebeldía y belleza y por el arraigado sentido de la justicia que les ha inculcado a sus siete hijos. A mi padre, Glen Anstine, por traerme libros a la puerta de mi habitación cuando yo era una adolescente deprimida. Papá, siempre has tenido fe en mí como artista. A mis seis hermanos, Asia, Avalon, Sydney, Tim, Dylan y Piper, vaya un mundo compartimos de pequeños y qué grandes amigos han resultado ser de adultos. A mis abuelos y a mi madrina, Joanna Lucero, gracias por regalarme sus historias. A mi compañero Tyler, gracias por enseñarme que todos merecemos un gran amor.

Y a las niñas: espero que se vean reflejadas en libros, que escriban los suyos y que su fuerza arda con el resplandor de todos los soles.



Con la ciudad de Denver como telón de fondo —un lugar tan exquisito como salvaje—, un grupo de mujeres latinas de ascendencia indígena navegan sus complejas vidas con cautela, gracia y una fortaleza silenciosa.

Las protagonistas de los once relatos reunidos en este libro componen un mosaico con el denominador común de la ausencia y el desarraigo en una sociedad estadounidense radicalmente mestiza, marcada por la violencia estructural y la descomposición de la familia, pero también se aprecian destellos esperanzadores de una sororidad y un vínculo con las generaciones anteriores.

KALI FAJARDO-ANSTINE

Kali Fajardo-Anstine es originaria de Denver, Colorado. Es la autora de *Sabrina y Corina*, libro finalista del National Book Award, del PEN/Robert W. Bingham Prize, del LaVerne Harrell Fiction Prize, del Story Prize, del Saroyan Prize y ganador de un American Book Award. También fue galardonada con el Addison M. Metcalf Award por la American Academy of Arts and Letters. Su obra ha sido reconocida con el Denver Mayor's Global Award for Excellence in Arts & Culture y el Mountains and Plains Independent Booksellers Association Reading the West Award. Ha escrito para el *New York Times*, *Harper's Bazaar*, *Elle*, Oprah Daily, *The American Scholar*, *Boston Review*, entre otros, y ha recibido becas de MacDowell, Yaddo, Hedgebrook y Tin House. Recibió su máster en la Universidad de Wyoming y trabajó más de una década como librera independiente en Westside Books, al norte de Denver. Ha vivido desde Durango, Colorado hasta Key West, Florida, y fue invitada a impartir la 2022–23 Endowed Chair in Creative Writing en la Universidad Estatal de Texas.



Título original: *Sabrina & Corina*

Primera edición: marzo de 2025

Publicado por Vintage Español®, marca registrada de
Penguin Random House Grupo Editorial USA, LLC
8950 SW 74th Court, Suite 2010
Miami, FL 33156

Traducción: Maia Figueroa Evans

Ilustración de cubierta: Gustavo Rimada
Diseño de cubierta: Dharanya Durvasula. Adaptación de PRHGE.

ISBN 979-8-89098-316-9

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice